



Dios

ESTÁ VIVO

...INCLUSO CUANDO TE LO PREGUNTAS

DON MACLAFFERTY

Días

ESTÁ VIVO

...INCLUSO CUANDO TE LO PREGUNTAS

DON MACLAFFERTY

Derechos Reservados 2023
In Discipleship
Todos los derechos reservados

Impreso por
College Press
Collegedale, Tennessee

Diseño de portada por Megan Marquez
Fotografía de portada por Kevin Carden, Lightstock
Media

Traductores: Richard Graves, Raquel Orozco y
Gabriel Piedra.
Editores: Yuliberth Gonzalez, Cori Villareal.

Todas las citas de las Escrituras proceden de la
versión RVR1960 (REINA-VALERA 1960).

Una nota de agradecimiento

¡A Dios sea la Gloria!

Un agradecimiento especial a las siguientes personas:

Dios. Estas son las historias de Su poder y providencia en mi vida. Me dio fuerza para escribir este libro en siete días. Me proporcionó tanto la energía como el equipo para lograr lo que el hombre diría que es imposible.

Mi esposa April y mi hija Julie, quienes me apoyaron con oración y comentarios honestos.

Cynthia Spears y los compañeros de oración del ministerio In Discipleship, quienes cubrieron la redacción y edición de este libro con oración.

Melody Mason por su fe y creatividad al guiar a Lynne Macias, Clarissa Fiedler, Susan Peña, Barbara Wear y Evie Van Scheik como un equipo de edición que sacrificó mucho para cumplir con nuestro plazo de una semana.

Megan Márquez por su hermoso diseño de este libro junto con todo el equipo de College Press que trabajó incansablemente para cumplir con plazos imposibles.

“Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias.

Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad.”
Lamentaciones 3: 22-23

Tabla de contenido

Una nota de agradecimiento	1
Una nota para el lector: Dios está vivo	3
Capítulo 1 - La llave maestra	7
Capítulo 2 - Escuelas en la selva	16
Capítulo 3 - El autobús equivocado	26
Capítulo 4 - ¿Quién orará por mí?	35
Capítulo 5 - La puerta de hierro	44
Capítulo 6 - Perseguido y escondido	51
Capítulo 7 - Él es mi papá	61
Capítulo 8 - Grabado en mi corazón	73
Capítulo 9 - Nunca conocí a uno antes	86
Capítulo 10 - Cada momento importa	90
Capítulo 11 - Invitado peligroso	95
Capítulo 12 - Reúna a mi gente	109
Capítulo 13 - Escuela oculta	121
Capítulo 14 - ¡Pero acabo de llegar a casa!	128
Capítulo 15 - Perdonar lo imperdonable	141
Capítulo 16 - Paz inquebrantable	153
Recursos adicionales	163

Una nota para el lector

¡Dios está vivo!

“Vive Jehová Dios de Israel, en cuya presencia estoy...” 1 Reyes 17: 1

Querido lector,

Dios es más que una historia en un libro polvoriento. Él es mucho más que un edificio religioso, una doctrina que busca explicarlo, una pintura que espera capturarlo, o un coro bien ensayado cuyas canciones de Él inspiran a audiencias en todo el mundo. ¡Dios está vivo!

Escribí “Dios está vivo” con la oración de que las historias y los testimonios verdaderos que comparto aquí te animen a confiar completamente en Dios. Dios nunca me ha fallado. Dios nunca te fallará. Constantemente aprendo que Él está presente cuando no puedo verlo y que Él siempre provee en su tiempo perfecto.

Muchos saben que se ha dicho que Dios hizo maravillas en días lejanos. El mundo está lleno de muchos libros de tales milagros, providencias divinas y la dirección directa de Dios en el pasado. ¡Pero Dios está vivo en el presente! Oro para que Dios use este libro y te inspire a vivir por fe y no por vista.

A medida que leas este libro, notarás que, si bien se usan algunos nombres reales, a menudo los nombres de lugares que he visitado se han omitido a propósito. También he cambiado los

nombres de algunas de las personas a las que hago referencia en mis historias con el ánimo para proteger la privacidad de las personas involucradas y para proteger a los creyentes en las zonas donde he viajado.

Sin embargo, una vez más, cada historia y testimonio compartido aquí es verdadero. Este libro de historias de mi corta vida está destinado a testificar que verdaderamente Dios está vivo.

Mientras lees las historias, también podrías preguntarte cómo escucho a Dios hablándome. ¿Escucho una voz audible? ¿Cómo sé que es Dios quien habla y no solo mis propios pensamientos?

Aprender a reconocer cuando Dios me está hablando, o cuando son solo mis propios pensamientos o impresiones, ha sido un viaje de crecimiento a lo largo de mi vida. Y todavía estoy aprendiendo.

Existen tres principios que conforman la base para saber cómo escucho a Dios hablando inaudiblemente a mi mente y corazón:

#1: La Palabra escrita de Dios, la Biblia, tiene la máxima autoridad. La Palabra escrita de Dios es la revelación más alta de quién es el verdadero Jesucristo (Juan 5: 39). La Palabra de Dios prueba nuestras impresiones, experiencias de vida y lo que escuchamos de Dios en oración, así como las enseñanzas de otros (Isaías 8: 20; Salmos 119: 105).

#2: Dios todavía le habla a su pueblo hoy. La Palabra de Dios dice: “Así ha dicho Jehová, que

hizo la tierra , Jehová que la formó para afirmarla ; Jehová es su nombre : clama a mí, y yo te responderé , y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces.” (Jeremías 33: 2-3).

Dios quiere hablarnos. Él quiere que la oración sea un diálogo de dos vías entre nosotros y Él. Oramos, leemos la Biblia, escuchamos y leemos la Biblia y oramos un poco más.

Su Palabra escrita es el ancla y el fundamento de cómo hablamos y escuchamos a Dios. Si anhelamos escuchar más a Dios, entonces debemos esperar en Él y escuchar más, después de haber leído Su Palabra (ver Salmos 25: 5; 46: 10). Cada vez que le obedecemos de acuerdo a su Palabra escrita, estamos mejor preparados para escuchar su voz más claramente en el futuro.

#3: Dios quiere que vengamos a Él en oración con ansiosa expectativa. La Palabra de Dios dice: “oh Jehová, de mañana oirás mi voz; De mañana me presentaré delante de ti, y esperaré” (Salmos 5: 3). A través del camino de crecimiento en mi amistad con Dios, puedo decirles que he llegado a comprender que este Dios quien todavía me habla, me ama más de lo que creo.

También estoy seguro que Dios te ama a ti más de lo que crees, ¡mucho más! Nota lo que Él le dice en Su Palabra: “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.” (Romanos 5: 8). “Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo

presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo
, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar
del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor
nuestro.” (Romanos 8: 38, 39). Te invito a leer
estas historias y probarlas con la Palabra escrita
de Dios. ¡Sobre todo, oro para que puedas saber
personalmente que *Dios sigue vivo!*

Capítulo 1

La Llave Maestra

“clama a mí, y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces”.

Jeremías 33: 3

Agotado por muchos días de entrenar líderes para discipular a los padres y sus hijos para Jesús, pregunté a mis anfitriones de Zimbabue, dónde se suponía que pasaría la noche. Acababa de predicar esa noche a más de setecientos estudiantes en el campus de una escuela secundaria en Zimbabue, y ya había pasado la puesta del sol.

Mis anfitriones me llevaron a un dormitorio en el borde de un campus universitario cercano, no lejos de una cerca alta que estaba destinada a mantener alejados a los leopardos. Una vez que llegamos a mi habitación, me entregaron una llave maestra larga y estrecha. Metí la llave en la cerradura y la puerta se abrió. Con gratitud, dije buenas noches a mis anfitriones.

Después de prepararme para acostarme, me arrodillé junto a mi cama para orar. “Dios, me voy a casa pasado mañana. ¿Qué tienes en tu corazón?”

Instantáneamente, la tranquila voz de Dios susurró suavemente a mi corazón y mente. Sal bajo las estrellas, Don. Hay algo que quiero decirte. Saltando, me puse ropa más abrigada y me até los zapatos para caminar. Tomé la llave, salí de mi habitación, cerré la puerta y salí a observar la noche.

Me dirigí por un camino de tierra y luego me arrodillé en unos pastos altos. Mirando hacia el cielo, miré con asombro las estrellas. Sin luz artificial durante muchas millas, el cielo era un dosel brillante de galaxias asombroso. ¡Fue simplemente impresionante! Entonces le dije: “¡Dios, estoy aquí!” Lo saludé. “¿Qué tienes en tu corazón? ¿Qué quieres decirme?”

Una vez más, habló inaudiblemente a mi corazón y a mi mente: “¡Pídeme que haga mucho más por África!”

Ahora sentí que era algo extraño lo que Dios me decía. ¿Por qué quería que le pidiera que hiciera mucho más por África? Podía responder a su propia oración haciendo lo que quisiera por el continente. Sin embargo, sabía que era su voz la que hablaba, y Él tenía claro lo que quería que yo hiciera. En obediencia, levanté mis manos hacia Dios y oré en voz alta: “¡Dios, por favor haz mucho más por África!”. Mi breve oración fue pronunciada con fe.

Esperé. ¿Tendría Dios algo más que decir? El único sonido era la suave brisa que soplaba entre la hierba alta. No oí nada más, pero su paz estaba conmigo.

Poniéndome de pie, di la vuelta y caminé de regreso al dormitorio. Ansiosamente saqué mi llave maestra mientras me acercaba a mi habitación. Estaba listo para dormir, realmente listo para dormir. Metí la llave en la cerradura y la giré una vez. La puerta no abrió. Lo intenté de nuevo y la puerta seguía sin abrir.

Lo intenté de nuevo, cinco veces, diez veces, quince veces. La puerta simplemente no se abría. Expuse mi queja, mentalmente: “¿Cómo me puede estar pasando esto a mí?” “La llave acaba de funcionar hace unos minutos. ¿Por qué no está funcionando ahora? Inmediatamente, la voz suave y apacible de Dios me dijo: “No vas a entrar en tu habitación porque se supone que debes encontrarte con alguien”.

“Señor, no conozco a nadie aquí en este dormitorio. Además, todas las luces están apagadas, lo que significa que todos están dormidos”.

Pero Dios había hablado. Había alguien con quien se suponía que debía encontrarme. Sin saber a dónde ir, comencé a caminar por el largo y oscuro pasillo. “¡Esto es una locura!” Murmuré de nuevo para mí mismo. “Nadie está despierto”.

“Señor, muéstrame, ¿con quién se supone que debo encontrarme?” Pasé habitación tras habitación. Cada puerta estaba cerrada. Todas las luces estaban apagadas. Mirando a través de la oscuridad, vi una puerta, la única puerta en el largo pasillo con luz saliendo por debajo. Llamé tímidamente a la puerta.

La puerta se abrió y un hombre asomó la cara al oscuro pasillo. Al ver mi cara blanca mirándolo fijamente, dio un paso atrás, ligeramente sorprendido. “¿Quién eres?” me desafió.

Rápidamente le dije, que no había por qué tener miedo. Luego me presenté y le conté brevemente sobre el trabajo de discipulado que había estado haciendo para los líderes allí en Zimbabue.

“Soy el pastor Willard Sichilima del norte de Zambia. ¿Le puedo ayudar en algo?” preguntó cálidamente.

Levanté mi llave, “Me da vergüenza decirlo, pero no puedo abrir la puerta de mi habitación con esta llave. Funcionó antes. No estoy seguro acerca de lo que debo hacer o a quién pedir ayuda”.

“¡Ningún problema!” el exclamó. “He estado viniendo aquí cada verano para trabajar en mi maestría y me he alojado en muchas habitaciones de este dormitorio. Llévame a tu habitación y te la abriré.

Cuando nos acercamos a mi habitación, le entregué la llave. Deslizó con confianza la llave en la cerradura y giró la llave, ¿y saben qué pasó? Nada. Lo intentó una y otra vez, pero la llave no abría la puerta.

Desconcertado, el pastor Willard fue y encontró el vigilante de turno, un hombre joven y fuerte que me superaba en altura y parecía que podría haber sido un luchador. Sin embargo, su rostro era amistoso y me dio una sonrisa alegre. “Por

favor, deme la llave, señor. ¡Puedo abrirle cualquier puerta aquí!”

Me encantó escuchar esto y le entregué la llave. Intentó abrir la puerta, pero no se movía. Luego giró la llave con todas sus fuerzas. Empujó y empujó, se esforzó mientras el sudor comenzaba a correr por su rostro. Me pregunté si la llave se rompería. Aun así, la llave no funcionaba.

“¡No te preocupes! Conseguiré que el decano del hogar de Caballeros nos ayude”, prometió el joven vigilante nocturno. En unos minutos, el decano vino con una cesta llena de llaves, incluidos muchos duplicados de mi habitación.

“¡Te tendremos en tu habitación en poco tiempo!” dijo el decano. Tomó una copia de mi llave, la metió en la cerradura y se volvió. Tampoco pudo abrirla. ¡Cada llave duplicada de mi habitación no abría la puerta!

¿Por qué me está pasando esto? Volví a quejarme en silencio.

La voz de Dios habló a mi corazón en respuesta: “Pregúntale al pastor Willard, ‘¿Qué necesitas? ¿Cómo puedo ayudarte?’”

“Ahora, Señor”, razoné, “solo tengo cien dólares estadounidenses en mi billetera para dinero de emergencia. ¿Qué pasa si este pastor de Zambia me pide que lo ayude a pagar la matrícula de uno de sus hijos? ¡No tengo tanto! ¿Qué pasa si me pide que lo ayude a pagar la matrícula de todos sus hijos? ¿Qué debo hacer?” Pero Dios

no se impresionó con mis argumentos. Mientras dudaba, Dios me impulsó nuevamente a hacerle las preguntas al pastor Willard. Pensé en las posibilidades mientras toqueteaba mi billetera en mi bolsillo.

Realmente tenía miedo que el pastor Willard me pidiera algo más allá de lo que tenía en la mano. No hice las preguntas, pero observé cómo el decano continuaba luchando por abrir mi puerta.

¡Dios me impulsó la tercera vez con urgencia! Y entonces suspiré.

“Pastor Willard,” finalmente hablé. Dios me está impresionando para que le pregunte: ¿Qué necesita? ¿Cómo puedo ayudarlo?

El rostro del pastor Willard explotó en una gran sonrisa. Su sonrisa era demasiado grande para mi comodidad. “Dios, ¡Es exactamente por eso que no quería preguntarle!” Lloré por dentro. Pero mi mente volvió al momento, pues el pastor Willard ya estaba respondiendo a mi pregunta.

“¡Esa es una pregunta maravillosa!” me dijo con entusiasmo. Luego se inclinó y le preguntó al decano, quien todavía estaba buscando una llave que funcionara para mi puerta: “¿Podría darme la llave original de Don?”

El decano se enderezó, miró al pastor Willard con expresión perpleja, se encogió de hombros y le entregó la llave. ¡El pastor Willard tomó la llave, la metió en la cerradura, la giró y la puerta se abrió! Todos nos quedamos en silencio alrededor de

la puerta abierta por un momento, mirando con asombro.

Después de agradecer al decano y al vigilante nocturno por sus valientes esfuerzos, invité al pastor Willard a mi habitación. “Obviamente, Dios quería que lo conociera a usted, pero antes que me diga algo, debemos orar”. Nos arrodillamos juntos y oré primero.

“Por favor, Señor, ayuda al pastor Willard a decirme solo lo que Tú quieres que él comparta como la necesidad”.

El pastor Willard luego oró: “Señor, por favor ayuda al pastor Don a escuchar lo que Tú quieres que escuche”.

Nos volvimos a levantar y miré al pastor Willard con expectación. “¿Entonces qué necesitas?” Siguió mi pregunta con su propia pregunta. “Bueno, ¿qué haces?”

“Ofrezco capacitación para ayudar a los padres y otros mentores a discipular a sus hijos en Jesucristo”, le dije.

“¡Maravilloso!” respondió con entusiasmo. “¿Por qué no vienes al norte de Zambia y nos capacitas?” Instantáneamente me sentí aliviado. En ese momento pensé: me está pidiendo que haga algo que sé hacer. ¡Puedo hacer esto! Sonreí. Pero inmediatamente Dios volvió a hablar a mi corazón: “Don, ofrecerles el entrenamiento es bueno, pero pregúntale qué es lo que realmente necesita ahora”.

“Pastor Willard, Dios me está impresionando para preguntarle, ‘¿Qué es lo que realmente necesita en este momento?’”

El pastor Willard se detuvo brevemente con la cabeza inclinada.

Luego levantó la vista con lágrimas en los ojos. “¡Necesitamos una escuela en el norte de Zambia!” “Oh,” respondí nerviosamente. “¿Quieres decir una escuela de un solo salón?” Estaba tratando desesperadamente de mantener la solicitud lo suficientemente pequeña como para poder considerarla.

“Oh no, pastor Don. Necesitamos un campus de escuela secundaria completo que sea un internado para cientos y cientos de estudiantes”. Ahora comencé a retorcerme por dentro.

“En realidad”, continuó, “necesitamos dos campus de escuela secundaria completos con dormitorios, aulas, cocina, baños y duchas para niños y niñas”. Siguió enumerando las necesidades de ambos planteles. Por ahora, estaba completamente estresado y abrumado.

“Bueno, gracias por compartir esto conmigo”, dije débilmente, con poco entusiasmo. “Oraré por lo que has compartido”, le prometí.

Nos pusimos de pie, nos dimos la mano, dijimos buenas noches y nos despedimos.

Me arrodillé y oré al lado de mi cama una vez más.

Dios habló: “¡Este es el hombre que quería que conocieras, y esa petición fue mía!”

Me metí en la cama y me cubrí el pecho con las sábanas mientras intentaba dormir. ¿Cómo iba a construir dos campus de escuelas secundarias en Zambia? Me pregunté, mientras lograba conciliar el sueño.

Capítulo 2

Escuelas en el Monte

“Para los hombres es imposible, mas para Dios, no; porque todas las cosas son posibles para Dios.” Marcos 10: 27

A la mañana siguiente me desperté con gran anticipación. ¿Qué haría Dios? No tenía idea de cómo construir dos escuelas en el norte de Zambia, pero sabía que Dios estaba listo para moverse y me llamaba a ser parte de su plan.

Esa mañana, pasé tiempo en la Palabra y en oración como siempre, y nuevamente clamé a Dios. “Muéstrame qué hacer. Muéstrame cómo hacerlo. Soy todo tuyo. Estoy listo.”

Salí esa mañana para hablar y orar con los maestros en una escuela secundaria local, haciendo todo lo posible para animarlos. Mientras hablaba con ellos afuera, noté un edificio justo más allá de ellos, construido a unos 6 pies (2 metros) del suelo. Pensé: “Eso es extraño. Me pregunto por qué nunca terminaron ese edificio. Pero no quería ser demasiado curioso acerca de este proyecto

incompleto. Dios acababa de decirme la noche anterior que quería que construyera dos escuelas secundarias en el monte.

¿Acaso quería oír hablar de otros proyectos de construcción? Sin embargo, finalmente, mi curiosidad se apoderó de mí. Después de terminar de hablar, les pregunté a los maestros: “¿Qué es ese edificio de allá?”

Con los ojos brillando de alegría, me dijeron: “Síguenos. Te lo mostraremos. Con un poco de aprehensión, los seguí hasta el edificio. Caminamos a través de la gran extensión del edificio. “Esto será una iglesia para nuestros estudiantes”, me dijeron.

“¿Qué pasó?” Pregunté con cautela.

“Dejamos de construir”, respondieron. “Nos desanimamos mucho porque no entraba dinero. No podíamos recaudar más fondos. Es por eso que nunca hemos puesto un techo en esta iglesia ni la hemos completado”.

Asentí con comprensión mientras continuaban. “Cuando las familias vienen a visitar a sus hijos durante la temporada de lluvias, deben pararse bajo la lluvia. Simplemente no hay suficiente espacio para que todos los estudiantes, profesores y personal adoren en un solo lugar, y mucho menos para las familias que vienen de visita. Como usted puede ver, realmente necesitamos una iglesia”.

“Bueno”, dije, “gracias por mostrármela”. Mientras nos alejábamos, el Espíritu de Dios habló a mi corazón. “¡Ayúdalos a poner un techo en esta iglesia!”

Al día siguiente, dejé Zimbabue y viajé de regreso a los Estados Unidos. Inmediatamente después de llegar a casa, reuní a los ancianos de mi iglesia de California y les conté la historia de la llave maestra.

También les conté sobre la iglesia que necesitaba un techo. Les dije que Dios estaba deseoso de hacer cosas grandes y poderosas, comenzando con un techo para esta iglesia.

Los ancianos me miraron con preocupación.
“¿Cuánto costará este techo?”

Indiqué una suma y me miraron con más preocupación. “Oremos y veamos qué podemos hacer”, les dije. Entonces, oramos y buscamos al Señor por su bendición y provisión.

Dios movió a los miembros de nuestra iglesia, y no mucho después de eso, enviamos un cheque generoso a Zimbabue para ayudar a colocar un techo a esa iglesia. Por supuesto, no era suficiente para lo que necesitaban, pero como en la historia de Nehemías, las manos del pueblo se fortalecieron. Con esos fondos como capital inicial, volvieron a trabajar. La gente también sacrificó su propio dinero para multiplicar nuestra donación. Luego hicieron un llamado a otros para que vinieran y se unieran a ellos para completar la iglesia, para que los estudiantes pudieran adorar a Dios junto con sus familias. Rápidamente el techo de la iglesia estaba listo.

Dios fue estratégico en todo esto, como siempre lo es. Quería que me animara con este pequeño proyecto para que no me intimidara ante el

proyecto más grande de construir dos escuelas en la selva.

Volviendo de nuevo a mi iglesia y ancianos, los animé. “Dios nos ha bendecido para ayudar a poner un techo a esta iglesia en Zimbabue. Ahora construyamos estas dos escuelas en la selva”.

Respondieron nuevamente con preocupación. “¡Es un momento difícil! Muchos de nosotros estamos sin trabajo. Hay personas que luchan solo por mantener la comida en sus mesas y cuidar a sus hijos. ¿Cómo vamos a hacer tal cosa?”

A pesar de sus objeciones, oramos buscando al Señor por sabiduría. Una vez más, Dios conmovió los corazones de los ancianos y líderes de mi iglesia. Me dijeron: “honestamente, no tenemos idea de cómo vamos a hacer tal cosa, pero sacrificaremos lo que tenemos”.

Y así, todos comenzamos a revisar nuestros hogares y a encontrar cosas que no necesitábamos. Tuvimos venta tras venta, vendiendo artículos innecesarios. Después de muchos, muchos meses, solo teníamos unos pocos miles de dólares ahorrados. Fue un poco desalentador porque sabía que necesitábamos cientos de miles de dólares.

“¿Cómo va a ayudar esta pequeña cantidad?” todos nos preguntamos. Pero ofrecimos lo que teníamos a Dios, y continuamos sacrificando lo poco que teníamos, y Dios escuchó nuestras oraciones.

Un día, mientras abordaba un avión de regreso a California, reconocí a un hombre de negocios que

conocía desde mi infancia. Por extraño que parezca, a pesar de que él estaba sentado en primera clase y yo en clase turista, se levantó y volvió y se sentó a mi lado. En silencio oré: “Oh Dios, esta debe ser la respuesta a mi oración. ¡Me traes a alguien que fácilmente podría ayudar a financiar esta primera escuela en la selva!”

Mientras el resto de los pasajeros seguían subiendo al avión, este hombre y yo empezamos a hablar.

Pronto llegó el pasajero que estaba reservado para sentarse a mi lado. Inmediatamente el empresario le dijo: “Si no le importa, por favor tome mi asiento en primera clase. Necesito sentarme al lado de este caballero. Por supuesto, al pasajero no le importó la mejora gratuita, y mi amigo y yo continuamos hablando.

Durante todo mi vuelo de regreso a California ese día, este hombre se sentó a mi lado. Oh, cómo deseaba contarle acerca de la construcción de dos escuelas en el norte de Zambia. Pero el Espíritu de Dios me mantuvo bajo control. “Don, solo escúchalo y cuídalo, y solo di algo sobre Zambia si te pregunta qué está pasando en tu vida”.

Durante todo el vuelo, él habló y yo escuché. Cuando hizo preguntas, respondí abriendo mi Biblia y compartiendo sabiduría oportuna. Todo mi enfoque estaba en cuidar lo que estaba en su corazón.

Solo cinco minutos antes de aterrizar, finalmente preguntó: “¿Hay algo emocionante aconteciendo

en tu vida?” ¡Oh, esta era mi puerta abierta! Inmediatamente respondí con entusiasmo: “¡Bueno, en realidad, sí hay!”

Luego le conté la historia de la llave maestra y cómo Dios me había llamado a construir dos escuelas secundarias directamente de la selva en el norte de Zambia. Compartí mi testimonio con alegría. Pero no pareció muy impresionado y escuchó en silencio.

Justo cuando estábamos aterrizando, terminé de compartir. Él me miró y luego me dijo, de hecho: “¡Don, no tienes por qué hacer un proyecto así! No tienes experiencia en reunir y administrar grandes cantidades de fondos. Ciertamente no eres un constructor y nunca has hecho ningún proyecto de construcción. Deberías concentrarte en tu ministerio de ayudar a los padres a disciplinar a sus hijos”.

Cuando llegamos a nuestra puerta para desembarcar, se levantó y se bajó del avión.

“Dios, ¿qué fue todo eso?” Pregunté en un silencio atónito. “Sé que debes habernos traído a mí y a este hombre de negocios juntos en el mismo avión. Creo que esta fue una cita divina. ¿Qué pasó?”

La voz suave y apacible de Dios habló a mi corazón. “Don, ¿hiciste lo que te pedí que hicieras?”

¿Escuchaste cuando te dije que solo hablaras de Zambia si te pregunta qué está pasando en tu vida? Respondí: “Sí, Señor, lo hice”.

“Entonces déjalo descansar conmigo. Todavía estoy trabajando cuando tú no estás trabajando”, Dios calmó mi alma.

Durante meses no supe nada de ese hombre de negocios hasta que una mañana recibí un mensaje de texto de él. El mismo hombre de negocios que me había dicho que no tenía por qué construir esas dos escuelas me dijo: “Coincidiré con lo que necesitas en tu proyecto escolar de Zambia, dólar por dólar, hasta \$200,000”.

Instantáneamente respondí, “¡Oh, alabado sea el Señor!” estaba tan entusiasmado. No podía dejar de alabar a Dios. “¡Dios, la forma en que trabajas es asombrosa!” Oré con gozosa gratitud. Así, poco a poco, Dios comenzó a obrar sus milagros. Sumó y multiplicó hasta que tuvimos suficiente para construir la primera escuela para hacer discípulos, llamada Escuela Secundaria Gibeon, en el norte de Zambia.

El tiempo pasó. Pusimos nuestros ojos en la segunda escuela de formación de discípulos, que se construiría en un terreno donado por un gran jefe de la provincia de Muchinga. Fui a Zambia para visitar el lugar y caminar por la propiedad. Un anciano cacique me llevó a mí y a algunos ancianos de una iglesia local a través de la hierba alta que rodeaba la propiedad. Era duro pero hermoso. La propiedad estaba bordeada por tres arroyos que corrían todo el año. Estaba bien regado y tenía muchas hectáreas.

Mientras caminábamos por la propiedad, oré: “Señor, ¿cómo vamos a construir esta segunda escuela? Ahora me has llamado a ser un misionero voluntario de tiempo completo. Ya no soy el líder de una iglesia. ¿Cómo vas a ayudarme a financiar este proyecto específico?”

La construcción de esta segunda escuela fue mucho más difícil. April y yo dimos nuestras pequeñas cantidades una y otra vez y seguimos orando y clamando a Dios. Si bien no podíamos dar mucho, Dios tomó nuestros preciosos dólares y pequeñas ofrendas y los multiplicó una y otra vez.

Mis amigos, ¡Dios hace cosas poderosas cuando su pueblo está dispuesto a sacrificar! Es muy importante que le demos a Dios lo que tenemos, aunque sea como la ofrenda de la viuda. Cuando damos lo poco, Él lo multiplica muchas veces.

Una vez más, Dios hizo lo que parecía imposible según los estándares humanos. Sabía que no podía hacerlo; incluso nuestra iglesia local no pudo hacerlo. Pero Dios esculpió la segunda escuela, la escuela secundaria Elim, directamente de entre la maleza.

Alabo a Dios por los dos campus escolares, que ahora son escuelas para hacer discípulos en el norte de Zambia. Cientos de estudiantes pasan por estas escuelas cada año. Estos estudiantes no solo reciben una educación ordinaria; también están siendo discipulados intencionalmente para seguir a Jesucristo y se les enseña cómo hacer discípulos. Estas escuelas continuamente envían estudiantes

a las comunidades para enseñar a otros acerca de Jesús.

Mientras Dios bendijo el entrenamiento de discipulado en estas escuelas, otros lo notaron. Los maestros de escuelas del gobierno en el área que rodea las escuelas Gibeón y Elim estaban tan conmovidos por lo que vieron que sucedía en nuestros campus, que les pidieron a nuestros maestros que los capacitaran sobre cómo ser discípulos de Jesús y cómo hacer que sus alumnos fueran discípulos de Cristo.

En respuesta a la solicitud, los campus de Gibeon y Elim enviaron a un maestro, junto con dos estudiantes, para ofrecer capacitación de Escuelas en Discipulado para estos maestros de escuela del gobierno. Al principio, los maestros de la escuela pública estaban muy decepcionados cuando los estudiantes se pusieron de pie para enseñarles cómo ser hacedores de discípulos de sus propios alumnos. Murmuraron entre ellos: “Pensamos que los maestros de las escuelas de Gibeón y Elim nos enseñarían, no unos simples estudiantes. ¿Cómo pueden estos adolescentes tener algo que valga la pena enseñarnos? ¿Qué podemos aprender de los estudiantes?”

Sin embargo, cuando los estudiantes se pusieron de pie y testificaron acerca de Jesucristo y cómo Él transformó sus vidas y cómo los enviaba a ser maestros incluso cuando ellos mismos todavía eran estudiantes, Dios se movió en los corazones de los maestros de las escuelas del gobierno. Reconocieron que el Espíritu de Dios estaba

hablando a través de estos jóvenes estudiantes y exclamaron: “¡Enséñennos más!”.

Oh, mis amigos, cómo se estremece mi corazón de asombro ante mi Dios Creador, cuando recuerdo cómo Él financió y construyó dos campus, de escuelas secundarias y luego los convirtió en escuelas para hacer discípulos de su hijo Jesús. ¡Las cosas que son imposibles para los hombres son ciertamente posibles para Dios!

Capítulo 3

El Autobús Equivocado

“Y guiaré a los ciegos por camino que no sabían, les haré andar por sendas que no habían conocido; delante de ellos cambiaré las tinieblas en luz, y lo escabroso en llanura. Estas cosas les haré, y no los desampararé.”

Isaías 42: 16

No pasó mucho tiempo hasta que el Ministerio de Educación de Zambia comenzó a escuchar informes de que había dos escuelas para hacer discípulos de Jesús en el norte de Zambia. Estaban tan complacidos con lo que oyeron acerca de las escuelas secundarias de Gibeón y Elim que nos preguntaron: “¿Cómo podemos tener esta capacitación de Escuelas de Discipulado disponible para todos nuestros maestros de escuela del gobierno? ¿Cómo podemos obtener esta capacitación en todo el país para nuestros maestros de primaria?”

El Ministerio de Educación, del país, decidió que la mejor manera de comenzar sería traer a veinte de

los mejores maestros de primaria de cada una de sus diez provincias. Reunirían a estos doscientos maestros en la ciudad de Lusaka, donde tiene su sede el gobierno de Zambia, y me pedirían que fuera a capacitarlos.

Estaba muy emocionado y asombrado por lo que Dios estaba haciendo, pero no tenía idea de cómo iba a capacitar a todos estos maestros de escuela del gobierno. Yo estaba abrumado. Nuestro ministerio en discipulado no tenía fondos para tal cosa, ni yo personalmente.

Mi esposa y yo oramos por esta nueva oportunidad y encontramos algunos dólares. Entonces Dios obró un milagro para proporcionar un vuelo a Zambia y de regreso. Pero ¿qué haría yo cuando llegara allí? No tenía ni idea. Mientras oraba por dirección, Dios me impresionó para que de todos modos fuera por fe.

Con solo unos pocos dólares en mi bolsillo, decidí ir a pasar una semana, buscando por todo Zambia hombres y mujeres a quienes pudiera capacitar para ser hacedores de discípulos para ayudarme a discipular a los maestros de escuela del gobierno de Zambia.

Aterricé en Lusaka y un nuevo amigo mío me recogió en el aeropuerto. Oré en silencio: “Dios, estos pocos dólares que tengo en el bolsillo me deben durar más de una semana, y no tengo nada para hospedaje, comida u otra necesidad. ¡Ayuda a que estos fondos se multipliquen!”

Mi nuevo amigo me llevó a un hotel económico esa primera noche. A la mañana siguiente, mi amigo me recogió y me llevó a una estación de autobuses para tomar un autobús hacia el extremo norte.

Preocupado, me preguntó: “¿Estás seguro que te sientes cómodo yendo solo hasta el norte de Zambia en un autobús público?”

“Pueden detenerse a mitad de camino”, me animó mi amigo. “Sin embargo, cuando bajes del autobús, solo recuerda dónde se estacionan. Me preocupas usted, su seguridad y bienestar. Hagas lo que hagas, ¡no pierdas este autobús!”

“Comprendo”, le prometí. “¡Me quedaré en este autobús! Ningún problema.” Guardamos el equipaje, nos despedimos y me subí al autobús para comenzar mi largo viaje a Kasama.

El autobús estaba bastante lleno. Fui hasta el fondo, me senté y oré. “Dios, no sé quién está en este autobús, pero estoy orando para que me des citas divinas en este viaje”.

El autobús se tambaleó hacia adelante y emprendimos nuestro largo viaje hacia el norte de Zambia. kilómetro tras kilómetro, íbamos resoplando. Vi tiendas de la ciudad y luego horas de vastos pastizales y bosques, puntuados por pequeños pueblos con muchas chozas con techos de paja.

Le pregunté a Dios con quién debería orar en el autobús. El Espíritu Santo me guió a orar con una madre joven quien iba en el asiento delante de mí,

cuya hijita me miraba tímidamente. Esta madre y su hija me llevaron a otra madre y oré con ella y esa madre me llevó a otra. Y así fue como oré y oré y oré hasta que finalmente, uno de ellos preguntó: “¿Estudiarías la Palabra de Dios conmigo? Tengo preguntas.” Terminé teniendo reuniones de oración y estudios bíblicos en ese autobús. Ese autobús era una clínica para hacer discípulos sin cita previa hora tras hora.

¡Oh, cómo esperaba la parada que marcaría el punto medio! No había baño en ese autobús. Esperé y oré, y finalmente nos detuvimos. Recordé el consejo de mi amigo: “Hagas lo que hagas, ¡no pierdas este autobús!”.

Rápidamente me bajé del autobús y me abrí paso entre la multitud de personas ansiosas por venderme sus pepinos, tomates, repollo y otras verduras variadas. Encontré un baño y luego corrí lo más rápido que pude a través de la multitud. Sin embargo, me tomó un poco de tiempo porque todos querían venderme algo.

Finalmente, encontré mi autobús y subí los escalones. Sin embargo, el conductor del autobús me miró de forma extraña y me preguntó: “Señor, ¿qué hace usted, en este autobús?”

“Este es mi autobús”, le dije.

“No, este no es su autobús”, respondió. Insistí cortésmente, pero con firmeza: “Sí, este es mi autobús. Estuve aquí y regresé directamente al mismo lugar”.

“No, no lo hiciste. Su autobús acaba de salir hace un minuto o menos. Y este es el autobús que se detuvo justo al lado”.

Mi corazón se hundió hasta los dedos de mis pies. Ahora el conductor del autobús estaba preocupado. “¿Adónde vas?” él me preguntó.

“A Kasama”, respondí.

“Ahí es donde yo también voy. Puedes ir en este autobús. “¿Qué pasará con todo mi equipaje?” Yo pregunté.

“Tal vez podamos alcanzar el autobús y encontrar su equipaje”, me dijo.

Mientras el nuevo autobús despegaba por el camino lleno de baches, caminé por los pasillos llenos de gente en busca de un asiento. Ya no tenía un lugar para estar. ¿Dónde debo sentarme?

Dios, ¿por qué estoy en este autobús equivocado? Pensé. ¿Hay una razón santa? ¿Hay una cita divina especial esperándome?

Mientras bajaba por el pasillo, imaginé lo que debían estar pensando los pasajeros mientras me miraban: ¿Qué hace este tipo extraño de Estados Unidos en este autobús? ¿Cómo se subió al autobús equivocado?

Finalmente, noté a dos caballeros bien vestidos sentados a mi izquierda. El Espíritu Santo me impresionó para que me sentara detrás de ellos al otro lado del pasillo. Había un asiento libre, así que me senté y me presenté.

“Estoy aquí en Zambia orando para que Dios me ayude a tener citas divinas con cualquiera a quien pueda reclutar y capacitar para que me ayude a discipular a los maestros de escuela del gobierno en todo Zambia”, les dije.

Los dos hombres oraron conmigo, pensaron en lo que les había dicho y oraron un poco más. Finalmente, en silencio me entregaron un pequeño pedazo de papel. “Aquí está el nombre de uno de los obispos de nuestra denominación”, dijeron, “y tiene un gran amor por los jóvenes. Creo que él te ayudará.”

“Oh, gracias”, les dije con gratitud. Mi corazón se conmovió.

Finalmente llegamos a Kasama y resultó que, en el camino, habíamos pasado mi autobús original. Sin embargo, mi autobús original nos alcanzó poco después de nuestra llegada. El conductor se detuvo el tiempo suficiente para que yo recogiera mi equipaje. ¡Dios lo había protegido!

Si bien al principio pensé que había cometido un error horrible al perder mi autobús, estaba muy claro para mí, que Dios me había llevado al segundo autobús. Pensé en lo agitado que había estado por subirme al autobús equivocado y perder mi equipaje. Sin embargo, Dios estaba guiando mis pasos y me estaba guiando a muchas citas divinas.

Después de recuperar mi equipaje, miré a mi alrededor. “Ahora, ¿qué hago, Dios? No tengo dinero para un hotel, ni dinero para comida. ¿Qué debo hacer?”

Amigos míos, saben que Dios es bueno y sabe cómo cuidar a sus hijos. Poco después de orar, Dios me proporcionó un lugar para quedarme. También me dio más citas divinas, así como voluntarios para ayudarme a discipular maestros, quienes se encargarían de formar a las nuevas generaciones de Zambia.

Encontré un medio de transporte que me llevara al obispo cuya información de contacto había recibido. No tenía idea acerca de las expectativas que debía tener ante este encuentro; así que mientras caminaba hacia la iglesia grande y concurrida, pensé:

¡Qué raro ver tanta gente aquí a mitad de la semana a medio día! ¿Por qué están todos aquí? Entré por la puerta y una habitación llena de caras se volvió y me miró. Obviamente estaban en medio de una reunión muy seria y se sorprendieron de que yo, un extranjero, entrara sin previo aviso. Mientras miraba el mar de rostros, me sorprendió ver a los dos líderes de la iglesia que había conocido en el autobús el día anterior. Estaban presidiendo una importante reunión de negocios para las muchas iglesias de su denominación en el norte de Zambia. Levantaron la vista y, reconociéndome, asintieron.

Los dos líderes interrumpieron su reunión para contarle a la gente cómo había perdido mi autobús y terminé reuniéndome y orando con ellos en su autobús el día anterior. “Creemos que Dios dispuso esto como una cita divina”, testificó uno de los líderes. “Y este hombre tiene algo que decirles a

todos ustedes como líderes”. Luego me invitaron a tomarme cinco minutos y hablarles a todos los reunidos.

“¿Podríamos inclinar nuestros rostros en oración?” Pregunté, mientras me dieron el podio.

Todos inclinaron la cabeza y oramos fervientemente. Y luego les dije: “Estoy mirando y orando en Zambia para que Dios levante hombres y mujeres que tengan un corazón para discipular a los maestros de escuela del gobierno, y así discipular a las nuevas generaciones para Jesús. ¿Podrían orar conmigo en esta búsqueda durante la próxima semana, para que Dios me ayude a encontrar un equipo aquí?”.

La gente asintió con la cabeza solemnemente. Unos minutos más tarde, cuando salí de la reunión, dos pastores jóvenes corrieron detrás de mí.

“El Espíritu de Dios ha movido nuestros corazones”, me dijeron. “Queremos ayudarle en este trabajo de discipular a los maestros de escuelas del gobierno para discipular a sus hijos”.

Oh, mis amigos, recuerden, Dios siempre encuentra la forma de hacer las cosas.

¡Qué aventura fue viajar durante una semana a través de Zambia con solo unos pocos dólares en el bolsillo!

De un lugar a otro, iba sin promesas de alojamiento o comida. Y en cada lugar al que fui, Dios ya se había adelantado y había arreglado un hogar para

que me quedara con suficiente comida para comer. Qué testimonio de cómo Dios pudo tomar mis pocos dólares y estirarlos mucho por la bondad y el amor del pueblo de Dios.

Sabes, esto me sucedió una y otra vez hasta que Dios levantó un equipo completo de excelentes hombres y mujeres de Zambia que aman al Señor Jesús y anhelan discipular a las nuevas generaciones.

Ahora, cada vez que sucede algo extraño en mi itinerario de viaje, ya sea que no tomo mi vuelo o termino en lo que parece ser el lugar equivocado en el momento equivocado, he descubierto que siempre es bueno preguntar: “Señor, ¿podrías ser que tienes un santo propósito para mí en este lugar?”

Su respuesta siempre es, “¡Sí!”

Capítulo 4

¿Quién Orará Por Mí?

“Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”. Mateo 18: 19-20

En respuesta a muchas oraciones, Dios proporcionó un equipo de voluntarios de todo Zambia, e incluso de otras partes del mundo, para discipular a los maestros de escuela del gobierno. La forma en que Dios resolvió todos los detalles fue asombrosa para mí. Dios reunió a un equipo especial y pudimos entrenarlos como grupo en el hermoso Riverside Farm Institute.

Después de esta capacitación en equipo, fuimos a la Escuela Secundaria Técnica Nacional David Kaunda en Lusaka, Zambia, el lugar donde ofreceríamos Escuelas En Discipulado a más de doscientos de los mejores maestros de todo

Zambia. Recuerdo esperar con expectativa la llegada de los equipos de todas las provincias del país. Había una veintena de educadoras y gestoras de primaria de cada provincia, reunidas por invitación del Ministerio de Educación.

Me senté frente a la gran asamblea de educadores ese primer día, observé y oré mientras todos entraban al salón de reuniones. Cuando me presentaron, después de orar, mi primera orden del día fue pedir un reavivamiento. Quería entrenar a estos líderes para que fueran hacedores de discípulos para Jesús, pero ¿cómo puede cualquier maestro, padre, abuelo o creyente en cualquier lugar disciplinar a las nuevas generaciones sin ser llamados primero a un reavivamiento con Jesús?

“Tenemos tres puntos en la agenda aquí durante nuestros días juntos”, le dije al grupo esa primera mañana. El número uno, es que cada uno de nosotros experimente un reavivamiento con Jesucristo. El número dos es aprender a vivir diariamente como un discípulo de Jesús. El número tres es crecer como un hacedor de discípulos de cada uno de sus alumnos”.

Los mejores maestros y administradores de todo Zambia me miraron con un frío silencio. Muchos de ellos tenían los brazos cruzados. Estoy seguro que todos estaban en estado de choque. No estaban acostumbrados a una agenda tan extraña. Estaban acostumbrados a reunirse para discutir el plan de estudios y las estrategias de disciplina en el salón de clases. Había todo tipo de otros temas que sería normal que los maestros de escuela del gobierno

consideraran, pero esta agenda de reactivación era bastante ajena a ellos. Nadie sonrió. Oré fervientemente: “¡Dios, necesitamos avances aquí!”

Abrí mi Biblia en el capítulo tres de Apocalipsis y compartí de la última carta de amor de Jesús, Su mensaje a la iglesia de Laodicea (Apocalipsis 3:14). Todavía no había demasiadas sonrisas, y la habitación estaba demasiado silenciosa. Después de compartir un mensaje completo de la Palabra y darles un desafío, enviamos a todos los equipos a diez aulas diferentes, cada aula representando una provincia diferente. Seguimos orando. Oramos por las personas por nombre. Oramos por aquellos a quienes Dios había llamado y entonces el Espíritu Santo comenzó a hacer lo que era imposible con el hombre.

Como puedes imaginar, había una gran diversidad en esa multitud. Por supuesto, había creyentes de todo tipo de denominaciones diferentes, pero también había incrédulos allí. Había gente que se aferraba a las religiones y pensamientos tradicionales. Pero a pesar de todas estas diferencias e influencias, Dios comenzó a moverse poderosamente. ¿Cómo sabemos?

Algunas horas más tarde, recibí un informe de uno de nuestros equipos en una de las aulas. Una de las renombradas educadoras se había puesto de pie y con lágrimas en los ojos preguntó al grupo: “¿Quién orará por mí? Estoy bajo convicción, ya que escuché la Palabra esta mañana. Estoy bajo la convicción de que necesito arrepentirme. Necesito dar la vuelta y hacer las cosas bien en mi vida”.

Nadie se movió en la habitación. Luego dijo abiertamente delante de todos: “Mi mejor amiga me robó a mi esposo y he estado tan enojada, tan llena de odio hacia ella que quise destruirla. Traté de hacer todo tipo de cosas para lastimarla. incluso yo traté de quitarle la vida. Hoy me estoy arrepintiendo. Quiero arreglar las cosas con ella. ¿Quién orará por mí?”

Todos estaban conmocionados. Algunos de ellos estaban pensando, ¿Qué salió mal en este entrenamiento? Este no es el tipo de reuniones que tenemos para los maestros de escuela del gobierno.

A pesar de sus súplicas de oración, nadie se movió. La preciosa educadora, que acababa de testificar, se arrodilló frente a sus colegas mientras levantaba las manos al cielo. “¿Quién orará por mí?” ella rogó de nuevo, mientras comenzaba a sollozar ante el Señor.

Tímidamente, una maestra se acercó y oró torpemente para que Dios la bendijera. Y luego otro, y otro más. Y finalmente la educadora se puso de pie y dijo con valentía: “Sé lo que debo hacer. ¡Debo llamar a la mujer que robó a mi esposo ahora mismo!” Sus compañeros intentaron calmarla diciéndole que podía esperar. “Oh, no, estoy bajo convicción. ¡Debo hacer esto ahora mismo!” ella insistió. Salió corriendo de la habitación y llamó a la mujer que le había robado a su marido.

Cuando la mujer contestó el teléfono, estaba aterrorizada. “¿Por qué me estas llamando?” la mujer sorprendida preguntó sospechosamente.

La educadora respondió: “Porque hoy he encontrado a Jesucristo en la Palabra escrita de Dios. Estoy convencida de que debo arreglar las cosas contigo. Por favor, ¿me perdonarás por la forma cómo he albergado un odio amargo hacia ti todos estos años desde que te llevaste a mi marido?

“¿Es esto un truco? ¿Estás tratando de hacer que baje la guardia cuando estoy cerca de ti, y todavía intentarás lastimarme? preguntó la joven.

“No”, respondió la educadora. “Jesucristo me ha dado un corazón nuevo, y ha puesto un Espíritu nuevo en mí, y te pido perdón. ¿Podrías perdonarme por cómo te he tratado?”.

La joven que solía ser su mejor amiga comenzó a llorar al otro lado de la línea. Ahora su corazón se conmovió. “¿Me perdonarás por destrozar tu hogar y tu familia?” ella rogó.

“Sí, lo haré”, respondió la educadora.

Unos días después de esa llamada telefónica, llamaron a la puerta de la casa de la educadora y su pequeña salió corriendo a ver quién había venido de visita. Al ver a la joven quien ahora vivía con su padre, en la puerta de la casa y al saber que su madre odiaba a esta joven, la pequeña estaba aterrorizada. Temerosa de lo que pudiera acontecer, como una pelea horrible en su casa, la niña corrió hacia su habitación, cerró la puerta y se escondió debajo de algunas almohadas y mantas.

Mientras esperaba a ver qué pasaba, escuchó que abrieron la puerta principal y la voz tranquila de

su madre, invitando a la joven a entrar. Luego hubo silencio.

“¡Oh, no! ¡Qué cosa tan terrible debe haber sucedido! se preguntó con miedo.

La pequeña salió de su escondite y salió corriendo a ver si había habido una pelea terrible, o si alguien había muerto. Estaba tan asustada. Pero para su sorpresa, encontró a su madre, la educadora, sentada, sonriendo y riendo en voz baja mientras ella y su antigua amiga, la joven, hablaban juntas. La niña preguntó: “Mami, mami, ¿cómo puedes estar tan feliz de ver a esta señora que robó a papá? ¿Cómo puedes reírte con ella? ¿Cómo puedes hablar con ella? ¿Cómo puedes sonreírle?”

Con lágrimas en los ojos, la educadora le respondió dulcemente a su hija. “Nena, Jesús me ha dado un corazón nuevo, y me ha dado el amor para perdonar a mi amiga y pedirle que me perdone por odiarla”.

Este milagro fue tan especial y dramático que cuando los maestros en el entrenamiento escucharon la historia de la educadora perdonando a su enemiga, el Espíritu Santo convenció a muchas almas más.

No pasó mucho tiempo antes de que en otro salón de clases sucediera algo similar con un reconocido educador de otra provincia. Esta vez era un hombre. Se puso de pie y preguntó: “¿Quién orará por mí? Soy un hombre amargado. He alejado a mi hijo de mí durante muchos años. Me ha hecho mucho daño y ha dañado el nombre de mi familia. Me faltó al respeto. Debido a todo lo que hizo, hice lo que

se espera que hagan todos los padres. Lo empujé y le dije que nunca más quería verlo o hablar con él. Pero mientras escucho la Palabra de Dios, estoy llamado a someterme a la cirugía del corazón prometida en Ezequiel 36. Le he pedido a Dios que me opere el corazón y elimine mi amargura. ¿Quién orará por mí? Quiero que esto sea una obra completa y quiero que Dios me ayude a saber qué hacer por mi hijo”.

Se puso de rodillas. Una vez más, todos quedaron atónitos en la sala. No sabían qué hacer con la petición de este hombre. No estaban acostumbrados a recibir pedidos de oración en las reuniones de capacitación de sus maestros.

Finalmente, algunos se levantaron y oraron por él. Este hombre entonces se levantó de sus rodillas e inmediatamente, cuando el Espíritu de Dios lo convenció, salió de la habitación y llamó a su hijo por teléfono. Su hijo respondió al llamado y escuchó la voz de su padre por primera vez en muchos años.

“Papá... Papá, ¿eres tú?” preguntó el hijo con sorpresa. “Sí, hijo mío”, respondió el padre. “¿Por qué me estas llamando? ¡Esto no está de acuerdo con la tradición!” dijo el hijo con incredulidad. “¿Por qué me estas llamando? Yo soy el que te ha hecho daño.

El padre comenzó a llorar en el teléfono. “Hijo, soy yo quien te ha hecho daño. No te he perdonado. He elegido resentirte. Te alejé. Me negué a hablar contigo. Tú y tu esposa dieron a luz a mi nieto, y

ni siquiera fui a conocerlo. ¿Me perdonarás por alejarte? ¿Me perdonarás por no perdonarte?”

“Papá, ¿hablas en serio?” preguntó de nuevo el hijo. Estaba bastante sorprendido e incrédulo. “Sí hijo. ¿Me perdonarás?”

Luego fue el turno del hijo para llorar. “Padre, sí, te perdono. ¿Me perdonarás también por cómo te traté?”

Esa noche, el padre y el hijo comenzaron un nuevo capítulo en sus vidas.

“Ven aquí a la escuela en Lusaka donde estamos teniendo escuelas En discipulado”, invitó el padre. “Ven. Quiero volver a verte ahora mismo. No quiero esperar hasta después de este entrenamiento para verte. No quiero esperar más para ver a mi nieto por primera vez”.

En 24 horas, tres generaciones se reunieron porque el Espíritu de Dios había sanado lo que estaba terriblemente roto.

Amigo, eso es lo que el Espíritu de Dios anhela hacer por todos y cada uno de nosotros. Quiere volver a llamar a los padres a los hijos ya los hijos a los padres, y lo hará si nos humillamos ante Él. Dios promete en Su Palabra:

“He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible. Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición.”
(Malaquías 4: 5, 6).

Bueno, las historias no terminan aquí. El Espíritu de Dios continuó derramándose en esas sesiones de capacitación con los mejores educadores de todas las provincias de Zambia. Ocurrió milagro tras milagro. No pasó mucho tiempo para que los líderes del Ministerio de Educación escucharan las asombrosas historias de reavivamiento que estaban ocurriendo. Como resultado, vinieron a recibirme y me llamaron a una habitación allí en la escuela donde estábamos entrenando. “Nunca antes habíamos visto una reunión como esta”, me dijeron. “¡Queremos ver a Dios hacer este trabajo de reavivamiento y discipulado con todos nuestros maestros en cada provincia de Zambia!”

Capítulo 5

El Portón de Hierro

“Yo iré delante de ti, y enderezaré los lugares torcidos; quebrantaré puertas de bronce, y cerrojos de hierro haré pedazos;” Isaías 45: 2

Hace unos años, Dios nos envió a mi esposa April y a mí a vivir en un pequeño pueblo de montaña. El lugar donde ella estaba trabajando en ese momento estaba muy abajo en el valle, y tenía que conducir mucho. A menudo nos preguntamos por qué Dios nos llevaría a vivir tan lejos de donde yo trabajaba.

Entonces, un día, nos fascinó escuchar que más o menos a una milla de nuestra casita vivía una pareja adinerada que no había ido a la iglesia por más de cuarenta años. Nos dijeron que vivían en una amplia propiedad, con un gran portón de hierro que custodiaba la entrada.

La puerta de hierro era la expresión del deseo de este hombre de mantenerse alejado de sus vecinos.

Se sabía que quería su privacidad. Nadie había visto mucho de él. Recibía todo lo que quería en la puerta de su casa. Además, no le gustaba la iglesia ni las personas que trabajaban con la iglesia. Él simplemente permaneció igual. Empecé a orar para tener una cita divina con el hombre que parecía imposible de alcanzar.

Un hermoso sábado, Dios me despertó temprano en la mañana y fui caminando por el camino que llevaba a la montaña y estaba orando mientras caminaba. Aunque no sabía exactamente dónde vivía o cómo se veía, oré por el hombre detrás de la puerta de hierro.

Mientras caminaba y oraba, vi a mi vecino hablando con alguien junto a la entrada bien cuidada de una hermosa finca. Mi vecino me gritó: “Oye Don, ven a conocer a tu vecino Tom”.

Andando por el camino de entrada, noté que mi vecino estaba hablando con un hombre junto a una gran puerta de hierro. ¡Yo no lo podía creer! Estaba pasando la propiedad del hombre por el que acababa de orar. Dios me guio en el momento exacto en que estaba parado afuera hablando con mi vecino. ¡Fue un momento muy extraño!

Ahora, el Espíritu de Dios me dijo que hiciera algo muy audaz. Caminando hacia el hombre, me presenté. y luego dijo: “Tom, ¿puedo hacerte una pregunta?” El hombre estaba un poco sorprendido.

“¿Cuál es tu pregunta?” respondió con cautela.

“¿Estás listo para la venida de Jesús?” Yo pregunté.

Fue una pregunta abrupta, y me di cuenta que el hombre, estaba sorprendido por mi audacia.

“Esa es una buena pregunta”, respondió Tom con el ceño fruncido. “Espero estar listo para la venida de Jesús. Me gustaría que mi esposa esté lista para la venida de Jesús también”.

Luego le pregunté a Tom si podía orar para que Dios los ayudara a ambos a estar listos para la venida de Jesús. Fue un momento incómodo, pero Tom se encogió de hombros y dijo: “Cómo no”.

Oré con Tom y mi vecino, luego me despedí porque necesitaba bajar de la montaña y unirme a mi familia de fe. No estaba seguro que fuera el mejor comienzo para una amistad con Tom, pero sabía que era lo que Dios me había dicho que dijera.

Más tarde supe que después de haberme ido, le preguntó a mi vecino qué estaba haciendo yo en el camino tan temprano en la mañana. Cuando mi vecino compartió que yo estaba buscando un lugar para orar, Tom le dijo a mi vecino: “Dígale a Don que, si quiere un lugar tranquilo para orar, mi propiedad está abierta para él. Aquí está la combinación para mi puerta de hierro para que pueda entrar en cualquier momento y tener un lugar tranquilo para orar y leer la Palabra. Tengo muchas propiedades y no le molestarán los coches ni el tráfico”.

Cuando escuché esta noticia, ¡estuve encantado! Dios acababa de darme la combinación de la puerta de hierro del hombre a quien yo había estado orando que pudiera alcanzar con el amor de Jesucristo.

A partir de entonces, cada mañana, cada vez que estaba en la ciudad, yo iba a la propiedad de Tom a orar. Me sentaba en una pila de rocas con vistas a su largo camino de entrada que entraba y salía de su propiedad hasta el río. Aunque no pude ver dónde vivía, supuse que al final del largo camino de entrada estaba su casa.

No volví a ver a Tom durante muchos días. Sin embargo, de vez en cuando, temprano en la mañana, veía pasar su auto en el camino de entrada debajo de mí.

Un día, mientras estaba orando en mi lugar favorito, su auto pasó en la niebla de la mañana. El Espíritu de Dios me impresionó: “Corre tras ese auto y hazle a este hombre una oferta muy especial”.

Me levanté de mi posición en las rocas y corrí tras él lo más rápido que pude. Detuvo su auto hasta la gran puerta de hierro y salió para inspeccionar algo justo cuando yo llegaba corriendo. Se dio la vuelta en la niebla de la mañana temprana, alarmado de que alguien estuviera en su propiedad. Al reconocermelo, su rostro preocupado se relajó. “Oh, eres tú”, dijo.

“¡Sí!” respondí con alegría. “Estoy aquí porque me dijiste que podía venir aquí en cualquier momento para orar temprano en la mañana”.

“Eso está bien”, respondió.

“Sabes, vi pasar tu auto y estaba en oración, y Dios me impresionó para hacerte una oferta”, le dije. “¿Y

cuál es tu oferta?” preguntó mientras me miraba arriba y abajo. Yo llevaba un pantalón Jean bien desgastado, un viejo par de botas y una camiseta vieja. Parecía estar pensando: ¿Qué puede ofrecer este hombre que me interese?

Respiré hondo y comencé a compartir. “Soy alguien que quiere crecer como discípulo de Jesucristo. Y quiero saber si me encontrarías a las 6:00 a. m. todos los días durante las próximas doce mañanas, y juntos descubriremos más sobre lo que significa ser un discípulo de Jesús”.

Me miró y medio gruñó cuando dijo: “¿Seis de la mañana por los próximos doce días? Nunca nadie me ha dicho tal cosa. No necesito despertarme a las 6:00 a. m. No puedo imaginar por qué querría levantarme a las 6:00 a. m. ¡Puedo hacer lo que quiera en cualquier momento del día!” “¿Estarías dispuesto a orar conmigo por esto?” pregunté.

Tom se rio. “Te diré algo, si Dios me dice mientras tú oras que me reúna contigo a las 6:00 a. m. durante las próximas doce mañanas, entonces lo haré. Pero de otra manera, ¡no! Eso es lo último que haría”.

Inmediatamente me arrodillé allí mismo en su camino de asfalto. Para mi sorpresa, se arrodilló a mi lado. Entonces comencé a orar y derramé mi corazón, pidiéndole a Dios que estuviera con Tom y que él abriera el camino para que estudiáramos su Palabra juntos.

Cuando terminé de orar, me estaba preparando para pararme, pero luego Tom comenzó a orar. Al final de su oración, antes de que pudiera decir

algo más, dijo: “Te veré en la mañana a las 6:00 a. m.”. Dicho esto, saltó a su auto y aceleró por la carretera.

Durante las siguientes doce mañanas, nos reunimos mañana tras mañana. Orábamos y luego leíamos juntos la Palabra escrita de Dios y descubríamos lo que significaba ser un discípulo de Jesús. Cada mañana, era simple: orar, estudiar y aplicar. Estaba emocionado de ver si, al final de nuestro tiempo juntos, este hombre tendría una nueva experiencia con Jesús. Sin embargo, cuando concluimos nuestros doce días, Tom simplemente me dijo: “Está bien, bueno, fue bueno reunirme contigo”. Y eso fue todo. Él volvió a su vida y yo seguí con la mía. Seguí orando, pero parecía no haber más interés cada vez que me acercaba a él.

Pasaron los meses y no pasó nada más, y luego, de la nada, una mañana, recibí una llamada telefónica de Tom. Sonaba muy preocupado. “Don, ¿puedes llevarme al hospital ahora mismo?” preguntó. “Mi esposa acaba de ser trasladada de un hospital a otro hospital. Creo que se está muriendo. ¿Podrías venir? No puedo pensar en nadie más a quien pueda llamar. Pero me acordé de ti. ¿Me llevarías?”

“¡Absolutamente!” Yo respondí. Inmediatamente, me subí a mi auto y fui a llevarlo al hospital. Cuando llegamos al hospital, preguntó: “¿Podrías entrar y orar con mi esposa?”.

Fuimos juntos al hospital y oré por esa preciosa esposa suya en su cama de hospital. Yo sabía por el diagnóstico que se trataba de una situación muy

grave y que la probabilidad de que sobreviviera no era alta. Mientras orábamos juntos, clamé a Dios que Él haría por ella lo que yo nunca podría hacer y que, si eso le traería gloria a Él, ella sería restaurada y sanada. Entonces me fui.

Dios es bueno. Dios escogió en esta circunstancia sanar a esta mujer como testimonio a Tom de su gran amor y poder. La esposa de Tom recuperó la salud.

Unos días después, Tom me contactó. “Sabes”, dijo. “Mi esposa está haciendo preguntas sobre la Biblia. ¿Vendrías y estudiarías la Palabra de Dios con nosotros dos?”.

Y así, empezamos a estudiar juntos. Tiempo después, ambos fueron bautizados como lo fue Jesús, completamente sumergidos en agua, como testimonio a todos de que estaban entregando su vida completamente a Jesucristo como Señor. Salieron del agua y comenzaron una nueva experiencia con Jesús que ha durado hasta el día de hoy.

Aunque April y yo ya no vivimos en ese pequeño pueblo en la montaña, a menudo pienso en esta preciosa pareja. La gente me había dicho que era casi imposible ver a esta pareja fuera de su propiedad. Cuando conocí a Tom, al principio parecía ser alguien que no necesitaba nada. Parecía fuera de alcance. Sin embargo, mientras el hombre construye puertas de hierro, el Espíritu Santo sabe cómo abrir esas puertas, porque conoce la combinación para llegar a cada corazón.

Capítulo 6

Cazado y Escondido

“El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende.” Salmos 34: 7

Orando y con la esperanza de ver un rostro amistoso, salí a la terminal del aeropuerto, donde los pasajeros se encuentran y saludan a sus familiares que esperaban. Acababa de aterrizar en un país que todavía está cerrado al evangelio.

Mientras miraba a mi alrededor, mi corazón se hundió cuando me di cuenta de que mi persona de contacto no estaba allí para recibirme. Me habían advertido que no viajara con nadie más que con él. Y así, oré y observé, observé y oré, y oré y observé. Los momentos pasaban, pero, aun así, mi persona de contacto no apareció.

Me di cuenta de que la policía en el aeropuerto comenzaba a mirarme con desconfianza mientras la gente iba y venía, pero yo no iba a ir a ninguna parte. Los policías me miraban de lejos, entonces

uno de ellos, que parecía el jefe de policía, se acercó un poco más y más.

“Dios, ¿qué hago?” Oré. “Mi persona de contacto no se ha presentado. Estoy en un país cerrado a las buenas noticias acerca de Ti. ¿Qué debo hacer? Tú me enviaste aquí.

Entonces el Espíritu de Dios me dijo: “Acércate directamente al jefe de policía y hazle un pedido especial”.

Inmediatamente, me acerqué al policía, el hombre que me miraba con sospecha, y le dije: “Buen señor, tengo una pregunta para usted. Estoy muy feliz de estar en su hermoso país y espero poder encontrar algunas tarjetas postales para enviar a mi esposa y a mis hijos desde su país, pero no sé dónde encontrar tarjetas postales en su aeropuerto. ¿Usted me podría ayudar?” El hombre levantó la mano y dio una señal. Inmediatamente, me rodeó todo su equipo de policías.

El jefe de policía me sonrió a mí y a su equipo, y luego gritó órdenes. Luego me dijo en perfecto inglés: “Acabo de ordenar a mis hombres que vayan y te ayuden a encontrar lo mejor que podemos ofrecerte en tarjetas postales por todo el aeropuerto. No te preocupes. ¡Todos te ayudaremos a encontrar tarjetas postales para enviar a tu familia!”

Oh, tuve que reírme de mí mismo. Aquí estaba casi en problemas con el policía que me había estado mirando con sospecha, pero ahora Dios lo estaba usando para ayudarme a encontrar

tarjetas postales para mi familia. ¡Dios es bueno! Después de buscar juntos durante algún tiempo, encontramos algunas tarjetas postales. En ese momento, llegó la persona de contacto con la que se suponía que debía viajar. Agradecí a todos mis ayudantes de policía con entusiasmo por su ayuda, y luego esperé una señal del creyente para saber qué hacer. Simplemente hizo un gesto silencioso hacia su izquierda, y me di cuenta de que quería que lo siguiera. Lo seguí fuera del aeropuerto y me subí a un auto.

Mientras viajábamos por el camino, me confió: “Sabes, las cosas han cambiado mucho desde la última vez que estuviste aquí. Debes tener mucho cuidado esta vez. Cuando lleguemos a la iglesia donde se reúne el pueblo de Dios, el lugar donde estarás haciendo el entrenamiento, nunca debes mirar hacia atrás en la puerta principal”.

“¿Por qué es eso?” Yo pregunté.

Él respondió: “Hay una cámara de video muy grande que el gobierno ha instalado para tomar nota de todos los que entran y salen de nuestra iglesia. Debemos tener mucho cuidado. Entonces, cuando lo dejemos frente a la iglesia, asegúrese de recoger su equipaje, pero siempre de espaldas a la cámara”.

Bueno, mi corazón comenzó a latir con fuerza cuando llegamos a la puerta principal de la iglesia. Estaba curioso. Quería mirar detrás de mí y ver qué tan grande era esa cámara y cómo se veía exactamente, pero no lo hice. Se detuvo junto a

la acera fuera de la iglesia. Salí, siempre dando la espalda a la cámara. El sol se estaba poniendo. Estaba agradecido por las sombras nocturnas que se acumulaban cuando me deslicé en la iglesia. ¡Qué emocionado estaba de llegar allí a salvo!

Tuve una buena noche de sueño. Temprano a la mañana siguiente, los creyentes se reunieron para ser equipados y capacitados sobre cómo ser discípulos y hacedores de discípulos de Jesús.

Día tras día, todo salió muy bien y según lo planeado. La gente tenía hambre de ser equipada. Tenían hambre de más del Espíritu Santo. Tenían hambre de la Palabra de Dios. Simplemente tenían hambre de todo lo de Dios. Pero el diablo estaba enojado.

Una mañana, todo cambió. Justo en medio del entrenamiento, de repente, un hombre irrumpió en nuestra habitación, gritando y agitando los brazos, tratando de llamar la atención de todos. Hablaba en su propio idioma y yo no sabía lo que decía. Finalmente, encontré a alguien que podía traducir para mí.

“¿Qué pasa? ¿Qué pasa?” Yo pregunté.

Noté que los jóvenes escuchaban con mucho interés mientras el hombre continuaba compartiendo con animación y entusiasmo. Mientras los jóvenes escuchaban, comenzaron a verse desconcertados. Las personas mayores en la habitación inmediatamente se arrodillaron. Algunos de ellos lloraban cuando comenzaron a orar. Todos ellos oraban fervientemente. Entonces

supe que estaba a punto de experimentar algo que nunca jamás había experimentado en mi propio país, donde todavía tenemos libertad religiosa.

Mi traductor comenzó a susurrarme. “¡En este momento, debajo de nosotros en la cocina en el nivel principal hay dos policías secretos! Están preguntando por qué tenemos tantos montones de comida. Acaban de enviar un mensaje de que saben que hay alguien aquí entrenando y enseñando que no está autorizado para estar aquí. ¡Don, saben que estás aquí! ¡Alguien te entregó a la policía secreta! La policía dijo que debido a que vivimos en un país muy generoso, están permitiendo que nuestra iglesia se ocupe de este problema por varios días. Don, tú eres este problema. ¡Prometieron volver a buscar a esta persona en unos días!”

“Bueno”, dije, “¿qué debemos hacer?” Nadie respondió.

Pasaron unos minutos. “La policía se ha ido ahora”, finalmente me dijeron.

La gente se reunió a mi alrededor y volví a preguntar a los preciosos creyentes: “¿Me están pidiendo que deje de capacitarlos para discipular a sus hijos? ¿Quieren que me vaya?”

“¡Oh, no!” ellos respondieron “Hemos viajado con un gran sacrificio para venir aquí. Tenemos hambre de más. Pero aquí está el desafío al que nos enfrentamos. Si nos atrapan entrenándonos ilegalmente, entonces usted y nosotros estaremos en problemas. Te pueden meter en prisión mientras

esperan para enviarte de vuelta a los Estados Unidos de América. ¿Y qué te pasará mientras tanto? ¿Quién sabe?”

“Entonces, ¿qué quieren que haga?” pregunté de nuevo.

“Queremos que nos capacites con todo tu corazón y todas tus fuerzas, y oraremos para que Dios te fortalezca. De ahora en adelante, queremos que nos entrenes temprano en la mañana, toda la tarde y toda la noche todo el tiempo que puedas. Y luego todos dormiremos. Pasaremos tiempo con Jesús y oraremos, oraremos, oraremos. Luego comenzaremos de nuevo en la mañana a las 6:00 a. m., orando por el Espíritu Santo. ¡Entrénanos tanto como puedas, tantas horas al día como puedas, porque no sabemos cuándo volverá la policía y es posible que nunca más tengamos esta oportunidad!”.

Entonces, eso es lo que hicimos. Entrenamos de esa manera todo el día viernes, sábado y domingo, y Dios nos bendijo. La policía no volvió.

El lunes por la mañana, los creyentes me dijeron: “Creemos que cuando abran sus oficinas esta mañana, probablemente vendrán aquí a buscarte para ver si cumplimos. Querrán saber si nos deshicimos de ti.

Mientras pensaba en lo que acababan de compartir, pregunté: “¿Significa esto que no quieren que me reúna con ustedes esta mañana a las 6:00 a. m. para guiarlos en la oración por el Espíritu Santo?”

“¡No!” respondieron con urgencia. “¡Debemos orar aún más! Oremos por el Espíritu Santo, pero también oremos para que Dios nos muestre cuándo debes irte”.

Y entonces oramos por el Espíritu Santo. Y enseñé sobre el Espíritu Santo de la Palabra de Dios. Y nuestros corazones clamaron a Dios, y Dios se movió en la reunión.

Un par de horas más tarde, los creyentes de repente detuvieron el entrenamiento. “¡Ahora, debes irte!”

No había miedo en sus rostros, pero estaban muy firmes y mostraban una preocupación genuina. No querían que me atraparan. Me di cuenta que estaban más preocupados por mí que por ellos mismos.

“Sabemos que es el momento”, me dijeron. Tomé mi Biblia y otras cosas, e instantáneamente toda la habitación cambió a un aspecto totalmente diferente, como los funcionarios del gobierno esperarían que se viera en ese país. En apenas unos momentos, la sala quedó preparada para una tradicional presentación de gobierno. Empecé a salir de la habitación, pero había ventanas de vidrio en el pasillo justo afuera de la puerta. Los creyentes me empujaron hacia abajo mientras susurraban: “Por favor, arrástrese por este pasillo. Usted es de alta estatura y no queremos que nadie lo vea”.

Me agaché en el suelo y me arrastré por el pasillo. Una vez que pasé las ventanas, me levanté y me dijeron: “Síguenos”.

Subimos a un edificio grande y antiguo hasta el último piso. Entraron conmigo en una pequeña habitación. Luego cerraron y bloquearon la puerta.

“Nos quedaremos contigo”, me dijeron. “Oraremos con usted hasta que los otros creyentes vengan y nos digan que es seguro. ¡Hagan lo que hagan, no abra la puerta! Entonces, esperamos, oramos, oramos y esperamos cuando de repente, hubo pasos y un suave golpeteo en la puerta. ¡Estaba tan emocionado!

Por salir de esa pequeña habitación, se me olvidó el consejo. Inmediatamente me dirigí hacia la puerta y me susurraron: “No, no debes abrir la puerta.

¡Ven aquí!”

A un lado de la habitación había una habitación muy pequeña, mucho más pequeña que la habitación en la que habíamos estado. Era un pequeño armario de aproximadamente la mitad de mi altura, bajo hasta el suelo. Rápidamente me metieron en ese pequeño armario de almacenamiento y cerraron y bloquearon la puerta.

Ahora estaba incómodamente encorvado en esa pequeña habitación esperando, pero estaba más preocupado por lo que podría estar pasando afuera. Mientras esperaba en silencio, me preguntaba qué nos pasaría a mí y a los creyentes si nos atrapaban.

Escuché golpes en la puerta, más pasos y muchas voces. Me pregunté si lo próximo que sentiría sería la mano de la policía agarrando mi nuca y sacándome del escondite. Me dirían voces con

un traductor: “¡Tienes que venir con nosotros!”
¿Me llevarían a la prisión de la ciudad donde me retendrían hasta que pudieran descubrir cómo enviarme de regreso a los Estados Unidos de América?

Muchos pensamientos pasaron por mi mente mientras clamaba a Dios en oración. “Dios, prepárame para lo que pueda venir en mi camino. Estoy aquí a tus órdenes y llamado. Ayúdame a serle fiel pase lo que pase”.

Entonces escuché pasos que llegaban directo a mi puerta pequeña.

La puerta se destrabó, se abrió y una voz dijo en inglés: “¡Don, sal!”

Salí y los creyentes me sonrieron. “Ven con nosotros. Ahora es seguro”, me dijeron. Mientras bajábamos las escaleras hacia la sala principal, pregunté: “¿Qué pasó?”

Cuando entramos a la sala principal, encontramos a los jóvenes riéndose nerviosamente. Estaban tan emocionados. Reían, reían, y los ancianos tenían lágrimas de alegría en los ojos. Habían estado orando todo el tiempo y clamando a Dios que las reuniones no se detuvieran y que yo estaría a salvo.

“¿Qué pasó?” pregunté de nuevo.

Con una emoción sin aliento, me dijeron: “Poco después que usted se fue, dos policías entraron en nuestra sala de entrenamiento con gran confianza y autoridad. Entraron, revisaron la habitación y

lentamente miraron a través de nuestra multitud. Lo estaban buscando. Luego, mientras miraban hacia el fondo de la habitación, de repente un gran miedo apareció en sus rostros. Retrocedieron sin decir una palabra, se dieron la vuelta y huyeron de la habitación y de la propiedad. ¡Sabemos que Dios envió a Sus ángeles aquí para protegernos y para protegerlo a usted!”

Agradecemos y alabamos a Dios y su glorioso nombre juntos. Enseguida continuamos con el tema y en la instrucción. Y la policía nunca volvió mientras estuve allí.

Capítulo 7

Él Es Mi Papá

“Entonces tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: Este es el camino, andad por él; y no echéis a la mano derecha, ni tampoco torzáis a la mano izquierda.” Isaías 30: 21

Yo volaba hacia una ciudad densamente poblada en un país lejos de mi casa. Yo estaría allí solo una noche. A medida que el avión se acercaba a su destino, yo tenía la fuerte convicción que había alguien en esa ciudad con la que se suponía que me encontraría para orar. “¿Quién es esa persona, Dios? Me preguntaba.

Después de llegar a esa ciudad, hice un pequeño recorrido. Aunque yo estaba en una cultura diferente, que sostenía muchas creencias religiosas y puntos de vista diferentes a los míos, me trataron con mucha amabilidad y respeto. Recuerdo haber entrado en una tienda y tenía mucha sed. Le pregunté al encargado: “¿Tiene algo de agua? ¿Quisiera un poco de agua para beber!”

“No, aquí no, permítame un momento”, dijo. Dos de los encargados corrieron calle abajo y volvieron unos momentos después con una botella de agua.

“Aquí, señor, este es nuestro regalo para usted”, me dijeron mientras me daban el agua. “¿Cuánto cuesta?” pregunté.

“Es nuestro regalo para usted” dijeron de nuevo con una sonrisa. Una y otra vez vi la bondad de la preciosa gente de esa ciudad.

Justo antes de regresar al hotel esa noche, pasé por un centro de adoración grande y hermoso, especialmente diseñado para el culto diario en esa región del mundo. Me preguntaba sobre el hombre que estaba dentro de ese centro de adoración, el hombre que llamó a la gente a orar durante el día y la noche.

Mientras me acomodaba para pasar la noche en el hotel y antes de acostarme, me arrodillé y le pedí a Dios que me despertara en cualquier momento de la noche para orar y estudiar su palabra. Yo no tenía despertador, y el hotel tampoco me había dado uno, así que dependía de que Dios me despertara para llegar a tiempo y tomar otro vuelo al día siguiente.

En las primeras horas, fui despertado por Dios. Me sentí tan descansado. ¡Espero no haber perdido mi vuelo! Pensé. Yo llamé a la recepción y supe que era tan solo la 1:00 a.m. Entonces Dios me recordó que Él me había dicho que tenía a alguien en la ciudad con quien él quería que yo orara. Me puse de rodillas. “Dios no me permitas perder a la persona con la que quieres que yo ore en esta ciudad antes de irme.

Mientras oraba, el Espíritu Santo me impresionó

muy fuertemente que Él quería que yo encontrara al líder del grande y hermoso centro de adoración que había visto la noche anterior, el hombre que rutinariamente llamaba a la gente para orar.

Oré de nuevo, queriendo tener la seguridad de que en verdad estaba oyendo de Dios.

“Dios, si te estoy escuchando correctamente, por favor dame promesas en la Palabra que me preparen para tal visita. Y si esto no eres tú, entonces dame consejo en la Palabra que me indica a no ir. Solo guíame con el Espíritu Santo.”

En contestación a mi oración, el Espíritu Santo comenzó a dirigirme a promesa tras promesa en Su Palabra que me mostró que Él estaba conmigo, y que Él me daría las palabras para decir como prometió Moisés en la zarza ardiente.

Después de mucho tiempo en oración y en el estudio de la Biblia, bajé hasta el lobby, el cual estaba completamente vacío. Todavía era una hora muy temprana.

“Necesito un taxi, por favor”, le dije a la persona quien estaba atendiendo en el mostrador. “Señor, salga. Hay uno que le está esperando”, me dijo el asistente.

“Pero todavía no he llamado a ningún taxi”, dije con sorpresa.

“Solo salga. Hay uno que lo está esperando”, me dijo otra vez.

No había actividad en el hotel, y todavía estaba muy temprano en la mañana. No podía creer que Dios ya me había preparado un taxi. Fui al taxi, y efectivamente, el conductor estaba estacionado allí esperándome.

“Por favor, llévame a un cierto centro de adoración”, le dije al conductor, nombrando el lugar que había visto la noche anterior.

Él respondió: “Es muy temprano en la mañana. ¿Eres de nuestra fe?” preguntó, mientras nombraba a los prominentes grupos religiosos de ese país.

“No, no lo soy”, le dije.

“¿Por qué quiere ir? Esta no es la hora para que gente que no es de nuestra fe vaya a adorar.” “Debo ver al hombre que da la llamada a la oración”, le dije.

El conductor me miró confundido. “¿Tú tienes una cita para verlo?” “No, no una invitación de él”, respondí.

“Si no tienes una cita, no hay manera verlo”, me dijo con mucha confianza. “Yo soy de esta fe e incluso si tratara de obtener una cita con él, llevaría mucho, mucho tiempo conseguir una cita con un hombre tan importante.

“Entiendo”, respondí con resolución. “Sin embargo, en oración esta mañana, Dios me dijo que fuera y viera a ese hombre.”

El conductor estudió mi rostro atentamente.

“Nunca lo verá, pero lo llevaré allí.”

Y así, en las primeras horas de la mañana, entré en su taxi. Todavía estaba completamente oscuro afuera. Él me llevó al gran y hermoso centro donde mucha gente venía a orar y adorar. A medida que nos acercábamos, pude ver el centro de adoración brillando en la noche. Las luces estaban todas encendidas.

¡Qué vista tan impresionante!

“¿Cuál es la mejor manera de entrar al edificio?” Le pregunté al taxista.

“Lo dejaré en la parte de atrás. Tienes dos opciones. me dijo. “Puedes subir a esas tres enormes puertas de madera, y puedes entrar por allí. Si las puertas están abiertas, entrarás directamente al centro donde todos están orando. Tu otra opción es entrar por debajo del centro de adoración. Hay un pasillo estrecho; puedes entrar por allí abajo, y luego subir hasta el centro. Entonces, ¿cuál prefieres?”

Miré hacia el estrecho pasillo que había señalado. Estaba todo oscuro. No podía ver mi camino. Miré las enormes y macizas puertas y silenciosamente oré. “Entraré por las grandes puertas”, le dije.

Me dejó junto a las tres puertas. Yo había esperado que él esperara a ver si yo podía entrar, pero antes de que pudiera decir algo, se alejó, dejándome de pie en la oscuridad en la parte trasera del enorme centro de adoración. Me quité los zapatos y subí a la primera puerta enorme y traté de abrirla. Estaba

firmente bloqueada. Oré: “Dios, al menos Tú sabes que yo intenté.” Y luego pensé, “debería probar la segunda puerta.”

Subí a la segunda puerta y traté de entrar, y también estaba cerrada. Una vez más, oré: “Dios, al menos sabes que traté de ir a donde me querías enviar. Esta ni siquiera es la hora para que vengan extranjeros como yo y los que no son de esta fe.”

Probé la tercera puerta y se abrió. Entré a través de la puerta. Muchos hombres estaban arrodillados en oración, muchos de ellos con el rostro en el suelo. Me arrodillé, no muy lejos de la gran puerta por la que había ingresado. Oré y esperé. Oré en silencio, “Dios, ¿cómo voy a encontrar al hombre que dirige el llamado diario a la oración?”

Finalmente, después de algún tiempo, Dios me impresionó para que abriera mis ojos. Noté a un joven que estaba en oración a unos metros de mí. Me acerqué a él, y cuando se fijó en mí, dije: “Lamento mucho interrumpirte, pero ¿puedes llevarme al líder, quien hace el llamado a la oración?”

Respondió con una sonrisa, “Pronto hará su llamado a la oración, y entonces podrás encontrarte con él”.

Entonces, oré y esperé. Y pronto el hombre a quien estaba orando para encontrar, entró e hizo el llamado a la oración. Podía oír el ruido de la enorme puerta detrás de mí, abriéndose y cerrándose, mientras más hombres entraban para el llamado a la oración. Qué espectáculo

debo haber dado al estar allí, de rodillas en mi ropa occidental. Era el único extranjero, y la única persona que no era de su fe.

Al final de la oración, escuché una voz profunda: “¿Está buscando al líder que llama a la oración?” Yo miré hacia arriba y vi a dos hombres de alta estatura, mirándome.

“Sí, señor. ¿Puede llevarme con él?”

Uno de los hombres respondió: “El líder está aquí justamente a su lado ahora mismo!” Y señaló un hombre de baja estatura que parecía ser muy sabio.

Los hombres altos parecían guardaespaldas. Ambos me miraron detenidamente con cautela y recelo. Yo sonreí y dije: “Me encantaría hablar con su líder.”

Uno de los hombres dijo algo en voz baja al líder, quien había venido a ver al extranjero. El líder dijo algo de vuelta al hombre alto, quien luego me informó y dijo que le gustaría hablar conmigo a un costado del lugar. Los tres hombres me llevaron al lado de la habitación. El líder se sentó en el suelo con los dos hombres muy de cerca, uno a cada lado.

“¿Por qué ha venido?” preguntaron.

“Mientras oraba temprano esta mañana, Dios me dijo que viniera aquí y lo viera”, dije, mirando directamente al líder.

Ese fue el comienzo de una gran conversación sobre los tiempos que vivimos y nuestra mutua convicción de que los padres son llamados por

Dios para ser mentores espirituales de sus propios hijos.

Eventualmente, el líder religioso comenzó a hablar en inglés, hablando conmigo directamente en lugar de hacerlo a través de los hombres que estaban a su lado. Tuvimos una conversación profunda sobre la necesidad de transmitir valores a las nuevas generaciones. Pasaron casi treinta minutos y luego el líder dijo que tenía que irse. Sin embargo, el Espíritu Santo me había dicho que necesitaba orar con él.

“¿Puedo orar por usted y tu familia antes que te vayas?” Yo pregunté. Me aseguró que podía. Oré por él y su familia y para que Dios lo bendijera y lo guiara como lo hizo con los que estaban en el gran centro de adoración de esa ciudad. Estaba visiblemente conmovido por la oración y se inclinó hacia adelante. “Si alguna vez vuelves a estar en esta ciudad, por favor ven a verme”, susurró. Le aseguré que estaría muy feliz de volver a verlo. Cuando pregunté dónde podía encontrar un taxi para ir al aeropuerto, uno de los hombres que había sido su guardaespaldas me ofreció: “Ven conmigo. Te llevaré al aeropuerto.”

El guardaespaldas me llevó por la ciudad y al aeropuerto y rechazó mis ofertas de pagarle la gasolina. Mientras me despedía, invité a mi conductor a venir con su familia y visitarme en América. Me preguntaba cuándo Dios me guiaría de regreso. ¿Habría una continuación de la historia? Pasaron varios años y yo seguía pensando en la invitación de ese líder para volver a verlo allí en

el gran y hermoso centro de adoración. Pensé en cómo Dios me había urgido para orar con ese hombre.

La próxima vez que volé a esa ciudad, oré: “Dios, si es para tu gloria, ayúdame a encontrar nuevamente a ese hombre”.

A la mañana siguiente de mi regreso a esa ciudad, Dios me despertó muy temprano. Tenía otro vuelo ese mismo día, pero antes de mi vuelo, Dios me impresionó para que volviera a ese mismo gran centro de adoración. Fui y encontré el lugar y entré. Pregunté por el líder a quien había conocido previamente. Ya había pasado el tiempo del llamado a la oración. Los pocos hombres que aún quedaban allí me miraban con gran curiosidad. “Nuestro líder no está aquí. Puedes encontrarlo en su casa”, dijeron.

“¿Dónde está su casa?” pregunté. Señalaron un apartamento al otro lado del campus.

Me acerqué al apartamento y llamé al timbre. Nadie respondió. Volví a llamar y nadie respondió. La gente pasaba por la calle, mirándome. Yo era occidental, y me di cuenta de que estaban desconcertados porque estaba en la puerta de su líder religioso. Una y otra vez toqué el timbre. Me sentí tonto, pero Dios me impresionó a que no me diera por vencido. Finalmente, escuché una puerta abrirse en el nivel superior y el sonido de pequeños pies bajando los escalones de piedra.

Un niño pequeño se acercó y me miró con una expresión perpleja. Me saludó en su idioma. Le

pregunté si podía ver al líder que llamaba a la oración, y él corrió escaleras arriba. Escuché la voz del niño y la voz de una mujer mientras discutían algo. Entonces el niño bajó corriendo los escalones tan rápido como sus piernas se lo permitieron. Corrió hacia mí, miró hacia arriba y ordenó con confianza: “Sígueme” e inmediatamente comenzó a caminar de regreso a través del campus.

“¿A dónde vamos?” Le pregunté. “Al centro de adoración”, dijo.

“Ya he buscado al líder allí”, le dije.

¡No, él está allí!” Dijo el niño enfáticamente. “¿Cómo lo sabe?” Pregunté, poco convencido. El niño sonrió, “Él es mi papá. ¡Sígueme!”

Seguí al niño de regreso al centro de adoración y directamente a través del lugar principal de oración. Los reunidos allí para orar se quedaron mirando mientras este niño pequeño me conducía con confianza, un occidental, a través de la sala de oración por un pasillo y hacia lo que parecía ser una cámara especial y privada. Caminó muy silenciosamente hacia un hombre que yacía boca abajo con la cabeza cubierta. “Ahí está mi papá”, susurró. ¡Su papá estaba profundamente dormido!

¡Oh, esta no es una buena situación! Pensé dentro de mí. No estará feliz de que lo despierte. ¿Debería despertarlo? Entonces recordé cómo este líder me había invitado tres años antes para volver a verlo.

Traté de asegurarme de que cuando se despertara y viera mi rostro, recordara nuestra gran conversación.

El niño pequeño estaba esperando para ver lo que yo haría. Entonces, susurré: “Por favor, despierta a tu padre”. Estaba parado a unos metros de distancia. Yo estaba tan emocionado de ver a este hombre de nuevo. Y el niño pequeño comenzó a tirar de la manga del vestido de su padre, pero el hombre parecía estar profundamente dormido. Su hijo volvió a tirar de él y empezó a sacudirlo. “¡Papá, papá, despierta!”

El hombre se dio la vuelta y se incorporó lentamente, frotándose los ojos somnolientos. Su hijo tiró de su brazo balbuceando algo y señalándome con mucha emoción. Pero cuando el hombre se quitó las manos de la cara, ¡me sorprendí! El hombre que me miraba no era el mismo líder que me había invitado a regresar. Este hombre me miró sin comprender y luego se puso de pie sin una sonrisa. No estaba feliz de verme de pie allí.

Fue un momento incómodo, pero el Espíritu de Dios estaba allí. Me presenté a él, y él entendió lo suficiente de mi inglés para mantener una conversación. Le hablé de haber conocido al otro líder varios años antes. Él preguntó: “¿Eres de nuestra fe?”

“No. Soy un seguidor de Jesús”, respondí. Tuvimos una buena conversación. Entonces el Espíritu de Dios me susurró a la mente: “Dale un libro”. Le pregunté si podía darle un libro que había escrito. Él asintió con aprobación. Le di uno de mis libros que comparto acerca de cómo Dios ha llamado a nuestros hogares a ser lugares para hacer discípulos de Jesús.

Entonces el Espíritu de Dios dijo: “Pregúntale si puedes orar con él”. Le pregunté si podía orar con él y accedió con cautela. Oré con él y luego me fui, ya que era casi la hora de tomar mi vuelo de regreso.

Mientras viajaba en un taxi de regreso al aeropuerto, alabé a Dios en silencio por su tiempo perfecto al organizar mi visita tres años antes y ahora mi visita de regreso esa mañana. No había visto a quién intenté ver, pero Dios me guió de regreso al centro de adoración a un líder espiritual que estaba aún más abierto a lo que tenía para compartir como seguidor de Jesús.

Oh, amigo mío, recuerda que el Espíritu de Dios tiene personas para que las veas en cada ciudad y en cada continente, incluso en la ciudad o pueblo donde vives. Y cuando vas, si mantienes tu corazón y mente en sintonía con Él, Él siempre tiene una agenda. ¡Solo ora y prepárate para increíbles citas divinas!

Capítulo 8

Grabado En Mi Corazón

““En mi corazón he guardado tus dichos,
Para no pecar contra ti". "Hablaré de tus
testimonios delante de los reyes, Y no me
avergonzaré". "Lámpara es a mis pies tu
palabra, Y lumbrera a mi camino.”” Salmos
119: 11, 46, 105.

Memorizar las Escrituras no es mi mayor habilidad. Me encanta la Palabra escrita de Dios. Me encanta leerla. Me encanta estudiarla. Amo orar a través de pasajes de la Palabra de Dios, pero a menudo lucho para memorizarla. A menudo me he preguntado qué haría si alguna vez me enviaran a un lugar sin mi Biblia. Bueno, un día, no hace mucho tiempo, ¡yo tuve la oportunidad de vivir esa experiencia!

Me estaba preparando para un viaje a Camboya y organizando todos mis vuelos cuando fui impresionado a detenerme y orar sobre la agenda de Dios para mi vuelo de regreso a casa. Mientras oraba, el Espíritu Santo me impresionó diciendo que debería cambiar mucho mi ruta de vuelo para

detenerme y visitar un país específico y cerrado. Él me impresionó diciendo que, si yo fuera a este país cerrado, Él me mostraría lo que debiera hacer.

April y yo pensamos y oramos por este asunto. A pesar de que era muy inusual reservar un vuelo tan lejos de la ruta normal de vuelo de regreso, acordamos que era la voluntad de Dios y era parte de Su agenda. Así que eso hice.

Terminé mi trabajo en Camboya y me dirigí a casa a través de este país cerrado. Providencialmente conocí mucho antes a una pareja del país cerrado, seguidores de Jesús, a quienes pensaba visitar.

Cuando llegué, nos encontramos en un hotel. Incluso antes de que nosotros comenzamos a hablar, le compartí que el Espíritu Santo me había dicho que siguiera esta ruta larga y “fuera del camino” a casa para poder visitar su país. Yo sabía que Él tenía un propósito específico al traerme allí. Nosotros entonces oramos fervientemente para que el Espíritu Santo guiara nuestra conversación y que no nos perdiéramos todo lo que estaba en Su corazón. Después de nuestra sesión de oración, le pregunté a la pareja: “Entonces, ¿qué hay en su corazón?”

El hombre empezó a hablarme de oportunidades para el servicio que sonaban muy cómodas para mí, que incluía dar recursos a los creyentes del país sin que eso representara un riesgo para mí. Suspiré con alivio y relajación. Sin embargo, mientras escuchaba, oré: “Dios, ayúdame a escuchar tu agenda mientras ¡estoy aquí!”

Entonces, abruptamente, el hombre se detuvo, con una mirada lejana, comenzó a compartir la preocupación que Dios le había dado por los creyentes en un país cercano al de ellos, un país que era aún más difícil, ya que las autoridades habían prohibido la Palabra de Dios escrita y cualquier reunión cristiana. Continuó compartiendo cómo estaba prohibido para un creyente incluso poseer una copia impresa de la Biblia y que era extremadamente peligroso que los creyentes se reunieran para adorar. El país estaba completamente cerrado al evangelio de Jesucristo.

Me habló del peligro que corrían los creyentes al compartir su fe y cuán desesperadamente necesitaban ser animados en la Palabra, llamados a reavivamiento, y equipados para discipular a sus hijos. Cuanto más hablaba, más fuerte era la impresión del Espíritu Santo que me decía que Dios quería que yo fuera a ese país cerrado. Dios me había llevado a encontrarme con esta pareja en mi camino a casa para que me enterara de esta gran necesidad.

“Yo creo que Dios me está llamando a ir allá y a llamar a los creyentes a un reavivamiento con Jesús”, le dije a la pareja, mientras la convicción me abrumaba. “Yo creo que Dios quiere discipularlos para que hagan discípulos a sus niños y jóvenes, equipándolos para llamar a otros al reavivamiento”.

“Nunca te pediría que fueras a un lugar así”, respondió el hombre con seriedad. “Es un lugar muy difícil, un lugar muy peligroso. Eres un hombre

casado con una familia. No te pediría que corrieras ese riesgo. Pero, ¡si Dios te llama, dime!”.

Después de nuestra conversación, continué mi viaje de regreso a casa, al país seguro donde vivo. Una vez que llegué a casa, mi esposa y yo oramos fervientemente acerca de esta oportunidad única. Mientras oramos juntos, Dios nos impresionó que Él realmente me estaba llamando para ir a este país cerrado. Como puedes imaginar, mi esposa y yo estábamos preocupados por cómo debía prepararme para este viaje.

Le pregunté a Dios qué debía hacer con la prohibición de Biblias. Dondequiera que voy en este planeta tomo la Palabra escrita de Dios conmigo en forma impresa. Este es mi modo de operación y fuente principal de todas mis predicaciones y enseñanzas a nivel mundial. También es mi fuente de fuerza y coraje. Sentí que me iría en este viaje desnudo sin la Palabra de Dios. Entonces, oré.

“Dios, Tú tienes todo el poder y la autoridad”, le dije. “Tienes poder para poner tu mano sobre mi Biblia para que no la vean las autoridades cuando entre a este país cerrado al Evangelio. He escuchado otras historias semejantes. Sé que podrías hacer eso por mí si Tú quisieras.”

Sin embargo, mientras esperaba y oraba y buscaba a Dios en este asunto, me impresionó diciendo que no debería llevar una copia de la Biblia conmigo al país.

Entonces le pregunté a Dios: “¿Cómo voy a predicar

y enseñar tu Palabra durante dos semanas en este país sin una copia de Tu Palabra escrita?”

Esa voz suave y apacible del Espíritu Santo habló a mi corazón: “Grabaré la Palabra de Dios en tu mente y en tu corazón.”

“¿Cómo lo harás?” Yo pregunté. Sabía que solo tenía treinta días antes de mi vuelo a este país. Yo necesitaba un plan para interiorizar la Palabra de Dios.

El Espíritu Santo me impresionó con un plan de treinta días en la Palabra. Me habló a mi mente: “Quiero que lees todo el Nuevo Testamento en los próximos 30 días. Haz lo siguiente: Todas las mañanas arrodíllate y ora para que el Espíritu Santo bendiga y grabe lo que lees en tu mente y tu corazón. Y mientras lees, busca cualquier cosa que puedas aprender acerca de Jesucristo. Cuando termines de leer tu porción del Nuevo Testamento para ese día, pon la Biblia a un lado y de memoria, escribe todo lo que aprendiste acerca de Jesús, quien es Él, lo que hace y lo que hará por ti. Así grabaré la Palabra en tu mente y en tu corazón.”

Entonces, amigo mío, eso es lo que hice durante los siguientes treinta días. Leí una porción del Nuevo Testamento cada día después de orar por la ayuda del Espíritu Santo, y yo busqué a Jesús como si no lo hubiera conocido antes. Entonces dejaba la Biblia a un lado y escribía, tan rápida, clara y comprensivamente como pude, todo lo que recordé que acababa de aprender sobre Jesús de la Palabra de Dios.

Pero entonces surgió otra complicación. Yo había dado mi solicitud de visa a la embajada de ese país, pero no había recibido respuesta hasta diez días antes de la salida. Mi visa finalmente llegó; sin embargo, mi nombre fue deletreado completamente mal y era casi irreconocible. Estaba muy decepcionado y alarmado. Pensé en volver a la embajada personalmente para pedirles que lo corrigieran, pero no había suficiente tiempo.

Salí al bosque a orar. “Dios, ni siquiera puedo entrar en mi propio país donde soy ciudadano con papeles que tienen mi nombre mal escrito, mucho menos a un país cerrado al evangelio que puede o no estar feliz de que venga como estadounidense. ¿Cómo voy a entrar a este país con una visa que no coincide con el nombre de mi pasaporte?”

Pero Dios no estaba muy preocupado. De nuevo, Su silbo apacible y delicado habló a mi corazón. “No creas que tu visa te permitirá ingresar al país. ¡Solo Yo, el Señor Dios, ¡soy el que te permitirá entrar en ese país!”

¡Oh, cómo se elevó mi corazón! Yo estaba emocionado y tan feliz. Mientras me preparaba para ir, puse esa visa con mi pasaporte, y le dije al Señor que no sabía cómo lo iba a hacer, pero que yo estaba emocionado por ver lo que Él haría.

Llegó el día de irme. Mi esposa me abrazó y me besó, y yo la abracé fuerte durante mucho tiempo, sabiendo que, si diera un paso en falso, si me encontraban compartiendo el evangelio en este país, quizás no regresaría. Me despedí de nuestros

hijos en casa y nos abrazamos muy fuerte. Luego me fui en este largo viaje de fe al otro lado del planeta.

Recuerdo cómo mi corazón latía con fuerza mientras volaba a esa ciudad. Sabía que, en unos momentos, ellos verían la disparidad entre mi pasaporte y mi visa, y podrían discrepar fácilmente de esto. Tendrían buenas razones para sospechar de mí. Ellos se preguntarían, quién era yo realmente. Podría ser llevado a un cuarto lateral e interrogado o peor, y se podrían enterar que soy un apasionado seguidor de Jesucristo, que ama enseñar de Él y predicar de Él donde quiera que va. Lo sabía, sin la intervención de Dios, estaba en problemas.

Con mucha oración, llegué al hombre detrás del mostrador en el control de pasaportes. Efectivamente, el hombre dijo: “Pasaporte y visa, por favor. Se los di. Sostuvo el pasaporte a la izquierda de mi cara y la visa a la derecha de mi cara. Y el miró los tres, documentos con mi cara en el medio. Pude ver que estaba comparando. Él vio que mi cara coincidía, pero ¿se dio cuenta de que mis nombres no coincidían en absoluto? Hizo una pausa y miró mi rostro profundamente. Oré y esperé. Entonces con una gran sonrisa en su rostro, dijo: “Bienvenido a nuestro país. Espero que lo pases genial.”

“Estoy seguro de que lo haré”, respondí, mientras caminaba hacia la aventura de mi vida.

Esperé a mi persona de contacto cerca del reclamo de equipaje, pero no vino. Se hizo más y más tarde

en la noche, y todavía mi persona de contacto no llegaba. Yo había sido advertido expresamente de que, si tomaba un taxi equivocado, y averiguaban que yo era un seguidor de Jesús, podía ser encontrado muchos días después con mi garganta cortada y abandonado a lo largo del camino en alguna parte. Yo no quería viajar.

Con nadie, o andar con nadie excepto con mi persona de contacto, que era un seguidor de Jesús. Pero el seguidor de Jesús nunca apareció.

Clamando a Dios, le pregunté: “¿Qué debo hacer? Yo necesito llegar a mi hotel donde se supone que debo reunirme y equipar a estos seguidores de Jesús”. Dios trajo una promesa de vuelta a mi mente que Él había grabado en mi memoria: “Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada.” (Santiago 1: 5). Luego volví a pedirle a Dios esta sabiduría y confié en que Él me guiaría.

Esa voz suave y apacible de Dios me instruyó que debía ir a cierto quiosco y allí podía encontrar un taxi. Fui a ese quiosco, les di la dirección de mi hotel y les pregunté si podría llevarme allí. Estaban felices de ayudarme y en menos de una hora después, ya estaba ubicado.

Al entrar al lobby, subí a la recepción y le di al hombre que estaba atendiendo detrás del escritorio una gran sonrisa.

“Mi nombre es Don MacLafferty, y tengo una reservación.”

Preguntó de mal humor: “¿Ya pagaste por la habitación?” “Sí, señor, lo hice. Pagué en línea”, respondí. Miró y dijo: “Puedo ver que reservaste una habitación, pero el pago no se realizó.”

Ahora, solo tenía una pequeña cantidad de efectivo conmigo, y me preocupaba usar mi tarjeta de crédito para pagar la estadía, pero no quería gastar el poco efectivo tampoco. Entonces, saqué mi tarjeta de crédito para pagar y la deslicé.

“Esta tarjeta no sirve”, me dijo. Estaba bastante molesto porque le había dado una tarjeta que no funcionaba. “Lo siento mucho”, respondí, “Por favor, inténtalo de nuevo”.

“Ya lo he probado. No funciona —dijo con irritación.”

“Por favor, inténtalo de nuevo”, le pedí. Lo intentó por segunda vez, y con un disgusto aún mayor, dijo: “¿Puede ver? ¡No funciona!” Estaba rogándole a Dios en silencio que interviniera y una vez más Él me dijo qué hacer.

“Por favor, señor, inténtelo una vez más”. Estaba orando porque sabía que, si esa tarjeta no funcionaba, entonces no tenía otra forma de pagar mi alojamiento. Las dos semanas que Dios me había apartado para estar en este país estarían en peligro.

“No necesito volver a ejecutar su tarjeta. Ya lo he hecho dos veces”, me dijo. Era obvio que él me quería fuera de ese lugar.

“Señor, le pregunté por última vez, ¿podría por favor inténtalo una vez más?”

Probó mi tarjeta por tercera vez, y mi tarjeta salió bien. Yo estaba tan feliz. Podría haber abrazado al hombre, pero lógicamente sabía que él no apreciaría ese gesto, en absoluto.

Estaba tan emocionado de tener una habitación, tan emocionado de haber llegado sano y salvo a ese país, tan emocionado de que no me habían rechazado cuando vieron mi pasaporte con el nombre escrito incorrectamente. Una vez que llegué a mi habitación me arrodillé y le agradecí a Dios por llevarme allí a salvo.

Con alegría me levanté y salí de mi habitación para explorar el hotel. Mientras caminaba por los pasillos del hotel, comencé pensando que, si fuese cuidadoso en orar solo con los creyentes y discipularlos y prepararlos, yo podría servir bien a Dios y volver a casa seguro con mi esposa y mi familia.

Mientras esos pensamientos pasaban por mi mente, el Espíritu de Dios me dio instrucciones urgentes, “¡Don, vuelve a tu habitación inmediatamente!” había mucha urgencia en su mensaje. Regresé a mi habitación, cerré la puerta, me arrodillé y dije: “Señor, ¿qué pasa?”

Entonces el Espíritu de Dios me reprendió. Me dijo firmemente, “No te llamé a este país para estar seguro. Te he llamado a dar recursos a los creyentes en Cristo, a llamar a los creyentes al reavivamiento y cómo discipular las nuevas generaciones a Cristo. Pero también te llamé aquí para orar con cualquiera con quien te llamo a orar, no solo creyentes en Cristo.”

“Pero, Señor”, dije, “para los cristianos orar con las personas de otras religiones en este país está en contra de la ley. Un seguidor de Jesús nunca debe orar con el grupo de fe de las personas que viven aquí.”

Dios me desafió más profundamente. “Yo no te llamé aquí para estar seguro. Aquí te he llamado para que me seas fiel. Y con cualquiera que te impresione para orar, debes hacerlo, estás aquí para ser una luz en la oscuridad.”

Confesé mi pecado ante Dios. Le confesé mi deseo de estar a salvo. Y en cambio, le supliqué a Dios para ayudarme a ser fiel, no solo a estar seguro. Me dirigió volver al vestíbulo. Momentos después, me encontré con el gerente del hotel. Y el Espíritu de Dios me dijo: “Ve a orar con ese gerente.”

“¿Ya, Señor?”, pregunté. “Ni siquiera he conocido a creyentes todavía.” Entonces, hice una pausa. “Sí Señor. Oraré con él. Solo ve conmigo.”

Me acerqué al gerente y lo felicité por su personal y la limpieza del hotel. Le dije que me encantaba orar con personas de todo el mundo y luego le pregunté si podía orar con él. Él me miró bruscamente.

Entrecerrando los ojos, preguntó: “¿Es usted de nuestra fe?” “No señor, no lo soy. Soy un seguidor de Jesús.”

No perdió ni un segundo. Su respuesta fue inmediata. “¡Sígueme!” dijo secamente, y él caminó directamente hacia el centro del espacioso

vestíbulo. Lo seguí. Se sentó en una silla de felpa y me indicó que me sentara cerca de él. Estábamos rodeados de empresarios haciendo negocios o tomando algunos refrescos. “Adelante, puedes orar por mí.”

Mis ojos se abrieron. “¿Aquí mismo?” lo interrogué. Él asintió con la cabeza. Sabía que los empresarios que nos rodeaban eran de otra fe, no amigos del cristianismo. Fácilmente podría estar en problemas. Me preguntaba si esto era una trampa, pero Dios me dijo que orara por él.

Entonces, incliné mi cabeza y oré por este gerente, por su familia, y porque su liderazgo fuese bendecido en el hotel. Cuando terminé, me di cuenta de que el gerente estaba muy conmovido y animado por la oración. Él silenciosamente me agradeció y rápidamente abandonó el área.

Me reuní con doce creyentes esa noche y encontré que el Espíritu Santo me dio cada porción de la Palabra que necesitaba para el reavivamiento de esa noche. Vez tras vez a lo largo de las siguientes dos semanas el Espíritu Santo me dio lo que necesitaba de la Palabra, exactamente cuándo lo necesitaba. Estaba asombrado con el Espíritu Santo y la Palabra escrita de Dios de una manera nueva y fresca, porque Él la había grabado en mi corazón y mente como nunca antes lo había hecho. Mientras yo no tenía mi Biblia conmigo, tenía a Jesús, la Palabra Viva, y eso era suficiente.

Las promesas de Dios y Su Palabra también continuaron dándome el valor de buscar la

fidelidad sobre la seguridad. Ese gerente de hotel con quien oré con el primer día se me acercó de nuevo al día siguiente y me confió en voz baja: “¡Ayer, después de orar contigo, tuve el mejor día que he tenido en mucho tiempo! ¿Orarías conmigo otra vez?”

“¡Oh sí!” Sonreí. Oramos juntos, una y otra vez durante esas dos semanas inolvidables.

Capítulo 9

Nunca Conocí Uno Antes

“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.” Mateo 28: 19, 20

Los días de preparar a los doce creyentes en el país cerrado voló como hojas en el viento de otoño. Hacia el final de esa semana, algunos de los creyentes se reunieron a mi alrededor con mucha emoción.

“Hemos estado orando por tu visita a nuestra iglesia en la ciudad capital la próxima semana. ¿Quieres venir?”, preguntaron.

“Déjenme orar por eso”, les dije.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza mientras pensaba en cuan activa estaría la policía, buscando iglesias bajo tierra, aún más que donde estaba yo ahora. Oré y le pregunté a Dios qué le daría gloria.

Su respuesta fue simple: “¡Ve!”.

Dios me recordó que Él tenía citas divinas preparadas para mí en el vuelo hacia y desde la capital, así como cuando estaría con los creyentes. Yo comencé a orar acerca de a quién conocería.

Llegó el día de mi vuelo a la capital. Los creyentes se habían sacrificado para pagar mi viaje. Tomé un taxi para que me llevara al aeropuerto y descubrí que había pocas señales que podía leer. Oré pidiendo ayuda incluso para encontrar mi puerta. Había poco en inglés en todo el aeropuerto. Mientras caminé, nuevamente me di cuenta de cómo me destacaba entre la multitud. Nadie en todo el ajetreado aeropuerto tenía una apariencia como la mía.

Sabía que personas como yo, seguidores de Jesús, eran pocas en esta parte del mundo. Finalmente, llegué a lo que pensé que era mi puerta. Me senté y oré para que Dios me mostrara de alguna manera si yo estaba en el lugar correcto. Un hombre de negocios alto que llevaba un maletín se sentó a mi lado. Le pregunté si este era la puerta correcta del vuelo que iba a la ciudad capital. Habló en un inglés nítido: “Absolutamente. Estas en el lugar correcto.”

Entablamos una conversación, y luego durante el intercomunicador hicieron una llamada sólo en su idioma. Mi nuevo amigo se puso de pie. “Unámonos a la línea para abordar el avión”, me dijo.

Mientras estábamos en la fila y subiendo al avión, él preguntó: “¿Cuál es su número de asiento?” le mostré mi número de asiento. “Eso es toda

una coincidencia. ¡Estás sentado a mi lado!” dijo alegremente.

Entramos en el avión y nos sentamos. Tan pronto como el avión despegó, me preguntó: “Tengo curiosidad, ¿por qué vas a nuestra ciudad capital?

“Espero hacer nuevos amigos y aprender más sobre el pasado y el presente de tu país”, respondí. Conversamos con mucho cuidado. Y luego finalmente, se inclinó y susurró: “¿Eres de nuestra fe?” “No, no lo soy”, respondí.

Ahora, estaba muy consciente de que el avión estaba lleno de gente, y algunos parecían estar escuchando mientras otros, por supuesto, no podían entender una palabra que decíamos. Sin embargo, tenían mucha curiosidad acerca de mi identidad.

“¿Entonces que eres?” preguntó.

“¿Estás preguntando por mi fe?” respondí. Él asintió muy seriamente, y pensé, Esto será un momento interesante. ¿Qué es lo que va a hacer cuando se entere de quién soy? No quería mentir. Yo quería decir la verdad, y quería dar gloria a Dios. Entonces, susurré una oración al cielo, y el Santo Espíritu me mostró qué hacer.

“Soy un seguidor de Jesús”, le dije en voz baja.

“¡Oh!” dijo, con mucha fascinación y curiosidad. “Nunca he conocido a uno de esos antes. Nunca he tenido una conversación con un seguidor de Jesús.”

El resto del vuelo fue muy interesante, mientras nosotros comparando notas, dijo que era un hombre de oración. Dijo: “Yo también”. Dijo que practicaba el ayuno para que pudiera tener una mente clara cuando estaba orando. Dijo: “Yo también ayuno”. Dijo que practicaba dar a los pobres. Y yo dije: “Eso es bueno. Yo practico eso también.” Él dijo: “Creo que hay un día de juicio venidero cuando todos serán tomados en cuenta.” Dijo: “Yo también creo eso”.

“Te fascinará saber”, le dije, “que no bebo alcohol, y no como carne de cerdo. Yo creo que a Dios le importa lo que entra en mi cuerpo”.

Me miró con sorpresa. “Estás seguro de que tú no eres uno de nosotros?” preguntó. Me reí entre dientes, “Te he dicho quién soy. Creo que Dios tiene muchos, muchos hijos”.

Tuvimos un vuelo increíble, y me preguntó todo tipo de preguntas que nunca había tenido la oportunidad de preguntar a un seguidor de Jesús. Mientras el avión aterrizaba, me agradeció la conversación. ¿cuánto tiempo habría tenido, mi nuevo amigo, para esperar a encontrarme con un seguidor de Jesús si yo hubiera decidido que los riesgos eran demasiado altos para viajar a la capital.

Mi amigo, hay muchos más como él. alrededor del mundo. Me pregunto cuánto tiempo esos muchos más, que nunca han conocido a Jesús o a uno de Sus seguidores, estará esperando hasta que usted o yo estemos dispuestos a salir de nuestra zona de comodidad para ir y sentarnos junto a ellos.

Capítulo 10

Cada Momento Importa

“Andad sabiamente para con los de afuera, redimiendo el tiempo. Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno.”

Colosenses 4: 5, 6

Una y otra vez, he visto cómo Dios puede hacer que los momentos ordinarios se conviertan en un solo momento que realmente importa en la vida de alguien. Esta historia es otro de esos testimonios de cómo Dios guió y bendijo de una manera poderosa.

Había sido otro largo vuelo de regreso a través del océano. Las horas pasaban lentamente para mí en mi estrecha fila de asientos.

“Dios”, oré repetidamente, “¿Con quién en este avión deseas que yo ore y le anime?”

En el transcurso del vuelo, Él me había mostrado mucha gente que tenía hambre de conocer al Señor.

Dios incluso había arreglado citas divinas con asistentes de vuelo que habían sido tan amables y serviciales. Recuerdo ir a la parte trasera del avión y diciéndoles cuánto apreciaba su trabajo y qué diferencia estaba haciendo su servicio en mi largo vuelo. Dios usó esa conversación para abrir el camino para que yo orara con un par de esos auxiliares de vuelo. Les di uno de mis libros. Poco después, una de esas mismas azafatas vino a mi asiento y preguntó: “Tenemos más de nuestras colegas que quieren saber si pueden tener un libro también ¿Podrían tener un libro? Yo estaba encantado.

Regresé nuevamente a la zona donde los asistentes del vuelo trabajaron y les pedí que se reunieran tantos auxiliares de vuelo como pudieron durante un breve momento. Les di mis libros, los firmé y luego les pregunté si podía tener una oración de bendición por ellas. ¡Todos estuvieron de acuerdo! Fue maravilloso tener una reunión de oración en el largo vuelo.

Este tipo de aventura sucedió una y otra vez. En ese vuelo mientras esperaba en la fila para ir al baño, Dios también haría arreglos repetidamente para que yo me encontrara gente hambrienta de conocer más de Él. Yo estaba asombrado de Su tiempo perfecto.

Finalmente, el avión inició su descenso. Regresé a mi asiento cuando escuché el mensaje en el altavoz, “Necesitamos que todos los pasajeros tomen sus asientos. Estamos comenzando nuestro descenso a nuestro destino.

“Dios”, oré de nuevo, “¿me estás impresionando una vez más de que, ‘¿Hay una persona más con quienes debo orar en este vuelo?’”.

Justo mientras oraba, uno de los jóvenes, ayudante de vuelo, pasó junto a mi fila de asientos. Él no había sido especialmente amable durante todo el vuelo, aunque estaba haciendo su trabajo de una manera profesional y eficiente. Parecía tener mucho en su mente.

“Ve a decirle a ese joven cuánto lo amo y pregúntale si puedes orar con él”, Dios me instruyó.

“Pero Dios,” argumenté, “el mensaje ya llegó por el altavoz que estamos haciendo nuestro descenso, y debemos quedarnos en nuestros asientos.”

Justo cuando estaba teniendo esa conversación con Dios, otro mensaje salió por el altavoz, “Por favor, asegúrese de que todos sus cinturones de seguridad estén abrochados. Pronto estaremos aterrizando”.

Más fuerte el Espíritu Santo me habló de nuevo, “Don, ve y ora con ese joven ahora”.

De nuevo, discutí. “Pero Dios,” dije, “todo el mundo está ya en sus asientos en todo este enorme vuelo. Ya estamos aterrizando.

Ahora noté que este joven había ido a la parte delantera del avión y cerró la cortina alrededor de su puesto de trabajo. Era obvio que no quería ser molestado. Él estaba tomando los últimos minutos para poner todo en orden. Yo compartí

estas observaciones con Dios. Dios no estaba impresionado con mi lógica.

“¡Don, ve inmediatamente!” Me lo dijo una última vez. Sabiendo que estaba a punto de hacer un espectáculo de mí mismo. Me levanté y comencé a caminar por el largo pasillo hasta donde estaba ocupado haciendo su trabajo final. La gente me miraba. Algunos de ellos me indicaban que volviera y me sentara. Fue vergonzoso, y por eso yo había estado evitando ir.

Finalmente, llegué hasta donde estaba cerrada la cortina. El joven me miró con sorpresa. “Señor, usted debería estar sentado”, me dijo.

“Solo una cosa más,” dije, pero él me interrumpió. firmemente, “¡Siéntese!”

Respiré hondo, me armé de valor y lo miré a la cara y le dije: “Solo quiero decirte que Dios te quiere mucho, mucho. He sido impresionado por Dios para preguntarte, ¿puedo orar contigo?”

El rostro del hombre se puso blanco y dio un paso atrás. Estaba en estado de shock.

“¡Oh! ¡Esto es increíble!” me dijo. “acabo de decirle a Dios, ‘Dios, si hay un Dios, si estás realmente allí, ¿podrías hacer algo por favor—hacer algo para mostrarme que te preocupas por mí, algo que me muestre que realmente estás ahí?’”

Continuó: “He estado tan desanimado con Dios, y he renunciado a creer que le importe, o que Él incluso existe. No estoy contento con mi vida

y lo que estoy haciendo con ella. Y hace unos momentos, estaba suplicando Dios, ‘Si estás ahí, muéstrame algo. Muéstrame algo que me hará saber que me ves, y que oyes mi llanto. Y justo ahora entraste para decirme que Dios me ama. Entraste y dijiste: ‘¿Puedo orar por ti?’” Hizo una pausa mientras luchaba por mantener su emoción bajo control.

“¡Sí, puedes orar por mí!” me dijo.

Y así, oré. Realmente oré. El hombre joven tenía lágrimas en los ojos cuando terminé. “Dios realmente me escuchó — susurró con asombro. Ahora, realmente necesitas volver a tu asiento”, dijo con una sonrisa.

Caminé de regreso a mi asiento, pasando filas de personas mirándome fijamente, algunos con expresión desconcertada, algunos con firme desaprobación. Pero lo que todos pensaron de mí ya no importaba.

Me senté y volví a ponerme el cinturón de seguridad. Unos momentos después, el avión aterrizó. Cerré los ojos y sonreí, “Dios, gracias. Eres el Dios de cada momento. ¡Cada momento te importa!”

Capítulo 11

Invitado Peligroso

“Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio. Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor.” 2 Timoteo 1: 7-8

Dios siempre está obrando, incluso en los lugares más inverosímiles y peligrosos.

Hace un tiempo recibí una invitación para capacitar creyentes en otro país muy cerrado al evangelio. Mientras oraba por esta petición, el Espíritu de Dios movió mi corazón para invitar a nuestros dos hijos mayores para ir conmigo. “Ahora, ¿por qué querría Él que ellos me acompañaran?, Me preguntaba. “¿Por qué deberían ir a un lugar donde debemos tener mucho cuidado en cada palabra que elegimos? Sin embargo, mientras oraba, creció la convicción.

Compartí lo que Dios estaba poniendo en mi corazón con mi esposa. “¿Estás seguro de que quieres llevar a nuestros hijos a este lugar? preguntó ella con escepticismo. “¿Qué pasa si ellos accidentalmente dicen algo que despertaría sospecha y nos pueda poner en problemas?

“Oremos y busquemos a Dios juntos”, respondí. Entonces, oramos juntos, y oramos aparte. Oramos juntos y oramos separados, hasta que Dios nos convenció a ambos de que Jason y Julie deberían ir conmigo en esta misión. Invitamos a Jason y Julie a ir, y les invitamos a que oraran y vieran si Dios los convencía de ir conmigo. Oraron fervientemente durante varios días, y ambos también llegaron a la convicción de que Dios estaba llamándolos.

Llegó el día de partir. Abrazamos al resto de la familia, nos despedimos y oramos juntos una última vez. Nos preguntábamos si nos reuniríamos de nuevo pronto. Entonces comenzamos nuestro largo viaje alrededor del mundo. Tuvimos momentos tranquilos para hablar mientras en las escalas nos sentábamos a propósito lejos de las multitudes en aeropuertos ocupados.

“Este es un viaje especial para Jesús”, les dije a mis dos niños adolescentes “Dios nos ha llamado a ir a este país para llamar a un reavivamiento espiritual y capacitar personas para discipular a sus hijos para Jesucristo. Cuando entremos en este país, los oficiales fronterizos pueden separarnos a los tres para interrogarnos si despertamos sus sospechas.”

“Si nos separan y nos interrogan, ustedes deben confiar en el Espíritu Santo para que le enseñe lo que deben decir,” les instruí.

“Papá, ¿qué tipo de preguntas nos harían?” Jason y Julie preguntaron.

“No sé todas las cosas que podrían preguntarte”, Respondí con la verdad, “pero si eso pasa,

pongámonos de acuerdo que sólo diremos lo que el Espíritu Santo nos diga decir, y estaremos en silencio si Él nos dice que estemos en silencio”.

Reivindicamos Mateo 10: 19-20, que dice: “Mas cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros.”

“Sí, papá, por la gracia de Dios, eso es lo que haremos”. Los ojos de Jason y Julie estaban serios, y sus corazones convencidos. “Seremos muy cuidadosos y sólo diremos lo que Dios nos diga que digamos”, ambos prometieron.

El avión aterrizó y nos unimos a la larga fila en el control de pasaportes. De nuevo, les susurré, “Recuerden de lo que hablamos. Ellos quizás tengan preguntas sobre por qué estamos entrando en este país. ¿Ves esa línea adelante? Cuando cruzamos esa línea, estamos dejando nuestra libertad, y estamos entrando en este precioso país cerrado al evangelio.”

“Sí papá. Lo recordamos”, respondieron mis adolescentes. Caminamos hasta el mostrador de control de pasaportes y el oficial dijo: “¡Pasaportes, por favor!” yo le pasé los tres pasaportes, y dijeron: “¿Oh, tú eres el papá y estos son tus hijos? con una sonrisa, Dije: “¡Sí, señor!”.

Con una gran sonrisa nos dijeron: “Nos encanta que las familias vengan a recorrer nuestro país. ¡Bienvenidos a nuestro país y que lo pasen de maravilla!”

Le dimos al agente de pasaportes nuestras mayores sonrisas mientras dijimos a coro, “¡Gracias! ¡Lo esperamos con ansia!” Luego nos dimos la vuelta y entramos en la más emocionante aventura que los tres habíamos tenido alguna vez juntos. Dios sabía que necesitábamos entrar a este país como una familia.

Los creyentes nos llevaron rápidamente a donde estaríamos hospedados. Cuando llegamos al lugar, los ojos de mis niños eran grandes. Todo era nuevo para ellos: el idioma, lo que comíamos, dónde dormíamos, cómo nos saludábamos y cómo hacíamos las compras. Mis adolescentes debían hacer algunos ajustes culturales, ¡pero juntos estábamos disfrutándolo!

A la mañana siguiente, bajamos las escaleras para el desayuno. Cuando entramos en el comedor muchos rostros nos miraron fijamente. Rápidamente conseguimos nuestro desayuno en bandejas. Jason y Julie pronunciaron inaudiblemente las palabras, “¿Dónde debemos sentarnos?”

“Quizás haya alguien que sepa inglés—dije esperanzado. Ellos sacudieron sus cabezas, “Papá, no creemos que nadie aquí hable inglés.”

Dios me impresionó para sentarme con una mujer de vestimenta distinta, con una cara amable. “¿Podemos desayunar contigo?”, pregunté.

“Eso estaría bien”, dijo en un hermoso inglés. Puedes sentarte aquí. Tuvimos un delicioso desayuno juntos. Ella nos habló sobre su trabajo y

dónde vivía y compartió su profundo interés en el entrenamiento de discipulado que ella se estaba preparando para asistir con nosotros.

“¿Qué hace tu esposo?” pregunté. Su cabeza se sacudió, y ella me miró fijamente y luego hizo una pausa como si decidiera cuánto decir. Ella entonces procedió a compartir que su esposo estaba en una situación o lugar muy prestigioso en lo alto del gobierno.

“Eso es muy interesante”, respondí. Inmediatamente mi corazón empezó a latir con fuerza porque pensé a mí mismo, si su esposo está en lo alto de este gobierno, y este gobierno está cerrado al evangelio, esta podría ser una conversación peligrosa con esta mujer, pero mientras continuaba comiendo nuestro desayuno, el Espíritu de Dios me dijo qué hacer. Y obedecí.

“Mi hermana, debo preguntarte”, comencé,
“¿te gustaría invitar a tu esposo a venir a este entrenamiento que estamos a punto de empezar?

Dejó de comer y me miró, con la boca bien abierta,
“¿Estás seguro de que quieres que invite a mi esposo a este entrenamiento? Su cara mostraba gran preocupación.

¿Fue una locura hacer eso? Pensé dentro de mí. ¿Realmente, escuché bien al Espíritu Santo? Pero sabía que Él me había dicho que le diera esa invitación. Sin embargo, las dudas humanas comenzaron a interponerse en el camino.

“Ora por eso”, continué con un poco menos de

entusiasmo, “Y si Dios te lo confirma, entonces, invita a tu esposo a asistir. Nos encantaría tenerlo en el entrenamiento.”

“Oraré al respecto”, dijo en voz muy baja.

“¡Excelente!” “Déjame saber cómo Dios te impresiona, y luego podemos tomar la decisión”.

El primer día de entrenamiento salió muy bien y Dios lo bendijo. Luego, a la mañana siguiente en el desayuno, mis hijos y yo nos sentamos con esa misma mujer otra vez.

“Oré por lo que pediste y hablé con mi esposo”, nos dijo. “Él está en camino”.

“¿Tu esposo viene en camino?” tartamudeé con inquietud. “Pensé que íbamos a hablar de eso”. Oh, no, está en camino, y estará aquí en breve en las próximas horas”.

Ahora mi corazón comenzó a latir de nuevo. De alguna manera, Pensé que esto iba a ser algo sobre lo que íbamos a hablar y orar. Pero ella había orado, y ella se movió con urgencia para invitar su esposo a asistir. “Por favor, preséntame cuando venga tu esposo”, le dije.

“Lo sabrás cuando venga”, me dijo.

Empezamos el entrenamiento para ese día. Transcurrieron las horas, y luego la puerta se abrió en silencio, y entró un hombre, vestido muy elegantemente en un traje muy bonito. Había una especie de insignia en su solapa.

Algunos de los creyentes se quedaron boquiabiertos al ver este hombre entrar por la puerta. Ellos se sorprendieron ver a este alto funcionario entrar en la habitación porque todos sabían que nuestro entrenamiento era prohibido. Todos sabían que este alto funcionario podría meternos en la cárcel. Estábamos en problemas.

Cuando comencé el entrenamiento, noté que el oficial sacó una cartera muy bonita de la cual tomó una carpeta negra y comenzó a escribir. Mientras compartí acerca de cómo ser un discípulo de Jesús, noté que empezó a tomar montones y montones de notas.

¡Eso no es bueno! Pensé para mí, Él está reuniendo pruebas en mi contra. Respiré una oración silenciosa: “Señor, ¿qué debo decir?”

El Espíritu Santo me enseñó: “Asegúrate de levantar Jesús no sólo para los creyentes, sino para que este alto oficial pueda entender.”

Entonces, levanté a Jesús de la Palabra escrita, y compartí acerca de quién es Él y lo que ha hecho por todos en la sala, cómo murió por nosotros, cómo resucitó por nosotros, cómo edificó un lugar en el cielo por nosotros, y cómo cada uno de nosotros puede ser Su discípulo.

Después de varias horas, el funcionario cerró abruptamente su carpeta, la puso en la cartera, y se fue. Él salió justo en frente de mí y de toda la gente. Cuando se fue, silenciosamente cerró la puerta detrás de él.

Estoy en problemas, pensé para mí. Va a entrégame ahora mismo. ¿Qué tengo que hacer? Pero el Espíritu de Dios dijo: “Sigan enseñando”.

Pasaron las horas. Seguí mirando el reloj. El hombre no volvió. Entonces, al final del día, ya que junté mis notas y me dispuse a salir por la puerta, vi que el hombre que me espera. Nos hizo señas a mí y a mis hijos para que fuéramos hacia él. “He traído un regalo para ti y tus hijos”, declaró.

En sus manos había una gran caja marrón. Me la entregó y dio un paso atrás.

¿Qué hay en esta caja? Me pregunté con preocupación. ¿Hay algo en esta caja que está a punto de explotar? ¿Hay algo que va a explotar en mi cara? ¿Qué nos va a hacer este hombre?

Mis hijos se apiñaron alrededor de la caja, curiosos de ver lo que había dentro, pero yo quería que tomaran un paso atrás, apenado de que lo que fuera en la caja pudiera lastimarlos. “Muchas gracias”, dije débilmente, pero mi corazón estaba acelerado. “Fue muy considerado de tu parte darnos un regalo.” Sin embargo, internamente estaba pensando, veré si puedo abrirlo afuera o tal vez con mis hijos más lejos.

“Abre la caja. Abre la caja” —ordenó.

Abrí la caja, y allí en la caja estaba la fruta preciosa, más famosa de ese país.

“Eso es muy considerado de tu parte”, le dije, agradeciéndole profundamente. Pero en mi mente,

todavía estaba esperando lo peor y preguntándome, ¿Ha envenenado la fruta? El funcionario sonrió, “Espero que lo disfrutes con tu familia.”

Después de que subimos a nuestra habitación esa noche, seguí preguntándome qué debemos hacer.

“¡Esta fruta se ve maravillosa! No hemos tenido suficiente fruta. ¿Podemos comerla ahora, papá? mis hijos suplicaron. “¡Vamos a comerla ahora!”

Oré. Pensé en cómo Dios había dicho en Marcos 16: 18 que, si bebieren cosa mortífera, no les dañará. Así que inclinamos la cabeza y yo oré por esa fruta como nunca había orado por una fruta. Oré si había algún peligro en ello, si había algo malo en ello, algo venenoso en ello, que Dios pondría Su mano y se lo quitaría.

“Déjame probar un poco de la fruta primero”, dije después de terminar la oración. Comí un poco de la deliciosa fruta. “Es bueno”, les dije a mis hijos. “Vamos a comerla con alegría”.

La comimos y miramos para ver si alguno de nosotros se sintiera mal. Pero no pasó nada. Al día siguiente, fuimos para el entrenamiento, y el alto oficial estaba allí. Y nuevamente, cuando comenzamos las presentaciones, sacó su cuaderno, escribiendo notas con firmeza. Después de varias horas, salió de la habitación justo en medio de todos.

¿Qué está haciendo? Pensé. Esto es tan extraño.

Finalmente, al final del día, regresó. Esperó por mí y los niños. “Les traje otro regalo”, me dijo.

“¿Qué trajiste esta vez?” Yo pregunté.

“¡Ábrelo!” me dijo. Lo abrí y había otro tipo de fruta. “Espero que lo disfruten”, nos dijo.

Había tanta fruta. ¿Cómo podemos comer tanta fruta en el último ratito que tenemos aquí en este país? me preguntaba. Entonces el Espíritu de Dios me dijo, “Invítalo a él y a su esposa a tu habitación para comer contigo y los niños.

“Dios, ¿Es eso seguro?”.

“Te estoy llamando”, me dijo el Espíritu de Dios. “invítalo a él y a su esposa para que se unan a ustedes en su espacio para comer la fruta.”

“Amigo mío”, le dije con una cálida sonrisa. “Te invito ti y a tu esposa que se unan a nosotros para comer esta fruta esta noche.

“No, no te molestes. Es solo para ti”, me dijo.

“Por favor venga a las 7:00 p.m. esta noche — insistí—. Justo a las 7:00 p. m. hubo un golpe en la puerta, y aquí venía el alto oficial y su esposa. Su esposa se veía extremadamente nerviosa y muy incómoda. Mi hija Julie había preparado la mesa. Todo lo que teníamos eran unas simples servilletas y luego toda la fruta.

“Comamos juntos”, les dije. Entonces agradecí a Dios por la amabilidad del funcionario al traernos la fruta y le pedí a Dios que la bendijera. No pude leer la expresión en el rostro del alto funcionario. Comimos la fruta y la disfrutamos.

Su esposa tradujo para nosotros. Mientras terminamos la fruta, el Espíritu de Dios me dijo que le hiciera a este oficial una pregunta muy importante. En mi mente oré: “¡Dios, eso sería una pregunta peligrosa para hacer!” Pero entonces más fuerte el Espíritu de Dios me dijo: “Hazle la pregunta.”

Tomando una respiración profunda, le dije: “Señor, te tengo una pregunta. Noté que has estado tomando muchas notas y has estado escuchando como he estado hablando de Jesús. Escuchaste en estos dos días quién es Jesús, cómo murió por ti y resucitó, cómo te ha hecho un lugar en el cielo para ti, y cómo Él va a volver pronto para llevarnos al cielo.”

El funcionario escuchó atentamente mientras su esposa traducía. Continué: “Mi pregunta para ti es: ‘¿Crees en Jesucristo?’”

Su esposa hizo una pausa antes de traducir. Su cara se veía muy pálida. Sus manos temblaban. Entonces ella tradujo mi pregunta. Podía ver que ella no quiso hacerle esa pregunta. Ni lo miró a los ojos mientras ella traducía en voz baja. Ella apretó las manos con nerviosismo y fue apretando la mandíbula. Fue un momento muy tenso.

El hombre me miró con el ceño fruncido. “Esa es una pregunta muy difícil de responder”, dijo. “Por supuesto, en mi posición, no me es lícito creer en Jesús.”

Hubo una pausa larga. “Sin embargo,” finalmente continuó: “He estudiado mucho acerca de Él”.

Su esposa lo miró por el rabillo del ojo, y ella estaba quieta, temblando. El continuó: “He estudiado mucho acerca de este Jesús.” Y luego se inclinó adelante con mucho deleite y una gran sonrisa en su rostro. Él susurró: “¡Mi respuesta es sí! Yo creo en este Jesucristo. Es algo difícil creer en Él, pero yo sí creo”.

Con asombro y lágrimas en los ojos, su esposa miró a su marido. Ella había vivido su fe antes que él durante muchos años, pero había sabido que era mejor no hablarle nunca de ello. Ella nunca hubiera pensado que el fuera un creyente. Ella sabía que era algo muy peligroso para su esposo creer en Jesús. Ella sabía que era algo peligroso hablar acerca de Jesús en su hogar. ¡Y ahora su esposo estaba admitiendo que creía en Cristo!

Le dije lo feliz que estaba de que él creyera en Jesucristo, el Hijo de Dios. El rostro de su esposa estaba inundado de una alegría indescriptible. El Espíritu de Dios luego me instó: “Pídele que ore”.

“Mi amigo”, le dije. “¿Le gustaría orar con nosotros esta noche?

Una vez más, su esposa solo miró hacia arriba con sorpresa. Ella me miró y sacudió ligeramente la cabeza. Ella estaba bastante segura de que no oraría, que ni sabía cómo orar. Pero ella tradujo mi pregunta.

“Sí, me gustaría orar contigo”, respondió. Mis hijos oraron, su esposa oró y luego yo pregunté: “Señor, ¿le gustaría orar?” Él inclinó su cabeza y oró una simple y profunda oración al Rey de reyes y Señor

de señores. Él con reverencia clamó a Jesús como su Salvador y Señor.

Apenas podía orar después de escuchar a este oficial hacer su oración. Oré con asombro agradeciendo a nuestro Dios misericordioso que nos llamó a todos con su amor a conocer a Cristo personal y eternamente.

Cuando terminamos, le dije: “Amigo mío, sería una alegría tan grande ir algún día a tu casa y orar con ustedes en su casa.” Escuchó con atención.

“¿Tienes amigos en las altas esferas del gobierno?” le pregunté. “Sí, muchos”, respondió.

“¿Conocen a Jesús?”.

“Oh, no, ellos no conocen a Jesús”. Él respondió con total naturalidad. “¿Cómo están sus familias?” le pregunté.

El funcionario frunció los labios y luego respondió. Tristemente, “Muchos problemas, matrimonios en problemas, pobre relaciones con sus hijos, muchos, muchos problemas.”

“Amigo mío, si el Espíritu de Dios alguna vez te impresiona y a tu esposa, para invitar a esos amigos a tu casa, invítame a venir. Me encantaría hacer un seminario para familias de funcionarios de su gobierno. Ora, por favor, para organizar una reunión de este tipo en tu hogar. Buscaremos una oportunidad para compartir cómo Jesús trae amor y paz a todo matrimonio, así como el amor y sanidad a cada familia.”

“Eso, amigo mío, sería una tarea muy difícil y algo peligroso para hacer en mi casa o en cualquier lugar con estos funcionarios”, me dijo. El pausó, luego prometió fervientemente: “Pero oraré por esa oportunidad.”

“Oraremos por esta oportunidad”, intervino su esposa. Su rostro estaba radiante como una vela en la más oscura de las noches. Jason, Julie y yo asentimos, “Nosotros oraremos por esto también!”

Capítulo 12

Reúne A Mi Gente

“si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra.” 2 Crónicas 7: 14

No hace mucho tiempo, una pequeña escuela cristiana en Estados Unidos me pidió que viniera y llamara al reavivamiento en su campus. Era una escuela rural que tenía una vocación definida de enviar a sus estudiantes para hacer una diferencia en el mundo para Cristo. Sin embargo, necesitaban un reavivamiento. Ellos necesitaban recordar su primer amor, que es Jesús.

Mi esposa April y yo encontramos personas tan valiosas en ese plantel. La facultad y el personal eran dedicados y trabajadores. Estudiantes que habían venido de todas partes del mundo para conseguir una buena educación cristiana y aprender acerca de su Salvador, Jesucristo.

Día tras día, durante casi una semana, llamamos a los estudiantes, al personal y facultad en ese campus a un reavivamiento con Jesús. En

respuesta, vimos a muchos miembros del personal y estudiantes abriendo la Palabra de Dios con entusiasmo y una gran hambre por más de Él. Sin embargo, había otros que todavía eran bastante reservados. No sabíamos lo que Dios estaba haciendo en sus corazones, pero oramos para que Su Palabra cumpliera Su Santo objetivo.

Cada día, discipulábamos a los estudiantes acerca de Jesús, tomando sus preguntas, enseñándoles a caminar y hablar con Jesús y confiar en Él. También les enseñamos cómo compartir a Jesús con el poder del Espíritu Santo.

Finalmente, la semana estaba llegando a su fin, y llegó el último día. Después de mi último mensaje ese día, la dirección me dijo que querían terminar la semana de reavivamiento con una velada especial con todo el cuerpo docente, administrativo y estudiantil. Querían que yo compartiera historias de la grandeza de Dios mostrada en los viajes que yo hacía.

A todos les encanta escuchar historias, y a mí me encanta contar historias, especialmente sobre el Dios que está vivo. Entonces, como la última noche de mi tiempo en ese campus se acercaba, decidí convertirlo en una noche especial de relatos y testimonios.

Ese sábado por la noche, hicieron una gran fogata detrás de su escuela. Los estudiantes se juntaron. Yo noté que la mayoría de la facultad y el personal no estaban presente, aunque algunos vinieron.

Las llamas bailaron alrededor del fuego y saltaron en el cielo nocturno. Si bien no había estrellas, como el cielo estaba nublado por la tormenta de la tarde, la tarde seguía siendo hermosa y disfrutamos cantando cantos de alabanza a Dios.

Entonces el líder de adoración me dijo: “Después de esta canción, ¡tú eres el próximo! ¡No podemos esperar a escuchar algunas maravillosas historias esta noche!”

“Maravilloso”, respondí con una sonrisa. Pero entonces mientras oraba sobre qué historia compartir, Dios me detuvo en seco.

¡No les vas a contar una historia esta noche, Don! En cambio, debes hacerles esta pregunta”. Y el me dio una pregunta muy puntual y específica.

“Dios, ¿quieres que les pregunte eso a los estudiantes y al personal?” Oré mentalmente mientras pensaba en lo que me estaba pidiendo que hiciera. “¡Eso es tan abrupto! Eso arruinará la noche. Todo el mundo ha tenido una gran semana. ¿Cómo puedes decirme que haga esa pregunta?”

Me sentía incómodo con el pensamiento. Pero la convicción del Espíritu Santo se hizo más y más fuerte. Finalmente, la última canción terminó, y todos los ojos de los estudiantes se volvieron hacia mí con gran expectación. Estaban listos para una inspiradora, historia milagrosa sobre la grandeza de Dios.

“Esta noche”, comencé, “el Espíritu de Dios está impresionándome que, en lugar de contarles

historias, Él quiere que yo les haga una pregunta específica.”

Desde el otro lado de la multitud de estudiantes, pude escuchar muchos suspiros decepcionados, pero continué audazmente.

“La pregunta es, ¿hay necesidad de perdón en este campus?

Todo el mundo estaba en completo silencio, en completo silencio. Cualquiera hubiera pensado que había tirado una bomba en las instalaciones.

“¿Escucharon la pregunta?”. “La pregunta es, ¿hay necesidad de perdón en este campus?”

Nadie dijo una palabra. Nadie se movió. Los pocos profesores y el personal presente miraron hacia abajo a la tierra, no dispuestos a mirarme a los ojos. Los estudiantes miraron a sus maestros y vieron que no estaban respondiendo. Los estudiantes también estaban inquietos y mirando a todos lados menos a mí.

Finalmente, una niña tímida levantó la mano. “Existe una gran necesidad de perdón en este campus”. “Oh, cómo necesitamos que Dios nos ayude a perdonarnos el uno al otro.”

Nadie más dijo una palabra. Nadie respondió, excepto esa niña que se atrevió a ser honesta. Yo elevé una oración al cielo. “Dios, ¿qué debo hacer ahora?” Instantáneamente, escuché al Espíritu Santo decirme que hacer.

“¿Facultad, personal y estudiantes, ven ese

pequeño espacio seco allí? Conozco que el suelo todavía está muy mojado por la lluvia, pero voy a dejar el calor de este fuego y voy a ir de rodillas allá y orar. Voy a orar por cualquiera que necesite tener la ayuda de Dios para perdonar a alguien en este campus, si tu así lo deseas, ven y únete a mí en oración”.

Di media vuelta y dejé el fuego, me acerqué al pequeño lugar que le había señalado, y me arrodillé en la hierba húmeda para orar. No pasó nada. Nadie se movió. Nadie quería dejar ese hermoso fuego cálido venir y arrodillarse conmigo en la hierba mojada. Ni uno se movió, ni siquiera una pulgada. Y así, seguí orando y esperando. Podría decir que estaban todos mirándome. Me sentí como un tonto.

“Dios, ¿por qué me pedirías hacer tal cosa?” le dije en oración. “Esta no es la manera de terminar este reavivamiento. Nadie está respondiendo. No deben ver esto como una necesidad. ¡Por favor ayuda!”

Seguí orando y esperando, esperando y orando. Después de una cantidad de tiempo incómoda, una pequeña niña vino y se arrodilló a mi lado. Y luego vino un niño, y otra niña y luego un niño y una niña. Muy pronto estaba rodeado de estudiantes. Muchos de los estudiantes, tal vez incluso la mayoría de ellos, dejó el calor y el consuelo de aquel fuego y vino a arrodillarse a mi lado con fervientes súplicas al Dios de los cielos para que les dé poder para perdonar.

Finalmente, me puse de pie. “Ahora mis amigos”, comencé. “Ahora es un momento para hacer las cosas bien entre ustedes. Si el Espíritu de Dios te está llamando a hacer cosas bien con alguien más, por favor levántate y vete y ten esa conversación con la persona. Tal vez alguien necesita tu abrazo. Tal vez alguien necesita tus oraciones. Tal vez necesites decirle a alguien que te perdone, o necesitas darle a alguien tu perdón. Ahora es el tiempo que Dios nos ha dado para hacer las cosas bien.”

Con esa simple invitación, el grupo se puso de pie y empezaron a mezclarse unos con otros, teniendo muchas preciosas conversaciones. Algunos estaban llorando, algunos estaban abrazándose fuertemente, otros estaban teniendo tranquilas conversaciones susurradas. Pero el Espíritu de Dios se estaba moviendo poderosamente.

Cuando todos los errores habían sido confesados y se terminaron las dulces conversaciones, hubo tiempo para una historia esa noche. Pero Dios hizo un trabajo increíble, comenzando con la pregunta que Él me dio para expresar esa noche, y me di cuenta de que había gran paz entre los presentes.

“Oh, qué alegría ha sido encontrarme con ustedes”, le dije al personal y a los estudiantes. “Dios les bendiga y guarde y recuerden que Dios está vivo.”

Luego me despedí y me dirigí de regreso a la habitación donde nos alojábamos. April y yo decidimos salir temprano en la mañana porque teníamos un largo viaje de regreso a casa, y teníamos mucho que hacer. Esa noche, me fui a

dormir orando, como siempre, para que Dios me despertase cada vez que quisiera despertarme y pasar tiempo con Él.

A la mañana siguiente, Dios me despertó temprano. Yo estaba pasando un precioso tiempo con Él en la Palabra y en la oración. Luego me preparé para salir corriendo por la puerta a buscar una caja de desayuno de la cafetería, para que April y yo pudiéramos consumir en nuestro largo viaje a casa. Cuando estaba poniendo mis zapatos y preparándome para salir, la pequeña voz del Espíritu Santo una vez más me detuvo, “Don, ¿no te estás olvidando de algo?”

“¿Qué, Señor?” pregunté.

“Todas las mañanas, siempre me preguntas, ¿qué hay en Mi corazón, qué hay en Mi agenda para este día. No Me has preguntado todavía”, me dijo.

Justo en ese momento, me puse de rodillas mientras levanté mis manos hacia Dios. “Lo siento mucho, Dios”, le dije. “Sé que el reavivamiento ha terminado, y sé que tengo un largo viaje para llegar a casa, pero ¿hay alguna otra cosa en Tu corazón para este día y para este campus ¿antes de que me vaya?” “Reúne a Mi pueblo”, me dijo esa voz suave y apacible de Dios.

“Reúne a todos los estudiantes, reúne a la facultad, el personal, a todos en este campus. Reúnelos en la capillita y llama a los alumnos a ser Elías”.

Miré mi reloj. Era la madrugada del domingo. Era la única mañana de la semana que los estudiantes

y el personal y la facultad dormían extra. “Dios, esto es temprano en una mañana de domingo”, le recordé. “Nadie quiere levantarse temprano un domingo por la mañana y tener una reunión”. Pero el Espíritu de Dios siguió hablando a mi corazón.

“Llama al director de la escuela ahora mismo y pídele que él reúna a mi pueblo.”

Después de discutir un poco más con Dios, me rendí, y llamé al director de la escuela por teléfono.

“Buenos días, señor,” dije alegremente cuando él contesto el teléfono. Estoy seguro de que él no estaba acostumbrado recibir llamadas telefónicas tan tempranas a menos que hubiera una emergencia en el campus, por lo que probablemente se estaba preguntando quién en el mundo lo estaba llamando tan temprano por la mañana. Rápidamente compartí con él lo que Dios había puesto en mi corazón.

“He estado en oración esta mañana, y Dios me ha dado un gran desafío. Él me dijo: ‘Reúne a Mi pueblo’. Buen amigo”, continué, “¿podrías por favor reunir toda la facultad y el personal y los estudiantes y encontrarnos en la capilla tan pronto como puedas?”

Hubo un largo silencio al otro lado del teléfono. Demasiado largo. Y luego dijo en voz baja: “Es muy temprano en la mañana.” Hubo otro largo pausa. Luego dijo: “Pero llamaré a todos”.

Pasó un poco de tiempo y seguí orando. Entonces me devolvió la llamada. Todavía era temprano en

la mañana. “Nos encontraremos en la capilla en 15 minutos, y todos estaremos allí”, me dijo.

Efectivamente, 15 minutos más tarde en la capilla llegaron estudiantes con ojos soñolientos frotándose los ojos; acudieron profesores y personal. Nadie sonreía. Nadie saludó. Nadie dijo buenos días, y nadie parecía feliz. Todavía era muy temprano para un domingo de mañana.

Los saludé con una sonrisa de todos modos. “Dios ha enviado un mensaje para compartir con ustedes esta mañana, pero yo creo que es mejor que oremos antes de compartirlo.”

Todos nos arrodillamos en esa capilla, y oré para que el Espíritu de Dios los bendiga. Abrí la Palabra de Dios en la historia de Elías en 1 Reyes 17. Luego compartí brevemente la historia de Elías, cómo llamó al pueblo al arrepentimiento, a desechar sus falsos dioses e ídolos, y a tomar una posición decidida a adorar al Único Dios Verdadero. Entonces pregunté: “¿Quién de entre ustedes estudiantes serán un Elías? El Espíritu Santo me ha desafiado a llamarlos a esta capilla como profesores, personal y estudiantes, y les pregunto a sus estudiantes: ¿Quién será un Elías?”

Dios les estaba pidiendo que tomaran una posición decidida por Jesucristo en su campus. Y Él me había pedido hacer este llamado.

“Incluso si eres el único que está dispuesto a ser un Elías, incluso si todos los demás en tu clase o todos los demás en tu lugar de trabajo van al mal

camino y tú eres la única voz de Cristo, estarías dispuesto a ponerte de pie hoy y ser un ¿Elías?”

Nadie se movió. Pero finalmente un joven estudiante tomó su posición, y luego otra y luego otra hasta que casi todo el alumnado se puso de pie. Se conmovió mi corazón que esto fuera la hora de Dios para levantar Elías en ese campus. “Si alguno de ustedes está impresionado de que necesita el Espíritu de Dios para ayudarte a ser un líder para Cristo en este campus, por favor sígueme hasta el centro de esta capilla. Quiero pedirle a la facultad y el personal para rodear a estos jóvenes, poner sus manos sobre tus hombros, y orar por ellos.”

Los estudiantes me siguieron y se arrodillaron.

Ahora me dirigí a la facultad y al personal. “¿Quien desea venir y orar para que estos estudiantes sean líderes para Cristo?”. La facultad y el personal se movieron lentamente, muy lentamente. Pero uno por uno se adelantaron y pusieron sus manos sobre los hombros de los estudiantes que ya estaban arrodillados.

Mientras había estado orando toda la semana para que El Santo Espíritu se manifestara, no me di cuenta de lo ansioso que el Espíritu Santo estaba para hacer una obra grande y poderosa, más poderosa de lo que podría haber imaginado. Pensé que el reavivamiento había terminado la noche anterior, pero apenas había empezado.

“Inclinemos nuestros rostros y oremos”, les dije a todos; luego asentí con la cabeza a los adultos que rodeaban los estudiantes.

La primera profesora puso sus manos en el hombro de una joven estudiante frente a ella mientras comenzaba a orar. “Oh, Dios, oro para que esta niña se convierta en un “Elías” poderosa en este campus, una niña que será intrépida y fiel ante Tu trono.” Pero entonces la mujer se detuvo. La pausa fue demasiado larga e incómoda. Y luego con lágrimas empezó a rodar por sus mejillas, empezó a sollozar y llorar delante de Dios. “Pero Dios,” -finalmente continuó: “¿Cómo puedo orar para que esta chica sea una Elías por Ti cuando yo misma no estoy viviendo como un Elías por ti? Te pido, Dios, que la hagas estar de pie fielmente ante tu trono. Oh, Dios, perdóname y ayúdame ser un Elías a mí también.”

Entonces escuché la voz de otro miembro de la facultad. Y este miembro de la facultad también oró por un estudiante. “Oh, Dios, bendice a este joven, a este joven estudiante sobre cuyos hombros pongo mis manos. Bendice este estudiante que sea fiel a Ti, sea verdadero para Ti. Es uno de tus discípulos. Haz de él un Elías, Señor.” Pero luego hubo otra larga pausa, y este miembro del personal también comenzó a llorar. “Dios perdóname”, oró el miembro del personal, conteniendo las lágrimas. “Perdóname porque no he tratado a este estudiante con amabilidad y respeto, ni he tratado al resto de los estudiantes con Tu amor.”

Uno por uno, los maestros y el personal oraron por los estudiantes, a menudo con lágrimas mezcladas con confesión pública. Finalmente, hubo una pausa en la cuarto.

“El Espíritu de Dios está en este lugar”, exclamé.

“Él está haciendo una obra en nosotros que no podemos hacer por nosotros mismos. Deja que Él te guíe ahora a cualquiera en esta sala a quien han agraviado o quién te ha agraviado”.

Apenas terminé el llamado, toda la capilla cobró vida cuando los estudiantes y profesores comenzaron a hacer las cosas bien entre ellos. Jóvenes y viejos humillados entre sí, para perdonar y ser perdonados.

Me escapé en silencio. Fue obra de Dios, no mía. El Espíritu Santo se estaba moviendo, y la obra que Él comenzó, Él la terminaría.

Oh, mi amigo, esto es lo que Jesús anhela mientras Él reúne a Su pueblo en todas partes. Él quiere que pongamos lejos todo lo que nos separa unos de otros y lo más importante, de Él. Dios nos llama primero hacer las cosas bien con Él y entre nosotros y luego nos libera para ponernos de pie y ser un Elías en estos últimos días.

Capítulo 13

La Escuela Oculta

“y dijo: De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Así que, cualquiera que se humille como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos.” Mateo 18: 3-4

Yo estaba en lo más profundo de otro país cerrado al evangelio cuando se me acercó un hombre, un maestro, y me preguntó: “¿Te gustaría venir y ver nuestra escuela?”

“Pensé que no había escuelas cristianas en este país”, respondí.

“No hay. Las escuelas cristianas no pueden funcionar. Eso es cierto”, me dijo. Y luego en silencio, — susurró de nuevo—, pero ¿te gustaría visitar mi escuela?”

“Sí, dije, “Me gustaría visitar la escuela. Pero ¿Dónde está?” “Oh, no puedo decírtelo. Pero si te subes al coche conmigo mañana te llevo a mi escuela”, prometió.

Al día siguiente, me subí al auto del maestro y entramos en el corazón de la ciudad. Él me susurró: “Nos estamos acercando”. La ciudad se volvió más oscura, lúgubre y humeante a medida que llegábamos a la zona industrial de la ciudad. Detuvo el auto en un pequeño estacionamiento rodeado de altos edificios industriales con cristales muy sucios.

“Bájate del auto”, me dijo. Salí. No había un alma que pudiera ver en ese estacionamiento. A nuestro alrededor había edificios altos, grandes edificios. Y la calidad del aire era terrible. Había mucho humo en el aire saliendo de las chimeneas, y no podía ver en ninguna ventana. Mientras estaba allí mirando a su alrededor, me dijo: “¡Estás parado en un lugar demasiado alto! Sígueme a la escuela.

“¿Dónde está la escuela?” le pregunté.

“Sígueme”, respondió. “Si miras de cerca, podrás ver algunas personas mirando por las ventanas en los edificios industriales que nos rodeaban. Están limpiando las ventanas para ver quién está parado afuera. Tú no te pareces a ellos, así que será mejor que vengas rápidamente.”

Lo seguí hasta un edificio de aspecto insignificante. Ciertamente, no había ninguna señal que dijera que esto era una escuela cristiana. Entramos por la puerta, luego cerró la puerta detrás de nosotros. Subiendo la escalera mire muchas caras jóvenes, caras de adolescentes y algunos adultos jóvenes. Ellos me miraban con mucha curiosidad y mucha alegría.

“¿Quién eres?” preguntaron los estudiantes a través del profesor traductor. Me presenté. Y Luego, el maestro preguntó: “¿Te gustaría ver sus habitaciones?”

“Oh, sí, estaría feliz de ver sus habitaciones”, le dije. Así que el maestro y los estudiantes me guiaron con orgullo por un pasillo. Recuerdo la invitación del primer joven.

“Ven a mi habitación. Mira mi cuarto”, el joven estudiante invitó. Allí me mostró con orgullo una cama pequeña con una manta delgada y sin almohada. Había algunas cosas personales al lado de su cama. Las paredes estaban desnudas, sin cuadros ni ventanas. El suelo de cemento estaba desnudo. No había alfombras, y nada para hacer que esa habitación se sienta remotamente como un hogar.

“Estoy tan feliz de que hayas venido a visitar a mi habitación”, me dijo el joven estudiante a través del maestro. Entonces la maestra me dijo: “Le gustaría que ores por el y para bendecir su habitación.” Así que hice una pausa y oré por ese joven y su habitación.

Luego, varias chicas dijeron: “Por favor, ven a ver nuestra habitación”.

La maestra me llevó al lado del baño de las niñas. Ellas también me mostraron con orgullo su pequeño lugar. Allá había una litera y varios catres sencillos cubiertos de una manta delgada sin almohadas. Solo tenían unos pocos objetos personales, y una cajita diminuta al pie de sus

camas. Las paredes y el suelo oscuro de hormigón estaban desnudos. De nuevo, las niñas dijeron con deleite: “Gracias por venir a vernos. ¿Orarías a Dios para bendecirnos a nosotros y también a nuestra habitación?”

Así que oré, habitación por habitación. Me asombró la alegría de los estudiantes. Me sorprendió lo orgulloso que estaban, a pesar de las condiciones de vida tan duras. “¿Quisiera vivir allí, aunque sea por un día o una noche? Me pregunté a mí mismo. Pero a pesar de la ruina, había una luz especial sobre el lugar, una alegría que es raro ver.

Entonces un estudiante preguntó: “¿Quieres ver dónde tenemos nuestras clases?”

“¡Oh, sí, me gustaría!” le respondí. Y así, subimos muchos tramos de escaleras a uno de los pisos superiores. Y allí conocí a todos los estudiantes.

“¿Le gustaría saber más sobre los estudiantes antes de tu clase?” me preguntó el profesor. “Oh, ¿estoy enseñando?”, pregunté.

“Sí, queremos que les enseñes a nuestros estudiantes cómo ser discípulos de Jesús y hacedores de discípulos”.

“Pues entonces, sí, me encantaría hablar con los estudiantes primero”, respondí. Entonces, con un traductor a mi lado, comencé a entrevistar a los estudiantes.

El primer alumno era un adolescente y me dijo que venía de un hogar muy rico. Entonces me dijo

que había dejado todo para venir a asistir a esta escuela. “Soy tan feliz de que Dios me haya traído hasta aquí”, dijo con alegría.

“¿Por qué estás aquí?” Le pregunté.

“Bueno, cuándo viste mi habitación, quizás te preguntaste porque he dejado una casa cómoda y muy bonita, que comparada con este lugar es como un palacio. Pero estoy aquí porque Dios me trajo aquí. Quiero ser un misionero de Dios. Quiero ayudar a que la gente de todo mi país encuentre a Jesús. Así que voy a pasar varios años aquí y aprender todo lo que pueda sobre cómo caminar y cómo hablar con Jesús, cómo conocer la Palabra escrita de Dios, y cómo compartir a Jesucristo con poder”.

Estaba impresionado.

Luego comencé a hablar con el siguiente estudiante, una adolescente. Ella también compartió sobre cómo dejó su casa, sus padres, hermano, escuela y amigos. Compartió cómo era una alegría sacrificar todo para que ella también fuera usada por Dios para ayudar a toda su nación a encontrar a Jesús.

Y así di la vuelta al círculo escuchando testimonio tras testimonio. Algunos estudiantes estaban en sus años de adolescencia; algunos tenían poco más de veinte años. Pero, una vez más, sus historias eran similares. La mayoría de ellos procedían de familias acomodadas, algunos de familias pobres. Pero todos jóvenes, llamados a sacrificarse, para darlo todo por Jesús.

Se estaban dedicando a entrenar para toda una vida de servicio en un país donde era ilegal hacer discípulos para Jesús. Estaba asombrado de lo que Dios estaba haciendo.

Me tomé el tiempo para enseñar a estos estudiantes lo que la Palabra de Dios define como un discípulo de Jesús. También les enseñé algunos conceptos básicos de ser un hacedor de discípulos para Jesús.

Nuestro tiempo juntos estaba terminando.

¿Quieres cenar con nosotros antes de irte? Los estudiantes suplicaron. “¿Vendrás?” Con gran emoción, me llevaron abajo al primer piso donde estaba la cocina. podía oler el buen olor a comida cocinándose al fuego.

“¿Te sentarías con nosotros? ¿Comerás con nosotros?” preguntaron. “¿Como podría decir que no?” “Seguro,” dije. “Comeré con ustedes”.

Nos sentamos y nos trajeron tazones de acero llenos de sopa, que consistía principalmente en agua con un par de piezas de verduras flotando por encima, acompañadas de un pequeño trozo de pan para cada persona. La escuela obviamente era muy pobre, con pocos recursos.

“¿Puedes orar por los alimentos?” preguntaron con mucha expectación. Y así, di las gracias a Dios por la comida y oré que Dios nutriría nuestros cuerpos con la sopa. Luego comimos la sopa con mucha alegría.

Charlaban como si estuvieran comiendo en un gran restaurante. Se sirvieron felizmente.

Luego me preguntaron: “¿Te gustaría más de nuestra sopa?” Realmente no quería servirme más, sabiendo que yo les estaba quitando su alimento. Pero ellos insistieron y alegremente, varios de ellos se pusieron de pie y de un salto corrieron a la cocina y con mucho cuidado me trajeron otro plato lleno de sopa.

Hablamos y compartimos mucho, juntos. Ellos compartieron su vida conmigo. Se rieron y me hicieron preguntas, me dijeron cuánto amaban a Jesús. Fue una experiencia realmente preciosa. Entonces finalmente llegó el momento de irme.

Cuando me despedí de los jóvenes, todos se despidieron. Yo salí por la puerta y me volví y miré hacia atrás para ver todos sus rostros jóvenes presionados contra los cristales sucios, asomándose a la niebla tóxica y el humo. Pude ver el gozo del Señor en sus caras. Estos jóvenes preciosos pueden haber sido pobres en bienes mundanales, pero en realidad eran muy ricos, más ricos que muchos jóvenes que viven cómodamente. ¿Por qué? Porque conocían a Jesús, su propósito y llamado. Estaban en una escuela escondida llamada por Dios, y su llamado era Santo.

Capítulo 14

¡Pero Acabo de Llegar a Casa!

“Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí” Isaías 6: 8

Yo amo mis aventuras de viaje con Jesús alrededor del mundo, pero mi lugar favorito en todo el mundo es con mi esposa y mi familia. Siempre estoy tan feliz de regresar a casa.

Acababa de regresar de otro largo viaje en una parte difícil del mundo donde la libertad religiosa está muriendo rápidamente día a día. Dios había bendecido mi predicar y había dado la posibilidad de enseñar la Palabra libremente con Santo Poder Espiritual. Como resultado, mi corazón se llenó de tanta gratitud.

Sin embargo, cuando llegué a casa de mi viaje, mi querida esposa me preguntó, como suele hacer: “Entonces, ¿Cuánto tiempo estarás en casa esta vez?

“Creo que estaré en casa alrededor de un mes antes de mi próximo viaje misionero”, le dije.

“Oh bien”, me dijo con alegría. Yo también me alegré, y la sostuve cerca mientras nos regocijábamos en el tiempo que tendríamos juntos como familia. Esa noche antes de irme a dormir, oré, como siempre lo hago, pidiéndole a Dios: “Señor, ¡despiértame cada vez que necesites despertarme!”.

Estaba exhausto y rápidamente caí en un sueño profundo. Poco después de la medianoche, me despertó la voz del Señor a mi mente y a mi corazón. Él me llamó por nombre. Rápidamente me puse mi ropa abrigada y salí al aire frío de la montaña. Las estrellas estaban brillando, y eran hermosas.

“Dios, ¿qué hay en tu corazón?” pregunté mientras miraba hacia arriba a los cielos. No escuché nada. Yo estaba tan cansado. Acababa de regresar de un largo viaje al extranjero, pero oré de nuevo.

“Dios, sé que me llamaste, ¿qué hay en tu corazón?” Aun así, no escuché nada. Entonces, oré y esperé.

“Dios, escudriña mi corazón, y saca todo lo que no te agrada,” supliqué. “Por favor háblame, pero primero limpia mi corazón.” Aun así, no escuché nada. Después de algún tiempo, tuve paz en mi corazón de que no había nada que se interpusiera entre Dios y yo.

De nuevo, oré. “Dios, ¿qué hay en tu corazón?” Entonces la voz suave y apacible de Dios me dijo:

“Ve a Apocalipsis doce”, y me guió a comenzar a leer en el versículo diez. Empecé a leer.

“Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche. Y ellos le han vencido por medio de la sangre del cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte. Por lo cual alegraos, cielos, y los que moráis en ellos. ¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo.”(Apocalipsis 12: 10-12).

“Amén, Señor Jesús”, oré. “Ese es un poderoso texto de la biblia. Veo que aquí dice que Tú, Jesús, tienes toda autoridad.”

Entonces la voz apacible y delicada de Jesús respondió: ¿Te rindes completamente a Mi autoridad?” “Si Señor. ¡Sí!” Respondí.

“¿Harías algo que le diera gloria a Cristo?” “Sí, lo haré, por Tu gracia”, respondí de nuevo. “Entonces, ¿Qué hay en tu corazón?”

“¡Vengo pronto!” Me dijo. “Regresa rápidamente, tan pronto como puedas, consigue boletos de avión. Por favor regresa al mismo país del que acabas de llegar a casa. Tengo otra tarea para ti allí.

“Señor Jesús”, cuestioné. “Acabo de salir de ese país. Es cierto que mi visa me permitiría regresar, pero eso causaría grandes sospechas para viajar de regreso a este difícil país tan pronto. Las autoridades preguntarán: ‘¿Por qué regresaste tan rápido? Acabas de estar aquí.’ Eso no tiene sentido, Dios.”

Pero la convicción era más fuerte. “Vuelve a tal y tal lugar, a tal y tal escuela. Hay una escuela cristiana allí, y tienes que invitar a la gente de allí al reavivamiento.”

“Pero Dios. Pero Dios...” Y comencé a darle todas mis excusas sobre por qué no podía viajar de regreso pronto.

Entonces esa voz tranquila y pequeña preguntó: “¿Estás bajo la autoridad de Jesús?”

“Sí, Señor, lo estoy”, respondí.

“¡Entonces vete!”

A la mañana siguiente, cuando mi esposa se despertó, vino, me dio un gran abrazo y un beso, y sonriendo me dijo: “Estoy tan feliz de que estés en casa por un tiempo”.

“Yo también estoy feliz de estar en casa”, dije mientras la abrazaba estrechamente. Hubo una larga pausa. Pero hay algo de lo que tenemos que hablar.

“¿Qué quieres decir?” me preguntó.

“Anoche Dios me despertó y me llamó bajo las estrellas...” Y comencé a contarle a April la historia de lo que había sucedido.

“Y entonces”, concluí, “Dios me está llamando a regresar al mismo país del que acabo de regresar, tan pronto como pueda conseguir un boleto y hacer los arreglos.”

“Oh”, dijo ella un poco triste. “He estado anticipando y deseando tenerte en casa este mes.”

“¡Yo también lo he estado esperando!” dije. Nos abrazamos durante un rato. Entonces nosotros nos arrodillamos y ambos entregamos lo que queríamos a la voluntad de Dios. Cuando nos levantamos de nuestras rodillas, estábamos unidos como pareja.

Una vez más, hice planes, compré mis boletos, y solo un par de días después pude volar todo el camino de regreso a través del océano al país del que acaba de regresar.

Llegué al campus de la escuela que Dios me había dicho que visitara, y el director de ese campus se acercó a mí y me dijo con alegría: “He estado clamando a Dios en privado, pidiéndole que traiga reavivamiento a este campus, pero no sé cómo invitar para el reavivamiento. Le he estado suplicando a Dios que por favor enviara a alguien que haga el llamado a un reavivamiento a este campus.”

El director y yo comparamos notas y descubrimos que el tiempo de su oración a Dios por reavivamiento y el tiempo de la llamada de Dios a mí, pidiéndome que vaya, estaban muy juntos. ¿No es Dios maravilloso? “Dios me ha llamado a este

campus para promover un reavivamiento”, le dije.
“¡Vamos a empezar!”

Dado que las reuniones comenzaron de inmediato, no hubo hora de darles promoción. La noticia salió verbalmente en todo el campus y en la comunidad. Cada noche, estaba llamando a la gente al reavivamiento; la palabra de Dios fue predicada, y el Espíritu de Dios fue llamando a la gente a la convicción y al arrepentimiento. Pero como Dios se movió, nos dimos cuenta de que también había barreras al evangelio. Estábamos rodeados de una comunidad que tenía mucha resistencia al evangelio.

“¡Necesitamos orar más!” Le dije a la gente.

“¿Cuándo hay otro momento en que podamos orar y meditar en la Palabra?”

La gente tenía deseo de conocer más, pero también era un pueblo trabajador. El único otro tiempo que podían pensar en reunirse y orar era las 6:00 a.m. Nos empezamos a reunir todas las mañanas a las 6:00, orando y clamando a Dios para hacer una obra poderosa. Cada mañana nosotros oramos por reavivamiento, y cada noche, pedíamos renacimiento.

Un día, una maestra cristiana de la comunidad me preguntó: “¿Quieres venir a mi escuela del gobierno?” “¿Qué haría allí?” le pregunté.

“Bueno, quiero que conozcas a los maestros y estudiantes. Quiero a Jesús en mi escuela del gobierno”. “¿Eso está permitido?” le pregunté.

El me dio una extraña sonrisa. “Está absolutamente prohibido”, me dijo. “El nombre de Jesús nunca debe ser mencionado en una escuela pública aquí, y nunca se pueden compartir historias o textos bíblicos”.

“No tengo idea de cómo hacer eso, pero oraré por eso”, le dije. A la mañana siguiente, le volví a ver, y le dije: “He orado, y Dios me impresionó para que vaya a tu escuela. Sin embargo, quería preguntar, ¿has pedido permiso a su director para que yo pudiera ir?” cuestioné.

“Oh, no, no le he preguntado al director. El director no está allí ahora mismo. Está fuera en reuniones. Pero ¡por favor venga!”, me rogó.

“Hay una cosa más que necesito decirte. Hay un sacerdote que viene a nuestra escuela, y está muy en contra de que otro cristiano venga a la escuela. Y si se encuentra contigo, se enfadará mucho y querrá denunciarte a las autoridades.”

“Gracias por la información”, le dije. “Pero Dios me dijo que me fuera, así que vámonos”.

Encontraron a alguien para ser mi interprete, y juntos oramos fervientemente para que Dios se moviera y trabajara de una manera poderosa.

Cuando llegué a la escuela del gobierno, entramos por la puerta principal. “¿Ha regresado la directora?” pregunté.

“No”, susurró, “pero no sé cuándo regresará. Es una mujer muy autoritaria, una líder muy poderosa, y

ella probablemente estará muy molesta cuando vea que te he invitado.”

“Está bien, entremos y hagamos una lección rápida con los estudiantes”, respondí. Tenía la intención de hacer muy breve mi tiempo ahí.

“Solo recuerda lo que te dije,” me recordó. “Las reglas: nunca mencionar a Jesús o la Biblia en ninguna forma.”

“¡Sí, señora!” Respondí.

Subimos al último piso de esta escuela del gobierno, y la maestra reunió a todos los estudiantes que pudo reunir y a todos los maestros que podía reunir en una habitación. Oré silenciosamente. “Dios, déjame ser una influencia para Ti sin mencionar Tu nombre.”

Empecé a contar historias a los estudiantes sobre cómo pueden hacer una diferencia en este mundo y cómo somos hechos para ser amables, veraces y respetuosos. Mientras yo conté las historias, los profesores estaban muy contentos.

Después de que terminé con la lección, la maestra cristiana me llevó a conocer a cada maestro en su salón de clases. Yo estaba apurado, tratando de salir de la escuela antes de que la directora regresara. Sin embargo, la maestra cristiana tomó su tiempo. Ella quería que construyera conexiones, así que tomó clase tras clase. Finalmente, ella me dijo que tenía una última cosa que quería mostrarme. Era el excelente gimnasio de la escuela.

Mientras estábamos abajo en el gimnasio, ella me mostró todo el equipo. Sin embargo, mientras ella me estaba dando un recorrido por su hermoso gimnasio, de repente se abrieron las grandes puertas del gimnasio, y entró la directora.

“Estamos en problemas ahora”, dijo la maestra cristiana. En voz baja.

La directora me miró con los ojos muy abiertos. Ella obviamente no me reconoció. Yo no estaba en su lista de invitados aprobados para su escuela. Como un comandante militar, ella marchó a través del gimnasio hasta mí y habló muy directamente en su propia lengua a la maestra cristiana, cuestionándola sobre quién era yo. Entonces ella me miró.

“¡Sígueme!” dijo en su propio idioma. Ella estaba sin sonreír. La seguí.

“Ven a mi oficina”, dijo mientras abría la puerta de su oficina. Entró en la oficina y luego dijo: “Discúlpeme por un momento”.

¡Oh, no! Pensé para mí mismo, mientras se iba. Ella va a llamar a las autoridades para hacerles saber de mí. Sin embargo, ella vino de regreso cargando algo. No me atrevía a mirar lo que estaba en sus manos. Solo la miré a los ojos, tratando de adivinar lo que iba a pasar a continuación. Y luego dijo: “Aquí hay un regalo para ti”. Miré hacia abajo, y era una caja de bombones. ¡Oh, yo estaba tan sorprendido!

“Gracias por venir a nuestra escuela”, dijo con una gran sonrisa. “Cada vez que vuelvas a este país vuelve a mi escuela”.

Pasó más de un año y volví a ese país y a la escuela cristiana a seguir con el reavivamiento que Dios había comenzado. Descubrí que ese campus cristiano continuó reuniéndose a las 6:00 am. todas las mañanas para orar por reavivamiento y pedían recibir un reavivamiento del Espíritu Santo.

Una vez más, la maestra cristiana que trabajaba en esa escuela del gobierno rural me vio. “Debes volver a visitar mi escuela. Recuerda que la directora te ha invitado de vuelta”, me dijo.

Oré, y el Espíritu de Dios dijo: “Ve”. Y así, yo regresé a esa escuela del gobierno. Esta vez la directora me estaba esperando y estaba encantada de que yo estuviera ahí.

“Ven y habla con nuestros estudiantes otra vez”, dijo calurosamente. Sin embargo, la maestra cristiana una vez más me recordó: “No menciones el nombre de Dios ¡ni la Biblia de ninguna manera!”

Entonces, con muchas oraciones silenciosas por sabiduría, relaté más historias, y fui muy bien recibido por los estudiantes y maestros. Todos estaban felices, dijeron adiós mientras salían de la gran sala de reuniones.

Después de que toda la facultad y el personal y los estudiantes habían salido de la habitación, me quedé solo con la maestra cristiana, mi traductor, y por supuesto, la directora. El Espíritu de Dios me

dijo: “Pide a la directora si puede tener una oración de bendición para su vida.”

“Oh, eso es peligroso”, pensé. “No se supone que haga eso en una escuela del gobierno. No debes nunca orar dentro de los muros de una escuela del gobierno aquí en este país”.

Le pregunté a la directora muy suavemente: “¿Puedo orar contigo?” Ella se sobresaltó. Su cara era como una piedra.

“Sígueme”, dijo ella. Los cuatro bajamos a su oficina. Ella cerró la puerta. “Ahora puedes orar”, me dijo.

Yo oré para que Dios la bendiga y a su familia y que Dios, el Dios verdadero del cielo y de la tierra, la ayudara a ser la directora que debía ser.

Después que terminé de orar, ella me dio una gran sonrisa, me agradeció por orar por ella y su familia y por su liderazgo.

Entonces el Espíritu de Dios me dijo: “¡Dale un libro!”

Una vez más, discutí. “Pero Dios, es ilegal dar un libro impreso que no está aprobado por el gobierno.” Más fuertemente, el Espíritu de Dios me dijo, “Dale tu libro”. Le di uno de mis libros, traducidos a su propio idioma.

“Aquí hay un regalo de mi familia para ti. Te mostrará el valor de tener a Jesucristo no sólo en tu corazón, sino en tu casa para toda tu familia.” Ella recibió el libro y me dio las gracias. Entonces dijo de nuevo: “Sígueme”.

Tuve todo tipo de pensamientos salvajes pasando por mi mente. Debo estar en problemas con seguridad ahora. Ahora ella tiene evidencia; ella puede entregarme y mostrar mi libro en su propio idioma, ¡que es contra la ley!

“Toma, siéntate en este salón de clases”, instruyó. Así que me senté en el salón de clases y oré y oré para que el Espíritu de Dios me diera influencia para el reino de Dios, sin importar lo que pueda enfrentar.

Entonces a través de la puerta entró la directora de nuevo. Ella trajo a varios estudiantes con sus instrumentos y también trajo su instrumento. Empezaron a tocar sus instrumentos y ella tocó hermosas canciones de su país. Después que se terminó la música especial, ella me dijo: “Gracias por venir a esta escuela, y gracias por su regalo y gracias por su bendición. Estas canciones de ¡mi gente es mi regalo para ti!”

Casi ocho años han pasado desde que hice ese viaje improvisado para invitar a esa escuela cristiana a un reavivamiento. Recuerdo como si fuera ayer como asistían jóvenes y viejos juntos en esas reuniones frías y tempranas a las 6:00 a. m. para orar por un reavivamiento. Que alegría tengo en mi corazón por saber que jóvenes y viejos todavía se reúnen cada mañana para orar por el bautismo del Espíritu Santo.

No puedo recordar esa preciosa experiencia sin pensar también en la maestra cristiana que estaba dispuesta a arriesgar su trabajo para traerme a

su escuela del gobierno para ayudar a influir en su escuela para Cristo. También oro para que la poderosa directora con un corazón de oro que dirige su escuela como una base militar, un día pronto llevará a cada estudiante a ser un soldado por la causa de Cristo.

Capítulo 15

Perdonando lo Imperdonable

“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne.”

Ezequiel 36: 26

Cuando yo era un niño, tuve la suerte de tener abuelos maravillosos en ambos lados de mi familia. Tanto los padres de mi madre, el abuelo y la abuela Emde, y los padres de mi padre, el abuelo y la abuela MacLafferty, me hicieron sentir tan especial, amado y valorado. Estoy eternamente agradecido con Dios por los cuatro.

La abuela Mac, como me gustaba llamarla, fue usada por Dios de una manera poderosa para fortalecer mi amistad con Jesús. Ella era una bola de fuego. ¡Ella era muy divertida! Cuando era niño, me emocionaba mucho cada vez que la abuela Mac vendría de visita. Ella era una gran cuentista. Cuando contó historias de todo el mundo, casi podía sentir la respiración del león africano por la parte de atrás de mi cuello,

saborear las sandías en los campos en el cálido sur, y oler el freno en el viejo Modelo T del misionero en marcha por un camino de montaña distante. Cualquier historia que ella compartió, la contó de tal manera que me sentí como si estuviera ahí mismo viviendo dentro de la historia.

Nos encantaba recoger frambuesas juntos, cuidando serpientes, y hacer pasteles de frambuesas, juntos en su cocina. Ella era una persona muy divertida para cocinar. Yo hice varios líos en la cocina, pero mis líos no parecían asustarla ni un poco.

En todas nuestras divertidas aventuras juntos, ella siempre encontraba formas sencillas de animarme en mi caminar con Jesús, para desafiar la forma en que hablaba con Jesús, para invitarme alcanzar más y más con Jesús. Ella tenía un gran amor por la Palabra escrita de Dios, y ella me animó a amar la Palabra de Dios y las historias que contenía.

Cuando era niño, no tenía idea de que mi dulce abuela Mac provenía de una familia cuyo padre fue abusivo. No sabía las penas que había experimentado en su propia infancia. Solo la conocí como alguien que amó a Jesús, caminó alegremente con Él, y me enseñó a hacer lo mismo.

Recuerdo ir a visitar a mi abuelo y mi abuela Mac en su casa en el campo. Ellos habían construido su hogar en un pedazo de desierto en el profundo bosque del Sur. Amaban esa casa. La construyeron con sus propias manos. Ellos botaron los árboles para hacer un gran jardín. Sin embargo, en ese

hermoso lugar, hecho a mano por amor, golpeó la tragedia.

Mis abuelos habían ayudado a la gente de las colinas cercanas para construir una pequeña iglesia. La gente que vivían en esos cerros tenía muy poco dinero y lucharon para alimentar a sus propias familias. Pero mis abuelos querían que tuvieran una iglesia, así que formaron bloques de ladrillo con sus propias manos y luego secaron esos bloques al sol para construir esa iglesia en el campo. Mi abuela también pintó un hermoso mural para el baptisterio. Amaba la gente de esas montañas e hizo todo lo que pudo para ayudarlos. Mi abuelo se enfocó especialmente en amar a los miembros de esa iglesia.

Desafortunadamente, el amor no siempre fue en ambos sentidos. Mi abuelo tenía un poco más de educación que muchos en esas colinas del campo. No hablaba de la misma manera ni compartió siempre sus hábitos y costumbres. Entonces la gente no siempre apreciaba a mi abuelo, y a menudo hablaban mal de él y criticaban su trabajo y su servicio. Esto lentamente destrozó el corazón de mi abuelo. Con el paso del tiempo, se sintió más y más agobiado y cansado.

Una noche, volvió de un largo día de servir y visitar a la gente en el área local. Su corazón estaba tan pesado... “¿Podrías traerme un vaso con agua? Voy a sentarme en mi sillón favorito”, le dijo a mi abuela. Cuando ella volvió con el agua, él estaba muerto. “Donnie, abuelo murió con el corazón roto”, me confió un día, no mucho después de la tragedia.

“¿Por qué se le rompió el corazón, abuela?” Yo pregunté Inocentemente.

“Él amaba mucho a esta gente, pero ellos no le amaban ni lo trataban bien”, me dijo con tristeza. “Donnie”, continuó, “necesito que ores por mí. Necesito perdonar a la gente aquí en las colinas y montañas a quienes hemos amado y servido. Es difícil para mí perdonarlos por la forma en que trataron a tu abuelo. Necesito que ores para que pueda perdonarlos”. Esta fue la primera vez en mi niñez que mi abuela me había abierto su corazón pidiendo mis oraciones.

Mi abuela luchó con Dios en los días y semanas después de la muerte de mi abuelo. ¿Qué iba a hacer ahora? Ella vivía en medio de la nada en el bosque. No era seguro para ella vivir allí sola ya que había habido robos en la zona.

Finalmente, se vio obligada a vender esa hermosa propiedad por casi nada y salir de la zona. Con el paso del tiempo, ella sentía más y más resentimiento en su corazón por lo que había sucedido. Ella sintió que su amargura comenzaba a apoderarse de mí. De nuevo, ella me preguntó: “Donnie, ¿podrías orar con tu abuela? ¿Orarías para que pueda perdonar a todas esas personas?”.

Entonces, oré con la abuela. Tomé sus manos en mi manitas, y clamé a Dios: “Jesús, ¿quieres por favor ayudar a mi abuela a perdonar a la gente, que le han hecho tanto daño a ella y al abuelo? En el nombre de Jesús, amén.”

Pasó el tiempo, y la próxima vez que la abuela habló conmigo, ella sonrió mientras me apartaba a un lado. “¿Sabes qué?” me dijo, “Dios escuchó mis oraciones, y Él escuchó tus oraciones, y Él me ha ayudado a perdonar a todas las personas que lastimaron a tu abuelo. Estoy en paz ahora, y mi corazón está feliz de nuevo.” La abracé con fuerza. ¡Yo estaba tan feliz!

Pasaron varios meses y ella tuvo otro gran desafío. Se fue a la costa oeste y estaba visitando a algunos de sus parientes. Durante su visita, varios de sus familiares le sugirieron que se fueran a dar un paseo. Todos se subieron al coche y se dirigieron por la carretera. Entonces el familiar que conducía dijo audazmente: “¿Ves venir ese tren? Puedo vencer a ese tren. Voy a correr y superar las vías del tren. Antes de que llegue a la vuelta de la esquina.”

Mi abuela suplicó. “¡Por favor, no intentes competir con el tren! Eso no es necesario. Ya somos viejos. Esperemos y deja pasar el tren. Esto es una tontería.”

“No me digas qué hacer”, respondió su pariente. arrogantemente “Puedo cruzar la calle antes de ese tren.”

Luego pisó el acelerador y el auto se tambaleó hacia adelante, conduciendo entre los brazos de seguridad del ferrocarril que ya bloqueaban las vías desde la carretera. Sin embargo, justo cuando llegaron a la cima de las vías del tren, el motor del coche se paró. Los dos parientes con el que viajaba rápidamente se quitaron los cinturones de seguridad, abrieron las puertas del auto y se escaparon. Pero mi abuelita, de menos de 100

libras, estaba tratando frenéticamente de quitarse el cinturón de seguridad. Ella estaba todavía en el proceso de sacarlo y abrir la puerta cuando el tren, que intentaba reducir la velocidad, se chocó con ese pequeño coche.

Mientras mi abuela sobrevivió milagrosamente el accidente de tren, sus piernas estaban terriblemente rotas, y tuvo que permanecer en el hospital durante más de un mes con un yeso completo en una de sus piernas. Ella también perdió uno de sus dedos. Posteriormente, cada vez que ella caminaba, tenía dolor.

Ese accidente cambió el resto de su vida.

La siguiente vez que la vi, cojeó para encontrarse conmigo. “Donnie, necesito que ores conmigo otra vez. Me está costando mucho perdonar a mi familiar. Le dije que no lo hiciera, y lo hizo de todos modos. Ahora vivo en dolor. ¿Orarás para que le dé mi amargura a Dios, y yo tenga libertad para perdonarlo?”

Una vez más tomé sus manos entre las mías y clamé a Dios como sólo un niño pequeño puede hacerlo.

El tiempo trae sanidad si estamos dispuestos. Dios sanó su corazón hacia ese pariente, y ella pudo perdonar y seguir adelante.

Se mudó a Brasil y allí sirvió al Señor durante muchos años como misionera con mi tío Harry y la tía Marilyn y su familia. Ella enseñó, y se preocupaba por amar a la gente. Pero su mayor prueba de perdón fue cuando tenía 84 años,

regresó de Brasil y ahora vivía en la costa oeste. Un día, ella salió a caminar temprano en la mañana. Ella tenía una caja de materiales para niños que ella quería mandar a la iglesia en Bangladés para los niños. Así que salió de su casa y caminó hasta la iglesia. Ella no sabía que alguien la observaba y la seguía con una mala intención.

Ella caminó hasta la iglesia y extendió la mano para desbloquear la puerta principal. De repente, un gran hombre la agarró por detrás. Él la arrastró bruscamente y la llevó de regreso al patio detrás de la iglesia donde nadie podía ver.

“Perdónalo Padre, perdónalo”, comenzó a llorar en alta voz, mientras la llevaba lejos de la calle. “Yo sé que lo amas tanto como me amas a mí. Ayúdalo a prepararse para el cielo.” Pero al hombre no le importaba su oración. La tiró al suelo bruscamente y la violó e hizo cosas que son impensables para un hombre. Después de terminar su trato brutal, trató de matarla de múltiples maneras.

“¡Dios mío, envía a Tus Santos ángeles a salvarme!” gritó mi abuela.

De repente, escuchó dulces voces de niños de la escuela de la iglesia cercana. Su atacante huyó. Pequeños niños que la conocían como narradora en su clase de Escuela Sabática llegaron corriendo y se acercaron. Miraron su cuerpo maltratado y sangrante tirado en el pavimento del patio.

“Señora. Mac, ¿eres tú? los niños preguntaron con miedo. Apenas podía susurrar. “Si, soy yo. ¡Llamen al 911!”

Los niños llamaron al 911. Unos minutos después, llegaron la ambulancia y socorristas. Ellos llevaron a toda prisa a mi abuela al hospital y por la misericordia de Dios, pudieron salvarle la vida. Sin embargo, los siguientes días, semanas y meses fueron una lucha para que mi abuela se recuperara del horror de ese ataque brutal.

Mientras la abuela luchaba por ponerse de pie y confiar de nuevo, tuve mis propias luchas lidiando con sentimientos que nunca había experimentado antes. Estaba horrorizado de que alguien en este planeta hubiera tratado a mi preciosa abuela tan cruelmente. Yo era un joven hombre de unos veinte años en ese momento. Y me encontré yo mismo queriendo lastimar a ese hombre que había lastimado a mi abuela. Mi ira y pensamientos de odio hacia él me asustaron. No sabía qué hacer. Pero mis padres y mi abuela siempre me habían enseñado a venir a Jesús tal como soy, sin importar cómo me sintiera.

Así que, vine a Jesús en oración, un joven enojado y amargado: enojado con el hombre que atacó a mi abuela y enojado con Dios por no detenerlo. Y descubrí que el Dios viviente me tomó con todas mis preguntas. Escuchó y se preocupó y se quedó conmigo a través de mi dolor.

No tenía poder personal para renunciar a mis odiosos sentimientos, pero descubrí poderosas promesas en la Palabra de Dios que me enseñaron cómo entregar esos sentimientos y como perdonar lo que me pareció fue para siempre imperdonable. Una de las promesas de Dios me ayudó a descubrir

en Su Palabra que pronto no solo me traería sanidad, pero también sería oportuno para mi abuela.

Un día, ella me llamó por teléfono. “Tengo un problema”, me dijo simplemente. “¿Qué pasa, abuela?” pregunté.

Ella suspiró, “Necesito que ores por mí otra vez. Durante mi vida Dios me ha dado el poder de perdonar una y otra y otra vez, pero esta vez parece que no puedo perdonar. Odio al hombre que me hizo esas cosas horribles. Odio al hombre que trató de matarme. Todas las noches ahora tengo malos sueños que él viene detrás de mí. Sé que debo perdonarlo, pero no sé cómo. He suplicado una y otra vez, Dios ayúdame a perdonar, no tengo ganas de perdonarle. Pero sé que debo hacerlo.

“Abuela”, le dije en voz baja, “he tenido un tiempo muy difícil por perdonar a este hombre también. Yo también lo he odiado. ¿Puedo compartir algunas buenas noticias contigo del mejor libro del mundo?”

Sabía que mi abuela amaba la Palabra de Dios con todo su corazón. “Sí, por favor compártelo”, me dijo.

Abrí mi Biblia en Ezequiel 36: 26-27. “Abuela, la Palabra de Dios dice esto: “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra.”

“Abuela”, le dije con lágrimas en los ojos, “Dios me dio esta operación de corazón que Él prometió en Ezequiel 36. ¡Esta cirugía es real! Le pedí a Dios que me diera esta cirugía cardíaca, y Él cortó mi ira y odio y me dio un corazón nuevo. Él me dio paz. Es Dios ¿Me parece que tú también necesitas una cirugía de corazón? “Sí”, respondió ella. “Necesito una operación de corazón del cielo.”

“¿Sabes que Dios tiene poder para cortar tu amargura y cortar tu odio hacia tu atacante? “Sí”, dijo ella.

“¿Sabes que Él tiene el poder no sólo para sacar el resentimiento y odio sino también para sanar tu corazón y darte poder para perdonar?”, le pregunté.

“Necesito eso”, me dijo. Y así, una vez más yo oré con mi preciosa abuela para que Dios le operara del corazón y que Dios la cortaría de su corazón toda la amargura y todo el odio y toda la rabia que tenía por este hombre que la había lastimado tan profundamente.

Dios vio y escuchó el clamor de mi abuela, pidiendo por Su cirugía del corazón, y sanó su corazón.

No mucho después de que ella recibiera la cirugía Divina del corazón, la policía atrapó a su atacante. Le solicitaron a mi abuela enfrentar a su atacante en la corte, para testificar en su contra. Aceptó entrar en la sala del tribunal bajo una condición: que pudiera decir brevemente lo que quería decir y marcharse.

Llegó el día. Entró en esa sala del tribunal, todos miraban para ver qué decía. Valientemente miró a través de la habitación directamente a los ojos del hombre que había intentado matarla. Él se quedó con el ceño fruncido desafiante desde su posición entre dos guardias. Susurrando una oración a Dios por gracia, reunió todas sus fuerzas cuando declaró: “¡Dios te ama! Te perdono.” Con ese simple mensaje, se dio la vuelta y salió de la sala del tribunal.

Dios le dio a la abuela nueve años más de vida después esa trágica experiencia. Durante los años restantes de su vida, caminó en libertad y la dulce paz del perdón.

Ya pasaron casi veintisiete años después de ese horrible evento. Mi abuela hacía mucho tiempo que había ido a dormir en Jesús, y yo ya había estado recorriendo el mundo, viendo a Dios obrar muchos milagros en los corazones de Su pueblo. Entonces, hace apenas cinco años, escuché que el hombre que hizo ese horrible acto a mi abuela estaba tratando desesperadamente salir de prisión antes de tiempo en libertad condicional.

Cuando oí la noticia, fue como agua fresca y helada golpeando mi cara. Pero inmediatamente, comencé a orar, “Dios, si este hombre necesita ser liberado de la prisión para que pueda encontrarte, déjale libre. Sin embargo, si necesita permanecer en prisión para encontrarte y mantener a otras mujeres a salvo, mantenlo en prisión”.

El hombre se quedó en prisión. Sin embargo, mientras oraba por él una vez más, reconocí

de nuevo el asombroso milagro que Dios había obrado en mi propio corazón y en el corazón de mi abuela hace tantos años. Yo realmente era verdaderamente libre, al igual mi abuela había sido liberada de toda amargura y ahora tenía verdadera paz en Jesús.

Amigos, servimos a un Dios viviente, poderoso, que da poder de perdonar incluso lo imperdonable. Él realizó un milagro asombroso en nuestros corazones. ¿Le necesitas para obrar tal milagro en tu corazón también?

Capítulo 16

Paz Inquebrantable

“Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.” Filipenses 4: 7

Mi querido amigo, a lo largo de este libro he compartido historia tras historia, testificando qué sé personalmente que Dios aún vive. He compartido muchos testimonios de cómo Dios ha obrado en mi propia vida, cómo ha orquestado divinas citas en momentos difíciles y en lugares de oscuridad. He compartido cómo Dios ha abierto puertas, cerró puertas, dirigió mis pasos y me dio sólo las palabras adecuadas para decir.

Sé que Dios todavía vive, porque Él ha estado conmigo por muchos años ya sea en las buenas y en las malas, tanto en tiempos tranquilos como en tiempos muy peligrosos. Puedo también testificar que Dios está vivo, aun cuando le he fallado e incluso cuando me he preguntado si Él me había fallado. Las historias de milagros que he compartido aquí son sólo una pequeña muestra de Su bondad y los caminos hermosos en que me ha conducido en la vida a lo largo de los años.

Hay muchas más historias de milagros que podría compartir, y tal vez algún día serán compartidos, en otro volumen.

Por ahora, quiero cerrar este libro compartiendo un testimonio más personal. Es una historia muy fresca y difícil, sin embargo, uno de mis más preciados testimonios de por qué sé que Dios está vivo hoy. Es una historia acerca de mi esposa April y yo, frente a lo inesperado y lo desconocido y el descubrimiento de nuevo de la paz de Dios que nos sostendrá a lo largo de la eternidad.

Mi hermosa novia, April, y yo celebramos nuestro 35º Aniversario de bodas el 2 de mayo de 2023.

A lo largo de los años, juntos hemos tenido muchas aventuras maravillosas de fe. Dios también nos ha bendecido con tres hijos maravillosos a quienes amamos mucho.

April y yo amamos caminar juntos. Hemos caminado de la mano, literalmente, miles de kilómetros juntos. Hemos disfrutado de senderos de montaña, caminos forestales, aceras de ciudades y playas de arena. April y yo somos cada uno el mejor amigo del otro en la tierra, solo superado por nuestra amistad personal con nuestro Señor Jesucristo.

Dios nos ha ayudado a navegar por muchas bendiciones inesperadas a lo largo de nuestra vida juntos, así como tantas pérdidas y desafíos. Pero no estábamos esperando las noticias que nos enfrentamos como pareja en febrero de 2022.

Durante algún tiempo, April había estado luchando con una herida irritada en la frente que simplemente rehusaba a curarse. La acompañé al dermatólogo para una cita. Cuando ella había completado su visita con el médico y volvió al cuarto de espera, supe al mirarla a la cara que algo estaba mal. Sentí su pesada carga mientras caminábamos hacia el coche en silencio.

“¿Quieres hablar de lo que pasó?” le pregunté suavemente mientras conducíamos a casa.

“Podemos hablar cuando lleguemos a casa”, respondió ella firmemente. Sabía que nos enfrentábamos a malas noticias.

Una vez en casa, compartió en voz baja que su médico había echado un vistazo a su frente y dijo que estaba bastante seguro de que tenía un tumor canceroso. Nosotros sabíamos que podíamos esperar a que volviera el informe de la biopsia, pero ambos decidimos separar el siguiente día, que era viernes, para ayunar y orar y ver lo que Dios quería que le pidiéramos.

En el libro de Santiago, la Palabra de Dios nos instruye sobre qué hacer cuando alguien está enfermo, que debemos llamar los ancianos juntos y ungir a la persona con aceite (Santiago 5: 14-16). El aceite es un símbolo del poder del Espíritu Santo para sanar y restaurar a esa persona.

Ese viernes oramos y ayunamos, orando juntos y aparte repetidamente a lo largo de todo el día. Como le pedimos al Espíritu Santo que nos guiara en la Palabra de Dios, Él nos llevó a la oración de

Jesús en el Huerto de Getsemaní donde Jesús oró la siguiente oración: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero , sino como tú” (Mateo 26: 39).

Mientras orábamos, el Espíritu de Dios nos convenció de dos cosas específicas:

Primero, debíamos reunir a los ancianos para orar y ungir a mi esposa como se pide en Santiago 5: 14-16.

En segundo lugar, no debíamos centrarnos en rogarle a Dios que sane a April sino más bien en entregarnos totalmente a Dios. Nosotros íbamos a entregarle a Dios lo que queríamos en esta situación, así como nuestros deseos de que Dios la curara. Nuestra oración debía ser, sobre todo, que, si Dios sanara a April o no, que Dios usaría nuestro testimonio como pareja caminando a través de este viaje del cáncer a traer muchos creyentes y no creyentes a Cristo a través de nuestra historia.

Ese domingo siguiente, dos días después, nos reunimos para un servicio especial de unción con los ancianos y algunos amigos. Nunca olvidaré ver como mi hermosa esposa levantó sus manos al cielo en su total sumisión a Dios. Ella le dijo a Dios que quería vivir. Ella le dijo a Dios que quería seguir siendo mi esposa. Ella le dijo a Dios que quería seguir siendo la madre de nuestros tres hijos. Pero luego en un grito desesperado le confeso a Dios con lágrimas de rendición: “Más que todo esto, Dios, te doy mi vida, rindo mi vida a ti Dios, por favor haz lo correcto a Tus ojos. Haz lo que le daría más gloria a Cristo Jesús. Haz en mi vida lo que traería más gente a ti.”

Después de que April terminó de orar, oré, también ahogándome en lágrimas.

“Dios, quiero que April viva”, oré. “Yo quiero seguir sirviéndote juntos. Pero Dios, te doy mi deseo de que mi esposa viva. Dios, sánala si te trajese gloria. Pero ya sea que la sanes o no, te pido que traigas la más alta alabanza a Jesús a través de nuestro testimonio. Estoy pidiéndote que lleves a los creyentes y a los incrédulos a Cristo a través de cómo vivimos nuestras vidas en el futuro con esta nueva realidad.”

Oh, amigos, April y yo conocemos al Dios que está vivo, porque hemos experimentado la realidad de las promesas de Dios de primera mano, en medio de circunstancias muy difíciles. Pedimos paz, una paz que no podía ser robada de nosotros, y Él nos ha dado esta paz.

En Filipenses 4: 6-7, la Palabra de Dios dice: “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús”.

Por supuesto, sería una bonita historia de milagros si pudiera compartir que April se curó instantáneamente y estuvo saludable de nuevo después de ese servicio de unción. Sin embargo, Dios tenía un milagro más grande en mente, ya que quería darnos Su paz en medio de nuestra tormenta.

En los días y semanas que siguieron, nuestra paz de Dios fue probada una y otra vez.

El 14 de febrero de 2022, April estaba en la tienda, cuando recibió una llamada del consultorio médico para darle los resultados del laboratorio. Su tumor era canceroso. No solo era canceroso, sino que tenía un Linfoma Agresivo Grande de células B.

Una semana después, se hizo una tomografía por emisión de positrones y descubrió que ella tenía linfoma folicular a lo largo de su vía intestinal y a través de su torso. Una semana Más tarde, se enteró de que tenía Cáncer en sus huesos. Luego, su médico le dijo que tenía Linfoma Etapa 4. ¡Estábamos en shock al escuchar todas estas cosas tan rápidamente!

Oramos fervientemente acerca de qué hacer. Gente de alrededor del mundo comenzó a darnos cientos de recomendaciones de todo tipo de remedios a utilizar para tratar el Cáncer. Algunos dijeron que deberíamos hacer Quimioterapia inmediatamente. Algunos decían que, si nosotros tuviéramos fe, nunca haríamos quimioterapia.

Mientras orábamos por sabiduría, continuamos practicando entrega total de nuestros propios deseos y del señorío completo de Jesucristo. Con tantos desafíos por delante, nos dimos cuenta de

nuevo que necesitábamos poner nuestra plena confianza en Dios, cualquier fuera el plan de tratamiento que eligamos. Nuestra confianza podría no estar en Quimioterapia, ni en remedios naturales, o en cualquier otro plan de tratamiento.

Nuestra plena confianza tenía que estar en Dios.

Después de que hicimos nuestra propia investigación sobre las opciones de tratamiento, y entregamos todas esas opciones a Dios en oración, elegimos hacer una mezcla de quimioterapia y Remedios naturales para fortalecer el sistema inmunológico de April. Algunos apoyaron nuestras decisiones, algunos se opusieron.

Amigo, nuestras elecciones y convicciones no deberían dictar necesariamente las elecciones o convicciones de los demás. Cada uno tenemos nuestras propias situaciones únicas, y cada uno debemos personal e individualmente pedir a Dios por Su sabiduría en lo que quiere que hagamos. Su respuesta es tan única como cada persona es un individuo distinto. Entonces, simplemente estoy compartiendo cómo nuestro increíble Dios nos guio. Dios te guiará a ti también, en tu propio viaje único de fe, mientras buscas Su sabiduría y confías en su fuerza.

El camino hacia adelante en los próximos meses fue riguroso. Era difícil ver la salud de mi energética esposa pasar por las batallas de la quimioterapia, pero lo hizo con la gracia de Dios. A lo largo de esos duros meses de tratamiento, la vi tener una paz inquebrantable de Dios, y eso era un verdadero milagro. Algunas semanas recibiría buenas noticias, algunas semanas malas noticias. Pero la paz de Dios permaneció intacta.

Sin importar lo que enfrentara cada día, fui testigo de que Dios aún vive, y una y otra vez, la

envolvía en un manto de paz del cielo, guardando tiernamente su corazón.

¡Vaya, Dios! ¡Eres maravilloso! Pensé una y otra vez, cuando fui testigo de cómo Él cuidó tan bien de mi esposa.

Esos meses de quimioterapia no fueron fáciles, y los meses desde entonces no siempre han sido fáciles, pero Dios ha estado con nosotros en cada paso del camino. Y ha sido mi sagrado gozo y honor sostener a mi esposa April a través de los altibajos de su viaje con Cáncer.

¡Actualmente está en remisión! Alabamos al Señor, y celebramos todos los días juntos. Nos amamos uno al otro más profundamente ahora, que incluso antes, y nuestros corazones están llenos de gratitud por cada nuevo día, y el gran Dios a quien servimos.

Sin embargo, no estamos en negación. También sabemos que este linfoma grande agresivo de células B puede volver en cualquier momento. La recaída es una posibilidad muy real. Pero April está en manos de Dios. Nosotros como pareja también estamos en las manos de Dios. Entonces, descansamos en Él, confiamos en Él.

Confiamos en Él no sólo con nuestro hoy, sino también confiamos en Él con lo que pueda traer el mañana.

También nos hemos dado cuenta de nuevo de que no somos invencibles, como seres humanos. Como una pareja que tiene un ministerio global, hemos tenido el gozo de muchas activas aventuras

misioneras en numerosos lugares alrededor del mundo. Creemos que Jesús viene pronto y nos ha llamado para compartir las buenas noticias de Su pronta venida por todas partes. Pero también hemos pensado a menudo que si Jesús no vuelve tan pronto como esperamos, tendremos la alegría de envejecer juntos como pareja. Pero una vez más, esta vida es temporal, y no somos invencibles.

Habíamos tenido que enfrentar la muerte cara a cara, pero hemos encontrado fuerza en la poderosa declaración de Jesús en el Evangelio de Juan 11: 25 donde dijo: “Yo soy la resurrección y la vida.”

Después de que Lázaro, el amigo de Jesús, murió, Él les dijo a Sus discípulos que Lázaro estaba dormido (Juan 11: 11). April y yo disfrutamos la historia de Jesús parado frente a la tumba de Lázaro, gritando: “¡Lázaro, ven fuera!” (Juan 11: 43). Así como Jesús resucitó a Lázaro de la muerte, sabemos que si alguno de nosotros muere antes que Jesús regrese, será un sueño temporal en la tumba. Cuando Jesús venga, nos despertará de este sueño para nunca más morir. Nuestra esperanza está en la promesa de Dios que se encuentra en 1 Tesalonicenses 4: 16-18:

“Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras.”

Querido amigo, descubre a Jesús cada día en Su Palabra. Entrega tu vida con todas sus victorias y pérdidas a Jesús como Señor y vive en Su inquebrantable paz. Te convertirás en un testimonio andante de que Dios está vivo.

FIN

Recursos adicionales

Visita indiscipleship.org para descargar gratuitamente los siguientes libros y recursos de Don MacLafferty. Todos estos recursos pueden utilizarse para el crecimiento personal y/o para grupos pequeños. *Este se encuentra en: <https://www.backtothear.org/archives/resource/the-way-back-to-the-altar>.

- ***Síguelo*** – Estudios bíblicos paso a paso para aprender a ser un discípulo de Jesucristo. Puede usarse de forma individual o en grupos pequeños.
- ***De Adentro Hacia Afuera*** – Llamado a las familias ocupadas para que se comprometan con Dios y discipulen a sus hijos.
- ***Come Home*** – Estudios en grupos pequeños para invitar a individuos y parejas a volver al culto y vivir la visión de Dios para el hogar en preparación para el pronto regreso de Cristo.
- ***The Way*** – Notas del maestro sobre cómo vivir diariamente como discípulo de Jesús.
- ***El Camino de Vuelta al Altar**** – Completo estudio bíblico en siete partes sobre cómo vivir diariamente como discípulo de Jesús. Diseñado tanto para uso personal como para grupos pequeños, con guía del maestro.

- ***Meet Jesus Outside: Bible Prayer Walks*** – Veinte aventuras al aire libre para que niños, jóvenes y adultos experimenten al Creador en Su Palabra, Su libro de la naturaleza, la oración y la acción.
- ***Jesus' Last Love Letter: A Revival for Children, Youth, and Adults*** – Notas del maestro para siete reuniones interactivas e intergeneracionales para invitar a todos a Jesús como Amigo, Salvador y Señor.
- ***Discipling the New Generations*** – Estudios en grupos pequeños para padres/mentores/alumnos para hacer crecer discípulos de Jesús que conozcan y vivan estas verdades transformadoras de la vida por el poder del Espíritu Santo.
- ***Live Like Elijah*** – Más historias que cambian la vida a través del viaje personal de la familia MacLafferty al vivir por fe. También se incluyen lecciones para ayudarlo a descubrir el propósito y cómo vivir cada día con fidelidad intrépida, descansando en la providencia de Dios.
- ***Schools in Discipleship: A Field Manual*** – Proporciona herramientas prácticas para equipar a los maestros a asociarse intencionalmente con los padres y pastores para discipular a los estudiantes a Cristo.

¿Alguna vez te has preguntado si hay alguien en algún lugar que se preocupa por ti? Encuentra aliento en las historias de las aventuras de la vida de Don en todo el mundo. Circunstancias desconcertantes, oportunidades peligrosas y momentos conmovedores apuntan a la verdad: Dios está vivo.



Don y su esposa April viven en Apison, Tennessee. El 2 de Mayo de 1988 ellos unieron sus vidas en un solo propósito. Disfrutan de las caminatas en las montañas, el bosque y las playas. Ellos han recibido la bendición de tener tres hijos. Cada día aman reunirse con su creador e invitar a jóvenes y adultos a hacer lo mismo.